



A través de
SUSURROS

Sonia López Souto

A TRAVÉS DE SUSURROS

SONIA LÓPEZ SOUTO

© SONIA LÓPEZ SOUTO
A TRAVÉS DE SUSURROS

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Mírame con desprecio, verás un idiota.
Mírame con admiración, verás a tu señor.
Mírame con atención, te verás a ti mismo.

Charles Manson

1

Miro mi reloj una vez más para controlar el tiempo que llevo corriendo y compruebo que he mejorado mi última marca. No es que me esté preparando para una maratón, pero me gusta ponerme retos para motivarme. De cualquier otro modo, no saldría a correr tan temprano ni en sueños. Me gusta demasiado dormir la madrugada y en mi trabajo ya hago suficiente ejercicio como para mantenerme en forma sin necesidad de este esfuerzo extra.

Retiro de mi rostro, soplando sobre él, un mechón rebelde que se ha soltado de mi descuidada cola de caballo, mientras estiro uno a uno todos mis músculos al alcanzar el punto de retorno. Siempre me han gustado mis rizos porque son muy manejables. Haga lo que haga con ellos, siempre se ven perfectos, incluso si su color castaño no es nada del otro mundo. Y aunque me encanta su bailoteo cuando llevo el cabello suelto, debo admitir que en la mayoría de las ocasiones está recogido por comodidad.

Antes de retomar el camino, aprovecho para asegurar uno de los cordones de mi calzado, que parece un tanto flojo. Me mantengo apoyada en una de mis rodillas mientras rehago el lazo y un escalofrío recorre mi espina dorsal de repente. Miro a mi alrededor buscando no sé muy bien el qué, con todos mis sentidos alerta. Este no es un barrio peligroso, sino más bien todo lo contrario, pero con los tiempos que corren ya no se puede estar segura de nada. Parece que el mundo se está volviendo loco, lo veo cada día en las noticias.

Después de comprobar que estoy sola, comienzo mi carrera hacia el apartamento para una ducha rápida. Cuando salgo de casa voy con algo de retraso, pero por suerte, el gimnasio donde trabajo está a un par de calles y tardo prácticamente un suspiro en llegar. La verdad es que ni siquiera tengo coche, el transporte público me sirve en los desplazamientos largos y por el barrio prefiero caminar.

—Buenos días, Lin.

—Buenos días, Colin.

Estoy segura de que mi jefe tiene una fuente inagotable de energía escondida en algún lugar de su musculado cuerpo porque nunca lo he visto cansado o adormilado, ni al empezar el día ni al terminarlo. Y eso que es él quien abre y quien cierra el gimnasio todos los días. Juraría que incluso duerme en él si no fuese porque en muchas ocasiones debo esperar a que llegue para poder entrar por las mañanas.

—¿Preparada para un nuevo e intenso día? —me sonrío.

—Algún día tendrás que revelarme tu secreto, Colin. Yo todavía no he empezado y ya estoy cansada.

—Es cuestión de actitud, Lin. Si crees que puedes hacerlo, lo harás.

Le he escuchado proclamar en tantas ocasiones ese mantra, que lo repito con él en voz baja sin poder evitarlo. Al final tendré que hacerle caso, solo por ver si funciona; pero por el momento, iré al vestuario a cambiarme de ropa antes de que empiecen a llegar mis muchachos.

Mi padre fue un gran boxeador en sus tiempos, uno de los mejores de su categoría. Y habría llegado lejos si mi madre no hubiese muerto en aquel accidente de tráfico cuando yo tenía seis años. En aquel momento, me eligió a mí por encima de todo lo demás y durante los quince años que compartimos, antes de que acompañase a mi madre después de una larga enfermedad que combatió con todas sus ganas, pero que no logró vencer, jamás me hizo sentir como si se arrepintiese de su decisión o me culpase de haber tenido que conformarse con ser un simple entrenador en un pequeño gimnasio en uno de los barrios más pintorescos de Edimburgo.

Yo crecí en este ambiente, por supuesto, y aprendí a amar el boxeo hasta el punto de convertirlo en mi medio de vida. Gracias a mi padre, sus consejos y sus enseñanzas, tras su muerte ocupé su puesto en el gimnasio. No diré que fue fácil, pues los hombres tienden a desconfiar de mis capacidades nada más verme y solo por ser mujer, pero Colin fue un gran apoyo. Su fe en mí fue suficiente aliciente para no dejarme vencer por los prejuicios y seguir luchando por un trabajo que adoro y que se me da mejor que bien.

Ahora, después de cinco años, tengo una reputación y muchos boxeadores acuden a mí para que sea su entrenadora. En mis inicios tuve que conformarme con cualquiera que me aceptase aún siendo mujer, incluso si eran unos impresentables; ahora puedo elegir y no entreno a nadie que no cumpla un mínimo de requisitos. El primero de ellos, que me respete en todos los sentidos. Hay mucho aprovechado al que le gustaría tenerme en su cama,

mejor que en el ring enseñándole algunos buenos movimientos de boxeo.

—Buenos días, ricura —Owen cabecea hacia mí al entrar y me regala una de sus perennes sonrisas. Es imposible no imitarlo al devolverle el saludo.

Owen Henderson es mi boxeador estrella a día de hoy, el mejor que ha pasado en mucho tiempo por el gimnasio, en realidad. Se lo disputaban varios entrenadores cuando apenas contaba con 15 años, pues veían su potencial. Ya por aquel entonces era muy bueno, aún cuando estaba empezando en este mundo. Con tanto donde elegir, si yo estuviese en su lugar, me habría ido con el mejor de todos ellos, el que más posibilidades tuviese de llevarme a los grandes campeonatos, pero él me eligió, sorprendiendo a todo el mundo. Incluso a mí.

—Tú eres la única que sabrá entenderme —me dijo aquel día y, aunque por aquel entonces realmente no entendía nada, no me vi con fuerzas, ni ganas, de rechazarlo.

Llevamos tres años entrenando duro y organizando combates con la idea de acceder a los campeonatos profesionales en el momento adecuado. Su padre fue bastante tajante en cuanto a eso: podrá pelear profesionalmente siempre y cuando no desatienda sus estudios y nunca antes de los 18 años. Habría preferido que esperase a alcanzar la mayoría de edad, pero supe hacerle entender que ninguna carrera deportiva es larga y que tres años más podrían suponer una piedra en el camino para su hijo. Una insalvable.

—Buenos días, campeón. ¿Qué tal pasaste la noche?

—Dormí del tirón. Estaba agotado —responde mientras se sube a la cinta y la prepara para iniciar el calentamiento previo— ¿Y tú qué tal dormiste? Porque después de la tremenda paliza que me diste ayer, deberías haber sentido al menos un poco de remordimiento.

—La verdad es que dormí de maravilla —sonríe. Jamás se lo reconoceré, pero el entrenamiento de ayer se me fue de las manos. Se lo compensaré esta mañana con algo más liviano.

—¿30 minutos?

—Dejémoslo en 20 esta vez —me mira sorprendido porque ya sabe lo que eso significa.

—¿Te estás ablandando conmigo hoy? A ver si va a resultar que tienes corazón.

—No me piques, Owen, o lo subiré a 40 minutos.

—Está bien, está bien —alza las manos en señal de rendición—. Ya me

callo.

—Cuando hayas terminado con eso, empiezas con el repaso de movimientos —lo señalo— y ni se te ocurra saltarte ninguno. Aunque no esté contigo sabré si lo has hecho bien o no.

—Lo sé, ricura. El diablo vigila por ti —sonríe.

La primera vez que usó ese apelativo conmigo, me sentí un poco contrariada porque él apenas tenía 15 años y porque yo lo aventajo en 8. Con el paso del tiempo me he acostumbrado y en ocasiones, incluso tiendo a olvidarme de esa diferencia de edad. Owen es un muchacho más maduro que la mayoría de sus contemporáneos. Y que muchos otros, mayores que él.

—Cada vez que te veo, necesito poner las gafas de sol porque me deslumbra tu belleza, Lin. ¿Cómo haces para estar siempre tan deseable?

—Buenos días, Craig —alzo mis ojos al techo.

—Ahora que te veo lo son, preciosa —me guiña un ojo antes de saludar a su hermano e iniciar su rutina diaria. Desde luego, Owen es mucho más maduro aún cuando Craig tiene también 8 años más que él.

Recuerdo perfectamente el día en que Craig decidió venir con su hermano pequeño al gimnasio para observar sus progresos en las sesiones conmigo. Creo que sentía curiosidad, pero según él, quedó fascinado por mí en cuanto me vio. Ese fue el primero de una larga lista de días en los que vino al gimnasio para intentar conseguir una cita conmigo. Incluso terminó pagando la suscripción anual solo para poder verme. O esa fue la excusa que nos dio, porque estoy convencida de que lo hizo porque le gustó más el ambiente del gimnasio que el del que frecuentaba él. Que su hermano estuviese aquí o yo misma, solo fueron pequeños alicientes que lo ayudaron a decidirse a dar el cambio. Y aunque al principio me molestaba verlo todos los días porque no dejaba de insistir en lo de la cita, ahora lo considero un buen amigo. Incluso hemos llegado a salir juntos en alguna ocasión, pero siempre en grupo.

Y no es que me resulte desagradable la idea de tener una cita con él porque Craig es un hombre muy apuesto. Su cuerpo de gimnasio no es exagerado a pesar de las horas que le dedica; algo que me encanta porque vivo rodeada de testosterona y es lo último que querría en mi vida, si alguna vez me decido a darle una oportunidad a un hombre. Su cabello rubio siempre va despeinado, pero en él resulta encantador. Sus ojos, del color de un cielo claro, son tan expresivos que casi puedes ver su interior a través de ellos. En su caso el dicho ese del espejo del alma cobra sentido.

No, salir con él no sería una tortura. Pero precisamente lo que más me gusta de él es, irónicamente, lo que más rechazo me produce. Su sentido del humor, su preocupación innata por los demás, su carisma irresistible, su caballerosidad. Todo eso lo hace el hombre perfecto y, en esta vida, lo perfecto suele ser solo una ilusión, así que prefiero mantenerlo como amigo y no sobrepasar nunca la línea. Y por más que él siga intentándolo, creo que ya es más por costumbre que porque realmente le interese salir conmigo, respeta mi decisión.

Trabajo un poco con mis dos nuevos boxeadores, pero mi mirada viaja hasta Owen de vez en cuando para comprobar que hace todo lo que le he dicho y que se esfuerza en ello, aunque no esté sobre él para presionarlo. Bueno, quiere ser un profesional, así que debe ser él mismo quien se lo tome en serio. Yo lo apoyaré y lo corregiré cuando lo crea necesario, pero después de tres años, poco más puedo enseñarle que no sepa todavía.

A media mañana, permito que mis chicos se tomen un breve descanso. Después los haré luchar con Owen. A él le servirá de entrenamiento y ellos se sentirán motivados incluso si pierden el combate. Admiran a Owen y para ellos es un sueño poder enfrentarse a él.

Voy a por agua para hidratarme y noto una mirada sobre mí. Busco entre las máquinas y los socios, hasta que doy con ella. El hombre trata de disimular en cuanto se ve sorprendido y yo continúo mi camino después de examinarlo. Puede que no sea capaz de recordar todos los nombres con la misma facilidad de Colin, pero nunca olvido una cara y la de ese hombre no me suena de nada. Seguramente sea nuevo en el gimnasio y por eso he llamado su atención. Siempre sucede lo mismo, hasta que no se acostumbran a verme entrenando a mis chicos, me observan furtivamente, más que nada por curiosidad.

—¿Tenemos socios nuevos? —le pregunto a Colin cuando me cruzo con él.

—¿Te refieres a ese? —lo señala con la cabeza y asiento—. Dice que quiere probar. Por ahora está pagando por día, aunque le salga más caro.

—No parece muy entusiasmado con la idea —comento, viendo cómo camina lentamente en la cinta, como si estuviese dando un simple paseo.

—No durará mucho —responde y entra en el despacho después.

Regreso con mis muchachos y me olvido por completo del hombre mientras los veo enfrentarse los unos a los otros. Me enfado con Owen cuando veo que se está conteniendo, pero no digo nada delante de los otros

dos para no avergonzarlos. Sé que lo hace para no desmotivarlos, pero con eso no les está ayudando. En cuanto tengo un momento lo llevo aparte y se lo explico.

—¿Qué pasa contigo, Owen? —lo golpeo en el hombro y evita mi mirada— ¿Crees que no veo lo que estás haciendo? Ni se te ocurra seguir con esa estupidez y haz lo que debas para ganar. Cada uno tiene que lidiar con la frustración y la derrota a su manera. Y cuanto antes lo aprendan, mejor para ellos. No les estás haciendo ningún favor, así que ya basta de comportarse como un jodido hermanito de la caridad y machácalos.

No dice nada y sigue sin mirarme, pero asiente en respuesta y regresa al ring después de beber de la botella de agua que le ofrezco. En esta ocasión lo hace mucho mejor y los vence sin dificultad. Igual fui algo brusca, pero funcionó.

—Habéis estado increíbles, muchachos —los animo— y por eso os habéis ganado la tarde libre.

Los nuevos me lo agradecen, encantados con la idea, pero Owen me mira con pena porque sabe perfectamente que no lo he hecho por recompensarlos. Se acerca a mí en cuanto los otros dos se van y habla en susurros.

—¿Quieres que Craig y yo te llevemos hasta allí?

—No te preocupes, Owen. Me apetece caminar.

—Sabes que no es molestia para nosotros acompañarte.

—No será necesario —apoyo mi mano en su hombro y sonrío—. Han pasado ya cinco años.

—Pero se trata de tu padre —insiste.

—Estaré bien. Nos vemos mañana, campeón. Sé puntual.

Después de una ducha y un nuevo cambio de ropa, paso por el despacho para despedirme de Colin. Salgo con la intención de caminar hasta el cementerio, intentando no pensar en que se cumplen hoy 5 años exactos de la muerte de mi padre. Cada año, el mismo día, le llevo flores, al igual que hacíamos los dos con mi madre antes. Solo que ahora voy sola y con un ramo en cada mano. Es mi manera de honrarlos y recordarlos a ambos.

Me detengo en la floristería y pago los ramos, que ya tienen preparados para mí. Hablo con la dueña del local durante unos minutos, interesándome por su familia, y en cuanto ella insiste en presentarme a uno de sus nietos, me despido alegando que tengo prisa. Creo que esto también se ha convertido en una costumbre porque prácticamente cada año sucede lo mismo. Lo que me

extraña es que no haya traído todavía a ese nieto suyo a la tienda para presentármelo a traición.

Los primeros seis meses fui a ver a mis padres prácticamente cada semana. Entrar en el cementerio las primeras veces fue muy difícil y doloroso. Me invadía una sensación de vacío que no desaparecía en unos cuantos días. Ahora, esa opresión en mi pecho ha menguado, pero la tristeza sigue todavía ahí. La ausencia de mis padres no siempre es fácil de sobrellevar y aunque tengo buenos amigos a mi lado, en ciertas ocasiones me siento tremendamente sola.

Después de un par de horas hablando con ellos, ni siquiera me importa si me ve alguien y se cree que estoy loca de remate, me levanto del césped recién cortado y me dirijo a la salida. Suelo venir a la hora de la comida porque es menos probable encontrarse con alguien, así que cuando choco con un hombre de mis labios no sale ni una sola palabra por la sorpresa.

—Lo lamento —dice con voz suave.

—Culpa mía —respondo en cuanto recupero la mía, segundos después—. No miraba por donde iba. Lo siento.

Lo miro para asegurarme de que está bien mientras hablo y me sorprendo de nuevo, esta vez porque lo reconozco. Es el mismo hombre que me estaba observando esta mañana en el gimnasio. Su mirada huye de la mía una vez más y se aleja sin decir nada más. Soy incapaz de reaccionar, hasta que el sonido de mi teléfono me saca del trance y respondo sin mirar quién llama.

—¿Comemos juntas? —la voz de mi mejor amiga me arranca una sonrisa y olvido mi encuentro con el hombre del gimnasio para centrarme en ella—. Estoy cerca del cementerio y he pensado que tal vez te apetecería pasar un rato conmigo antes de que tenga que entrar a trabajar.

—Ya veo que soy demasiado previsible —digo, caminando hacia la salida—. Voy a tener que cambiar mis costumbres.

—Harías bien —me responde—. Cualquiera podría aprenderse tu rutina en un par de días y...

—Por favor, Sheila —la interrumpo—, si vamos a comer juntas, deja a la policía en casa. Hoy no estoy de humor para soportar sus sermones.

—Está bien —accede—, pero te aseguro que vamos a terminar esta charla un día de estos. Y será más pronto que tarde.

—Lo que tú digas, pero ahora llévame a comer —digo, colgando en el momento en que la veo. Ella me saluda con la mano y camina hacia mí.

—¿Sabes que hace diez días que no nos vemos? —su pregunta suena como un reproche y no puedo evitar sonreír. Y aunque tiene razón, casi podríamos decir que su trabajo es el culpable.

—A mí no me mires —elevo los hombros ligeramente—. No soy yo la que trabaja noche y día.

—Tampoco yo lo hago —protesta—. Al menos no todo el tiempo.

—Alguien tiene que defender la ciudad de los malos —ríe—. Y te ha tocado a ti.

Sheila es todo lo contrario a mí. Mientras que yo soy alta y de tez bronceada, ella es menuda y casi tan blanca como la nieve. Su cabello rubio y sus ojos claros color miel consiguen engañar a cualquiera en cuanto a su fortaleza. No es la primera vez, ni será la última, en que la creen débil y quebradiza, pero nada que ver con ella. No habría superado las exigentes pruebas de la policía de haber sido así.

Cierto que apenas logró entrar por su estatura, se encuentra en el límite, pero en las pruebas físicas demostró con creces que se merecía formar parte de las fuerzas del orden tanto o más que los demás aspirantes. A pesar de que nadie apostaba por ella cuando se presentó, fue la mejor de su promoción.

—Tú podrías haberlo hecho también si quisieses, pero elegiste rodearte de hombres con demasiado músculo y poco cerebro.

—Hay de todo —me encojo de hombros—. Y no deberías hablar tanto sobre eso porque algunos de tus compañeros son tal cual describes a mis muchachos.

—O incluso peor —admite, sin ningún tipo de remordimiento—, pero al menos hacen algo útil para la sociedad. En el gimnasio solo quieren aumentar el tamaño de sus músculos para suplir su escasez de cerebro.

—Si Colin te escuchase...

—A ese ni me lo nombres —me interrumpe—. Es el mayor idiota de todos.

A pesar de que mi jefe y ella se declararon la guerra en el mismo momento que los presenté, cualquier idiota podría ver que lo que necesitan es una noche de pasión desenfrenada bajo las sábanas. Puede que Colin ofendiese a mi amiga con sus desafortunados comentarios cuando le comenté que era agente de policía y tal vez ella hiriese su orgullo de amante de las pesas después en venganza, pero se desean. No hay duda de ello. Y mucho además, solo que no seré yo quien les abra los ojos. Al menos no del modo en que me gustaría hacerlo, porque con ellos hay que ser sutil. No pretendo ser

la única perjudicada si esto me explota en las narices.

—Me preguntó por ti —miento. Aunque no es exactamente una mentira porque hace un par de días, su nombre salió en una de nuestras conversaciones. Y, si bien, mi jefe no preguntó directamente, tampoco me detuvo cuando le hablé de ella.

—Lo dudo —y ahora es ella quién está fingiendo desinterés, pero al igual que Colin, lo hace de pena. Apenas consigo contener la sonrisa mientras engancho su brazo con el mío y la arrastro hasta el restaurante donde comeremos.

—No tienes por qué creerme si no quieres —añado como si no tuviese importancia.

—¿Por qué habría de interesarse ese por mí?

—Yo no he dicho que se interesase, sino que preguntó por ti.

—¿Qué diferencia hay? —pregunta con curiosidad.

—El interés implica sentimientos de por medio —le explico y bufa. Esta vez no puedo ocultar mi sonrisa.

—¿Y qué le dijiste a ese impresentable de mí? —continúa con su interrogatorio después de ordenar nuestra comida.

—Que si quería saber algo de ti, te preguntase directamente.

—Dudo que lo haga —bufa de nuevo.

—Desde luego que no lo hará —digo con convicción.

—¿Acaso te dijo él que no lo haría? —su ceño fruncido me divierte, sobre todo porque estaba esperando que sucediese— ¿Acaso se cree demasiado importante para llamarme? Igual me considera poca cosa para él. Pues que sepas que aunque me llamase, ni me molestaría en responder. No me rebajaría a intercambiar ni una sola palabra con un hombre que...

—Colin no te llamará —la interrumpo antes de que su enfado vaya a más y terminen echándonos del local—, básicamente, porque no tiene tu número.

—Oh —se calma al momento y se dedica a colocar la servilleta para no tener que mirarme a los ojos. Es tan fácil de alterar—. Aún así, no le contestaría.

—Claro.

—No lo haría, Lindsey —me señala con el dedo— y más te vale que no le des mi número.

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa —finjo escandalizarme y ella me lanza un pedazo pequeño de pan, que esquivo sin problema—. No es tan

malo como lo pintas, Shey.

—No me importa, Lin —pero yo sé que sí lo hace.

Aún así, cambio de tema para no forzar demasiado la situación y conversamos durante más de una hora sobre nuestras cosas, poniéndonos al día. Sheila es de esas amigas que aunque no la veas en semanas, o incluso meses, en el reencuentro es como si el tiempo no hubiese pasado. Me ayudó mucho después de la muerte de mi padre y es algo que nunca podré agradecerle lo suficiente.

A pesar de mis protestas, se encarga de la cuenta y salimos del restaurante todavía discutiendo sobre ello. El hombro de mi amiga golpea contra un hombre y se disculpa con él sin llegar a mirarlo en ningún momento. Yo, en cambio, juraría que ya me he cruzado con él varias veces hoy.

—Este fin de semana libre, así que ya te llamaré para salir el sábado por la noche —me dice Sheila a modo de despedida—. Necesitamos una noche de chicas.

—¿Solamente de chicas? —mis ojos se desvían hacia la entrada del restaurante.

—Sí —sonríe—. Llamaré al resto de la pandilla para que no hagan planes. Será divertido.

—Lo será —asiento antes de mirar una vez más hacia la puerta.

—¿Ocurre algo, Lin?

—No, nada —niego con mi cabeza.

—¿Segura?

—Sí —asiento ahora—. Me pareció reconocer a alguien, pero lo más probable es que me haya equivocado.

—Bueno —mira su reloj—, tengo que irme. Ya hablaremos.

—Claro —nos besamos en la mejilla como despedida y Sheila se aleja a toda prisa.

Miro una última vez hacia el restaurante y frunzo el ceño. Si el hombre que chocó con mi amiga es quien me creo, diría que empieza a ser preocupante porque, ¿cuántas posibilidades hay de encontrarse con la misma persona tres veces en un mismo día?

2

—Lindsey, ¿me estás escuchando?

—¿Qué? —miro a Colin como si me sorprendiese encontrármelo frente a mí.

—Joder, Lin —se queja—. No me digas que no has oído nada de lo que te acabo de decir.

—Claro que lo he oído —o eso creo, pero mejor que no sepa que dudo.

Esta mañana he vuelto a tener la misma sensación de que me estaban observando mientras corría y no he podido parar de pensar en ello desde que regresé del parque. Ya son varios días en los que me pasa eso. Supongo que todo es culpa de los nervios, porque el campeonato está muy cerca y nos jugamos mucho, pero no me gusta la sensación.

—Esto es importante —como si necesitase recordármelo—. Si no presentas los papeles a tiempo, Owen perderá todo el año. Los del Comité se han puesto exigentes con los requisitos y los plazos de presentación de la documentación.

—Está todo aquí —muevo los papeles en su cara y sonrío para tranquilizarlo—. No te preocupes. No habrá ningún problema.

—Estoy negociando con un par de posibles patrocinadores —continúa—, pero quieren ver a Owen en acción primero. Lo han estado siguiendo durante toda la temporada pasada en los campeonatos menores, así que un combate organizado aquí en el gimnasio será más que suficiente para convencerlos de apoyarlo.

—Veré quién está disponible para luchar —asiento.

—Intenta que sea alguien ya patrocinado —sé por qué lo dice y asiento de nuevo.

Hace unos cuantos años, un colega suyo organizó un combate de demostración para un patrocinador, interesado en uno de sus boxeadores, y el

entrenador del oponente se lo llevó para su chico. Su muchacho perdió la temporada entera porque ya no le quedaba tiempo para buscar a nadie más.

—Creo que sé a quién llamar. No habrá problemas con él.

—Otra cosa —añade cuando ya me estoy yendo—. Necesito que cierres hoy por mí. Tengo un asunto que atender fuera de la ciudad.

—De acuerdo —me entrega las llaves y me despide con un gesto de la mano.

Esta tarde entreno solo con Owen porque en unos días tendrá que demostrar lo bueno que es frente al posible patrocinador y, en esta ocasión, no va a poder luchar contra principiantes o no impresionará a nadie. Necesito que esté en plena forma y que dé lo mejor de sí mismo para ganarse su apoyo. Por eso lo presiono más de lo habitual.

—Eres malvada —se queja. Llevamos tres horas entrenando sin parar.

—Algún día me lo agradecerás —le sonrío.

—Algún día me matarás —replica.

—Te recuerdo que fuiste tú el que me eligió a mí. Cualquier otro te habría metido de cabeza en los campeonatos sin necesidad de buscar patrocinador. Hay entrenadores que los tienen a puñados.

—La mayoría me habría despachado en cuanto descubriesen la verdad sobre mí.

—No empieces con eso, Owen —hemos tenido esta discusión en demasiadas ocasiones ya y no estoy por la labor de añadir una más a la larga lista. Nunca nos pondremos de acuerdo y no merece la pena perder tiempo y esfuerzo en hacer cambiar de opinión al otro.

—Sabes que tengo razón.

—Que tuvieses una mala experiencia con tu primer entrenador no significa que todos vayan a resultar igual —no desiste y la discusión comienza de nuevo.

—Por desgracia, los hombres son los menos tolerantes en estos casos. Sobre todo en el deporte.

—Sabes —cambio de táctica—, estoy tentada a dejar de ser tu entrenadora para que tengas que buscarte la vida y veas que una sola oveja no hace al rebaño.

—Si me tú dejas, abandono —se encoje de hombros y eso me cabrea.

—Escúchame bien, Owen Henderson. Si algún día dejase de entrenarte, por la razón que sea, y tú abandonases —le digo acorralándolo contra las cuerdas—, te juro que cogeré ese culito respingón tuyo y te lo patearé tan

fuerte que no podrías sentarte en un año entero. Si quieres seguir pensando que nadie más que yo querría entrenarte por eso, allá tú, pero no voy a consentir que tires por la borda un futuro brillante como el que tienes solo porque yo no pueda acompañarte en él. Vas a luchar por lo que quieres y vas a hacerlo arrasando con los estereotipos y los prejuicios. Si te rechazan diez entrenadores, el número once será quien te apoye. Y si no, el doce. ¿O crees que los grandes boxeadores no sufrieron rechazos en sus comienzos? Puede que no por el mismo motivo que tú, pero nadie nació en la cima. Eso te lo tienes que ganar.

—Lo siento, Lindsey —me dice totalmente arrepentido.

—Tienes en mí un buen ejemplo de superación, Owen. Intenta seguirlo —continúo—. Sabes que no llegué a donde estoy hoy dejándome dominar por el miedo a las habladurías o a las negativas. Cuanto más intentaban hacerme caer, más fuerte pisaba yo. Ve siempre a por todas. Y que se joda el mundo.

—Que se joda el mundo —repite chocando sus guantes con los míos cuando los alzo hacia él.

—Eso es —sonrío—. Que se joda el mundo. Y ahora demuéstreme lo que vales, Owen.

Peleamos hasta caer rendidos. Creo que es la primera vez en la que el tiempo se nos pasa tan rápido porque para cuando salimos de los vestuarios, ya no queda nadie en el gimnasio. Owen espera por mí mientras reviso que todo esté en orden, apago las luces y cierro la puerta con llave. Me ayuda con la reja de fuera y una vez asegurada, conecto la alarma.

—Te acompaño a casa —se ofrece—. Ya es muy tarde.

—Vivo aquí al lado, no es necesario —me niego a que pierda más tiempo por mi culpa—. Estarán preocupados por ti en casa, ve ya.

—Prefiero acompañarte primero —insiste.

—Está bien —conozco ese tono de voz y sé que no va a desistir—. Usa esa determinación en los combates y te irá muy bien en el campeonato.

—Tú todo lo conviertes en una lección —ríe.

—Ese es mi trabajo —le sonrío antes de cambiar de tema— ¿Qué tal con... Austin? ¿Era así? Soy terrible para los nombres.

—Bien —que no diga nada más es un poco sospechoso y lo miro.

—¿Solo bien? ¿Qué ocurre? —ahora entiendo el pesimismo de hoy.

—Sigue insistiendo en que conozca a su familia —suspira—. Dice que ya es hora de dar un paso más en nuestra relación.

—Bueno, en eso tiene razón. ¿Cuánto lleváis juntos? ¿Un año?

—Casi dos.

—Vaya, eso es mucho tiempo.

—Yo no tengo problema en conocer a su familia. De hecho, a sus hermanos los he visto ya en varias ocasiones.

—¿Entonces?

—Entonces...

—Oh, ya veo —ni siquiera necesito que me responda—. Si te presenta a su familia, luego tú tendrás que presentarle a la tuya. Y ese sí es un problema.

—Uno enorme.

—No tanto, en realidad. De hecho, es más sencillo de lo que crees —me mira como si me hubiese vuelto loca—. Dile a tu padre de una vez por todas que te gustan los chicos y que tienes novio. Y asunto resuelto.

—Como si decírselo fuese tan fácil.

—¿Tengo que darte otra vez la charla sobre pisotear prejuicios?

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo, Owen. No dejes que las opiniones de los demás influyan en tu vida. Ni siquiera la de tu padre. Tú eres el único que tiene que convivir a diario contigo, así que solo te debes explicaciones a ti mismo.

—Mi padre es un hombre muy estricto y chapado a la antigua. No lo entenderá.

—En un par de semanas cumples los dieciocho. No serás mayor de edad todavía, pero podrás decidir por ti mismo en muchos aspectos de tu vida. Que tu padre se pone en plan anticuado, haces la maleta y te vas de casa. Si Austin no te acoge, cosa que me extrañaría mucho, yo tengo una habitación libre.

—Supongo que Craig me apoyaría si me decidiese a contarle la verdad a papá —me dice.

—¿Eso que he escuchado es una frase optimista? —bromeo con él para que abandone el rictus serio que tiene—. Debe haberse congelado el infierno ahora mismo porque si no, no me lo explico.

—Eh, eh —sonríe—. Tampoco te pases.

—Misión cumplida —ríe—. El muchacho ha sonreído. Ya puedo dormir tranquila.

—Estás loca.

—Solo un poco —busco la llave en mi mochila—. Pero hay que ser un poco de todo en esta vida. Locos, prudentes, divertidos, serios, discretos,

extrovertidos... Solo tienes que saber usar cada capacidad en el momento adecuado.

—Pues tú lo haces muy bien.

—Experiencia —abro el portal—. Vete a casa ya, antes de que tu padre venga a buscarte y me eche la bronca por retenerte hasta tan tarde. Y envíame un mensaje en cuanto llegues, por favor.

—Lo haré. Buenas noches, Lin.

—Buenas noches, Owen.

Me quedo en la puerta hasta que lo veo desaparecer en la esquina de mi calle, solo para asegurarme de que conoce el camino de regreso al gimnasio. Siento de nuevo esa sensación de estar siendo observada y miro a mi alrededor, pero estoy sola. Entro en el edificio y subo las escaleras de dos en dos. Cierro con llave al llegar a casa, intentando quitar el malestar del cuerpo con una sacudida de hombros. Sin embargo, estoy tan cansada que se me olvida todo mientras camino hacia mi habitación. Pienso acostarme sin cenar y dormir hasta que llegue la mañana para recuperar energías.

Sin embargo, cuando suena el despertador, siento como si no hubiesen pasado más de diez minutos desde que me metí en cama. Me quedaría de muy buena gana tumbada después de la paliza que nos he dado ayer a Owen y a mí, pero la clave para mantener una rutina de entrenamiento es no modificarla bajo ningún concepto, así que me levanto y me preparo para salir a correr.

Me está costando llegar la final del recorrido, así que por hoy creo que lo acortaré un poco. Comienzo los estiramientos y siento cómo todos mis músculos se resienten. Creo que hoy tendremos una sesión más relajada en el gimnasio.

Mi cuerpo se tensa de repente y miro alrededor, buscando la amenaza. Apuro mis ejercicios deseando estar ya en mi casa. Nunca he visto nada sospechoso, eso solo una sensación, pero no me gusta. Si esto sigue así, tendré que cambiar mi ruta, tal y como me sugiere siempre Sheila que haga.

Entonces noto una mano presionando en mi hombro y un grito se escapa de mis labios sin que pueda evitarlo. Me giro con rapidez y lanzo un rechazazo al aire.

—Eh, eh, Lindsey —escucho la voz de mi amiga y exhalo todo el aire que tengo en los pulmones— ¿A qué ha venido eso?

—Maldita sea, Shey —llevo mi mano al corazón—. Me has dado un susto de muerte.

—El susto me lo has dado tú a mí. Si no tuviese tan buenos reflejos, me habrías dejado sin dientes con ese golpe.

—¿Y qué esperabas?

—Un hola, tal vez. No un rechazazo.

—Culpa tuya por aparecer por en plan ninja silencioso.

—Venga ya —ríe—. No exageres. Si te saludé de lejos.

—Pues sería a otra porque yo no te oí.

—Está bien, está bien —alza las manos en señal de rendición—. Culpa mía. Pero, ¿a qué viene tanta agresividad?

—Me has asustado, nada más —encojo mis hombros intentando restarle importancia. Lo último que quiero ahora mismo es que me eche otra bronca sobre lo previsible que soy, si se entera de lo que estaba pensando cuando me tocó.

—¿Desayunamos juntas? —me sugiere.

—¿Tienes tiempo?

—Todo el tiempo del mundo. ¿Y tú?

—Claro —le respondo comprobando mi reloj—. Pero tenemos que darnos prisa porque hoy debo abrir yo. Colin ha salido de la ciudad.

—¿En serio?

—Podrías acompañarle al gimnasio —probablemente ya esté de regreso, pero Sheila no tiene por qué saberlo. Ni yo por qué decírselo—, ya que es tu día libre...

—Tal vez lo haga.

Mientras me ducho, Sheila prepara el desayuno para ambas. Se mueve por mi casa como si fuese la suya propia. De hecho, lo fue durante un tiempo, tras la muerte de mi padre. A pesar de que tenía su propio apartamento, me ayudó con la venta de la casa y en la búsqueda de un piso para mí, y se quedó conmigo varios meses en él.

—Ya he hablado con la panda —me dice mientras desayunamos—. Esta noche, cena en mi casa y después copas por ahí.

—Lo había olvidado por completo —oculto mi rostro entre mis manos—. He estado tan centrada en el campeonato que no volví a pensar en ello. Necesito que todo salga bien para Owen.

—También necesitas divertirte —me dice.

—Necesito dormir —rio.

—Dormir está sobrevalorado —me saca la lengua.

—Vamos —llevo las tazas al fregadero. Ya los limpiaré cuando vuelva

—, tengo que abrir el gimnasio.

—Suerte que siempre llevo mi bolsa en el coche —ríe.

—Entonces vienes.

—Alguien tendrá que asegurarse de que no fuerzas demasiado para usarlo de excusa esta noche.

—Que buena amiga eres —la ironía en mi voz la hace reír.

—La mejor —me empuja con la cadera al pasar por mi lado—. Ya va siendo hora de que lo reconozcas.

Tendré que recordárselo cuando lleguemos al gimnasio y aparezca Colin por allí. Son tan tercos los dos. A veces me dan ganas de encerrarlos en un armario y no dejarlos salir hasta que se sinceren el uno con el otro o tengan una buena sesión de sexo. Ambas opciones me valen siempre que desaparezca esa tensión que hay entre ellos.

—Me dijiste que Colin no vendría hoy.

Ya es media mañana cuando mi jefe hace su aparición estelar y Sheila no ha perdido el tiempo en venir a reprochármelo. Se ha pasado horas ejercitándose y hablando con Craig, ajena a todo lo demás, pero ha sido la primera en verlo entrar. Podría echárselo en cara, aunque prefiero no tentar la suerte. Parece algo enfadada conmigo ahora mismo.

—Desconozco los planes de mi jefe, nunca me informa de ellos —le digo, no obstante—. Además, yo no te dije nada de eso.

—Por supuesto que sí.

—No, querida Shey. Te dije que Colin estaba fuera de la ciudad.

—Es lo mismo.

—Para nada.

—Me mentiste —achina sus ojos.

—Para nada —repito—. Colin estaba fuera de la ciudad cuando te lo dije. No es mi culpa que haya regresado ya.

—¿Sabes qué? —se da por vencida—. Culpa mía por fiarme de ti. Siempre haces lo mismo.

—¿Qué más te da si está aquí o no? Ignóralo.

—Buenos días, señoritas —y Colin, como siempre, estropea mi sugerencia al saludarnos—. Que gusto verte, Sheila.

—Seguro —ni siquiera lo mira y yo muerdo mi labio inferior para no sonreír porque él no le saca los ojos de encima. Son tal para cual, no sé por qué no lo ven.

—¿Has solucionado esos asuntos que te llevaron fuera de la ciudad? —

intento ayudar a mi amiga desviando la atención de mi jefe.

—Estoy en ello —dice vagamente.

Sheila intenta ignorarlo mientras busca la excusa perfecta para alejarse.

—¿Cómo le va a nuestro chico? —me pregunta mirando ahora hacia Owen.

—Estoy en ello —le devuelvo sus propias palabras y me mira con cara de pocos amigos, pero no me dice nada porque escucha la risa de Sheila y fija su atención en ella.

—¿A qué debemos el honor, Sheila?

—No te emociones tanto, Colin —le dice, desaparecido ya todo rastro de diversión—. No he venido por ti sino por Lin.

—Que lo digas de ese modo —le responde, inclinándose hacia ella, solo para molestarla un poco— me da qué pensar. Tal vez sea todo lo contrario y hayas venido porque me echas de menos.

—Ya te gustaría.

—Sabría compensarte —le regala una sonrisa petulante, de esas que incluso yo odiaría si me la dedicasen a mí.

—Estúpido —se aleja echa una furia.

—¿Por qué siempre tienes que provocarla de ese modo? —le recrimino en cuanto nos quedamos solos.

—Es puro fuego —susurra sin dejar de observarla. Creo que no es consciente de que sigo a su lado o no sería tan indiscreto. Aunque yo estoy encantada con este despiste.

—A ti te gusta —lo acuso.

—Me gusta sacarla de quicio —recalca, aunque yo ya he oído lo que quería y nada de lo que diga a partir de ahora servirá para hacerme cambiar de opinión.

—Pues es una pena que no te guste —finjo mirarme las uñas mientras hablo— porque yo podría ayudarte con eso.

—No me interesa.

—Podría decirte que esta noche planeamos salir a tomar unas copas —continúo, segura de que me está escuchando aunque no me mire— y podría dejar caer los lugares que frecuentamos por si te apetece aparecer por allí.

—No me interesa —dice de nuevo y se va.

—Cabezota —refunfuño.

—Díselo a mi hermano —Owen está ahora a mi lado y sonrío.

—¿Qué? —lo miro.

—Colin y mi hermano han quedado esta noche para salir juntos. Si quedases con él...

—Ese es un arma de doble filo, Owen.

—No tanto. Solo tienes que decirle que lo haces por ellos. Mi hermano tiene alma de casamentero.

—¿Lo dices en serio? —no lo habría pensado ni en un millón de años.

—Ha emparejado a muchos de sus amigos —se encoje de hombros—. Piénsatelo. Podría ser un gran aliado.

Regresa al ring para continuar con sus ejercicios y yo observo a Craig hasta que él se da cuenta y me sonrío. Supongo que si quiero que esos dos se junten por fin, tendré que pedirle ayuda. ¿Qué podría salir mal? Salvo quizá que él vea algo más en eso, que mi mejor amiga deje de hablarme y que mi jefe me despida por metiche.

—Bueno —me digo a mí misma—, la vida sin un poco de riesgo no merece la pena.

3

La noche no está saliendo todo lo bien que había pensado, pero me estoy riendo tanto que no me importa. Ya tendré tiempo de arrepentirme de esto mañana, cuando Sheila me mate por haber *invitado* a Colin y a Craig a acompañarnos.

—Por aquel entonces creía que ser bombero era lo único que necesitaba para ligar —me sigue contando Craig, mientras las chicas bailan en la pista y Sheila finge que no nota cómo Colin la observa fijamente desde la barra—. Ya sabes, la ignorancia de la juventud.

—Bueno, decir que eres bombero siempre atraerá a muchas chicas —no puedo quitarle la razón en eso.

—Cierto —sonríe—, pero jamás con las frases que usaba yo para acercarme a ellas.

—¿Qué frases? —me estoy temiendo lo peor.

—Si tú quieres, puedo apagar tu fuego, nena —tuerce su labio en una mueca que pretende ser sexy, pero yo solo puedo reírme—. Soy muy bueno con la manguera.

—Por dios —rio más alto—. Dime que no decías eso.

—¿Qué quieres? Tenía apenas 21 años —se encoje de hombros—. Era joven e inexperto.

—Demasiado músculo y poco cerebro —recito la frase favorita de Sheila para describir a los hombres que van al gimnasio.

—Eh —se hace el ofendido—. Tengo cerebro. El problema es que no lo usaba demasiado por aquella época.

—Menos mal que aprendiste a hacerlo ahora —digo, todavía con la sonrisa en los labios.

—Y eso me ayudó a ligar mucho más —remata, haciéndome reír de nuevo—. Quien lo diría, eh.

—Hablando de ligar —miro hacia nuestros amigos— ¿Qué vamos a hacer con esos dos?

—No lo sé, pero debería ser rápido. A este ritmo, Colin acabará borracho en nada. Y de ahí puede salir cualquier cosa.

—Siempre podemos obligar a Shey a acompañarlo a casa —me encojo de hombros y Craig sonrío.

—Si consigues eso, te haré un altar —promete.

—Yo no sé conducir, así que no puedo llevarlo en su coche —le explico—. Tú has venido con él, pero como vas a estar tanto o más borracho que él...

—No estoy bebiendo ni la mitad que él —protesta—. Y no pienso seguir.

—Pero dirás que sí para que Sheila se ofrezca a llevarlo.

—Uh —eleva la comisura derecha de su labio—, me gusta como piensas. Tienes una mente astuta, Lin. Me estoy poniendo ca...

—Si quieres vivir un día más —lo corto—, no terminarás esa frase.

—Está bien, está bien. Pero, ¿de verdad crees que se ofrecerá?

—No es policía porque le guste el trabajo, lleva en la sangre eso de preocuparse por los demás —rio—. En cuanto vea que nadie puede acompañarlo, lo hará ella misma para evitar que tenga un accidente por el camino.

—O lo meterá en un taxi y se irá con las demás.

—Pediré colaboración a las chicas para que la dejen tirada.

—De todas formas, Sheila también está bebiendo. No creo que quiera coger el coche.

—La conozco y sé que no pasará de las tres copas que ya se ha tomado aunque no vaya a conducir —niego—. Es demasiado responsable para emborracharse.

—Entonces ya tenemos plan —eleva las cejas varias veces y yo sonrío.

—Esperemos que funcione —lo miro inclinando mi cabeza a un lado—. Oye, tú decías que se te daba bien eso de emparejar personas, pero lo estoy haciendo todo yo sola.

—Es que eres tan buena que no necesitas mi ayuda —sonríe.

—Gracias por nada —lo golpeo en el brazo con el puño.

—No te quejes. Te estoy haciendo compañía. Una muy buena, por cierto —añade, frotándose como si le hubiese dolido.

—Como no lo pensé —pongo los ojos en blanco—. Eso ya debería

compensarme.

—Si lo que quieres es una compensación...

—Mejor voy al baño —una vez más, lo dejo con la palabra en la boca.

Sé que está intentando llegar a mí, como cada vez que bebe un par de copas y se le olvida que siempre lo rechazo. Por desgracia para mí, cada día me cuesta más no caer porque tiene todo lo que busco en un hombre y mucho más.

—No entiendo por qué no te arriesgas, Lindsey —le reprocho a mi reflejo en el espejo.

Pero, en realidad, sí que lo sé. Tengo miedo que no salga bien y perder su amistad. En estos tres años que nos conocemos, Craig se ha convertido en un imprescindible en mi vida y no podría soportar quedarme sin eso por intentar alcanzar algo más. Aunque me apetezca.

—Estúpida y cobarde —me digo antes de entrar al cubículo. Ya que estoy aquí, vaciaré la vejiga.

Mientras estoy en ello, escucho la música subir de volumen por unos segundos al abrirse la puerta y luego las voces de un par de chicas hablando y riendo. Eso de que nunca venimos solas al baño es cierto, aunque yo ahora no he tenido más opción si quería evitar que Craig se me insinuase de nuevo.

—¿Has visto al rubio de la camisa negra? —dice una y aunque puede haber muchos rubios con camisa negra, en mi mente se forma la imagen de Craig inmediatamente.

—Está buenísimo —ríe la otra.

—Creo que trabaja con mi hermano.

—¿En serio? Bueno, con ese cuerpo que tiene, no me extraña. Todos están para mojar pan. Te juro que quiero un bombero en mi vida. Y si es el de la camisa negra, mejor todavía.

Definitivamente hablan de él y no me gusta nada lo que estoy sintiendo al escucharlas. Craig es libre de hacer lo que quiera y con quien quiera y ellas pueden intentarlo si les place. Aún así, no puedo decir que me deje indiferente imaginar que podrían tener éxito. ¿Cómo era eso del perro del hortelano?

—Si quieres, puedo presentártelo —le sugiere la otra—. Podemos acercarnos a él con la excusa de preguntarle si trabaja con mi hermano y ya de paso, le entras.

—Que buena idea.

Me reúno con ellas y su conversación se termina, tal y como pretendía

que ocurriese. Lavo mis manos sin mirarlas mientras ellas disimulan y fingen que no me han reconocido como la chica que lleva toda la noche con Craig. Me tomo mi tiempo, solo por fastidiarlas y antes de irme, las miro y pronuncio tres palabras que no sé ni de dónde salen.

—Él está conmigo.

Acabo de marcar territorio sobre alguien que solo es mi amigo y me siento entre sorprendida y enfadada conmigo misma. Me justifico pensando que Craig no merece que una mujer solo se interese en él por su físico, pero sé que hay mucho más detrás de mi arrebató. Aunque no es el momento de analizarlo, así que intento dejarlo a un lado hasta que esté sola en mi casa.

—Y no pienso beber más —me prometo, temiendo cometer una estupidez más grave que esta por culpa del alcohol.

Craig sigue donde lo dejé. Está removiendo distraídamente su bebida mientras su mirada se pasea por el local, sin quedar fija en ningún lugar. No puedo negar que tiene buen porte y llama la atención incluso si se mantiene en una esquina, apartado de todos. La camisa se ajusta a su cuerpo marcando sus músculos perfectamente definidos. Y el pantalón no deja lugar a dudas en cuanto a lo bien que se ha portado la genética con él. Me recreo en su figura antes de volver a mi sitio. Una mala idea, porque ahora soy más consciente de su atractivo.

Antes de alcanzarlo, uno de mis pies pisa un vaso abandonado por algún inconsciente y pierdo el equilibrio. Suerte que me sujetan antes de que dé con mis huesos contra el suelo. Claro que prácticamente me caigo encima de él, sería delito que no me agarrase.

—Lo siento —me disculpo—. Había un vaso en el suelo que no vi.

—No tienes que disculparte, nena —me dedica una sonrisa de esas que tanto me repelen porque rezuma chulería por todas partes—. Mis brazos están encantados de sostenerte.

—Ya —me aparto inmediatamente y arreglo mi ropa, solo para evitar su mirada, que me está dando un repaso como el que yo le di a Craig no hace ni un minuto—. Bueno, gracias.

—Las que tú tienes, nena.

—Tengo que irme —trato de cortar lo que sea que intenta hacer. Solo por llamarme nena en ese tono, ya me siento ofendida.

—¿A qué viene tanta prisa? —se acerca a mí y su brazo rodea mi cintura—. Vamos, te invito a una copa.

—Gracias, pero no —me suelto como puedo de su agarre—. Me están

esperando.

—Venga. No puedes irte sin más —me sujeta de nuevo y yo me vuelvo a liberar.

—Me están esperando —repito. Se le ocurre tocarme de nuevo y le suelto un derechazo. Está decidido.

—Esto tiene que haber sido una señal —insiste.

—La señal de que debes dejarla en paz —Craig está detrás de mí ahora y sus manos se apoyan en mis hombros—. Piérdete, tío. Ella está conmigo.

—Porque tú lo digas —si fuese un gallo de pelea, ahora mismo tendría las alas extendidas y el pecho fuera para parecer más intimidante.

—Por supuesto que yo lo digo.

—Ya vale, chicos —intento calmar los ánimos porque esto se está poniendo muy tenso—. Vamos a tranquilizarnos todos.

—Tú te callas —me dice sin llegar a mirarme. Yo sí lo hago y con la boca abierta por la sorpresa. Será gilipollas. ¿Quién se cree que es para tratarme así?—. Esto es entre el guaperas y yo.

—No le hables así —Craig me defiende, colocándose detrás de él.

—Le hablo como me da la gana.

—No si yo te cierro la boca.

No podría decir cuál de los dos golpeó primero porque todo ocurre tan rápido que, antes de que pueda procesarlo, ya se han enzarzado en una pelea que termina con Colin ayudando a Craig, cuando un par de amigos del otro se meten también. Y conmigo intentando inútilmente separarlos a todos.

—Sois unos idiotas —les grita Sheila cuando nos echan del local. Si ella también está fuera es por mí, de eso estoy segura. Por ellos, ni se habría molestado en salir— ¿En qué coño estabais pensando para empezar una pelea dentro de un local?

—Yo no la empecé —se defiende Craig mientras limpia la sangre de su nariz con un pañuelo que le he dejado—. Ese tío le faltó al respeto a Lindsey.

—Yo solo lo ayudé cuando fueron tres a por él.

—Testosterona —alza las manos al cielo clamando por paciencia.

—Como no —Colin la ataja, molesto por su comentario—. Échale la culpa a que somos hombres.

—¿A qué sino? —le dice golpeando su cabeza repetidas veces con un dedo—. Porque esto no parece que os sirva de nada.

—Si estuviesen zurrando a una de tus amigas entre varias —la señala después de apartar su dedo de un manotazo—, no te quedarías parada. Irías a

defenderla, tuviese razón o no.

—Para empezar, las mujeres no nos zurrarnos.

—Por supuesto que sí.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no cambiamos de local y ya? —sugiero. Por hoy ya he presenciado suficientes peleas y esta no parece que vaya a llegar a buen término, por cómo se miran.

—Por mí bien —dice Colin sin apartar los ojos de Sheila.

—Por mí también —Sheila no se queda atrás. Están tan cerca que podrían besarse si uno de ellos se inclinase hacia el otro. Y creo que eso es lo que necesitan, una buena dosis de sexo que acabe con su enemistad.

—¿Y si vamos a la playa? —sugiere una de mis amigas—. Creo que por hoy ya hemos bebido suficiente.

La idea es bien acogida por todos y terminamos en Portobello, donde las chicas deciden darse un baño a la luz de la luna. Craig las sigue, aunque tengo la sensación de que lo hace por dejarme a solas con Colin, que se niega a acompañarlas. Sigue enfadado.

—No la entiendo —dice en un arranque de sinceridad cuando nos quedamos solos, sentados en la arena, mientras remueve su cabello negro con una mano—. Vale que empezamos con muy mal pie por culpa de los comentarios que hice el día que nos presentaste, pero parece haber emprendido una cruzada en mi contra desde entonces. Nada de lo que digo o hago le parece correcto. Ella siempre va a encontrar lo que sea para criticarme.

—Tampoco tú le das tregua —le recuerdo—. Cada vez que os veis no haces otra cosa que comportarte como un capullo con ella.

—Me provoca —admite.

—Te gusta —no es la primera vez que se lo digo, aunque siempre cambia de tema. Veremos con qué sale ahora que se ve más comunicativo—. Te gusta mucho.

—Qué importa —se encoje de hombros, sorprendiéndome de que no se vaya por la tangente—. Yo no le intereso a ella.

—Yo diría que sí lo haces —me permito ser un poco más directa ahora que se está abriendo a mí. *Sheila, perdóname*—. Y te diré que bastante, pero guárdame el secreto. Quiero llegar a los 30 algún día.

—Si eso es cierto, lo disimula bastante bien —frunce el ceño y sus ojos negros se oscurecen, si eso es posible.

—Si dejases de molestarla cada vez que estáis cerca, tal vez podría bajar la guardia y mostrarte a la Sheila más interesante —le sugiero—. Esa que está ahora mismo en el agua, hablando y riendo despreocupadamente con todos menos contigo.

No dice nada y yo no insisto. Ya he puesto la semilla, ahora es cosa suya que germine o no. Si algo sale mal, y después de la discusión que acaban de tener es lo más probable, prefiero que ninguno de los dos se me eche encima y me acuse de haberme inmiscuido en sus vidas. Vale, lo he hecho, pero he sido lo suficientemente sutil hasta esta noche como para que no me lo recriminen. Espero.

—Vamos al agua —Colin me sorprende de nuevo levantándose y tirando de mí para que lo siga. Y aunque no me apetece nada quedarme en ropa interior donde pueda verme cualquiera, no me da opción a negarme.

No sé muy bien cómo ni por qué, pero terminamos en medio de una pelea de aguadillas que las chicas, aún siendo el doble, estamos perdiendo. Aunque, en realidad, no importa porque lo estamos pasando de maravilla. Un buen cambio después de una noche de incomodidades y reproches.

Esta no es la mejor ciudad para bañarse de noche en la playa, incluso en verano, así que no tardamos en regresar a la arena para vestirnos. Colin siempre lleva toallas en el maletero del coche, por lo que podemos secarnos un poco antes de poner la ropa, algo que se agradece.

—Creo que es hora de irse —sugiere Sheila.

Miro hacia Craig y me entiende perfectamente. Nuestro plan de que ella lleve a Colin a casa acaba de irse al traste porque ni él está tan borracho ya ni he podido hablar con las chicas para que la dejen sola. Pero entonces, recuerdo algo.

—Colin, ¿podrías llevarnos? —le pido con una inocente sonrisa—. Alice vive aquí al lado y sería una putada para ella que tuviese que volver al centro solo para dejarnos en casa.

—En su coche no cabemos todos —recalca Sheila.

—Somos cinco —Craig me ayuda, entendiendo lo que busco.

—Además, Evy se queda esta noche a dormir en mi casa porque mañana tenemos planes —añade Alice, ignorando el plan, pero ayudándonos sin saberlo—. Así que iréis aún más cómodos.

—Decidido entonces —me apresuro a decir, incluso antes de que mi jefe acepte. Si es tan estúpido como para rechazar el plan, ya me encargaré yo de hacérselo pagar caro.

—Bien jugado —susurra Craig antes de hablar en alto al resto—. Me pido detrás con esta belleza.

Me arrastra con él hacia la parte trasera del coche, dejando atrás a Sheila y Colin para que tengan que seguirnos juntos.

—No tan rápido —nos avisa Colin—. Primero acompañaremos a las chicas hasta su coche.

—No es necesario —dice Evelyn, aunque puedo notar ese brillo en sus ojos que me dice que está encantada con la atención que les da.

—Es tarde y no voy a dejar que nadie se vaya sin protección.

—Awww —suspiran mis dos amigas. Sheila blanquea los ojos y yo me rio por lo bajo.

—Y así es como se las trae a todas de calle —dice Craig, para rematar la jugada.

—Vamos —Sheila comienza a caminar, enlazando sus brazos con los de nuestras amigas—. Como ha dicho el Don Juan, es tarde.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —susurra Craig por el camino—. Parecía que se le había pasado el enfado, pero ahora ya no sé qué pensar.

—Está celosa —le respondo. Y sé bien de lo que hablo porque me pasó lo mismo con las chicas del baño, pero Craig no tiene por qué saberlo—. Eso es bueno. Ahora tenemos que conseguir que nos lleve primero a nosotros dos para que se queden solos en el coche.

—Solo hay una forma de que eso ocurra —me explica— porque yo vivo en el mismo edificio que él así que está complicado que ella sea la última.

—Mierda —no me gusta escuchar eso—. Dime.

—Que me invites a tu casa en cuanto te dejemos allí.

—¿Qué? —lo miro entre insegura y sospechando que sea una trampa para estar a solas conmigo.

—Es la única solución.

—Eh, tortolitos —nos llama Colin—. Apurad el paso u os dejamos atrás.

—Ya está el listo de turno estropeando mi plan para quedarme a solas con Lindsey —ríe Craig, mientras ajusta su brazo sobre mis hombros y camina más rápido para darles alcance.

Yo no digo nada, pensando en si realmente debería seguirle el juego e invitarlo a quedarse en mi casa para que Colin y Sheila se vayan solos o dejar que esta oportunidad única se pierda. No es que vaya a pasar algo, porque se irá a su casa en cuanto los otros dos desaparezcan de nuestra vista, pero ese

es el problema. Que me atrae demasiado la idea de invitarlo a subir y no quiero cruzar esa línea. Mucho menos esta noche, con todo lo que estoy sintiendo.

—Buenas noches, chicos —me despido en cuanto llegamos a mi calle. Craig me mira, esperando a que diga más y yo vacilo. No es mucho tiempo, pero sí el suficiente para que él tome cartas en el asunto.

—Yo me quedo aquí también —dice, saliendo detrás de mí—. No nos esperéis levantados, chicos.

—Craig —protesto por la insinuación, pero no le impido venir conmigo porque se supone que eso es lo que debería hacer.

—La calle está oscura y no voy a dejar que vayas sola hasta el portal —dice, rodeando mis hombros de nuevo con su brazo—. Y como soy un hombre tan considerado, tú querrás invitarme a tomar algo en agradecimiento. Nos pondremos a hablar y, por supuesto, amaneceremos sentados en tu sofá con la voz ronca.

—Por supuesto —le digo, entrecerrando los ojos.

—¿Prefieres que me quede contigo, Lin? —me pregunta Sheila.

—No —tal vez respondo demasiado rápido porque me mira de manera sospechosa, así que intento arreglarlo, aunque de una manera un tanto desastrosa—. De todas formas, le debía una copa a Craig por... una apuesta que hicimos. Mejor ya le pago hoy y... y zanjamos el... asunto.

—¿Qué apuesta? —ahora es mi jefe quien pregunta y siento que cada vez que abro la boca, lo estropeo más.

—Eso queda entre Lindsey y yo —Craig acude en mi ayuda una vez más—. Y ahora largo. Me estáis robando tiempo de estar con esta bella mujer.

Comienza a caminar hacia mi portal y yo busco las llaves en el bolso, esperando escuchar el sonido del coche alejándose. Sin embargo, mi jefe parece dispuesto a vernos entrar antes de irse, así que no me queda otra opción que permitir a Craig entrar conmigo.

—Ahora tenemos dos opciones —me dice una vez en el interior del edificio—. Me quedo aquí hasta que se vayan o me invitas a tomar esa copa que gané en la apuesta.

—No hubo tal apuesta —le recuerdo—, pero supongo que puedo invitarte. Ya que estás aquí.

—Gracias —alarga la palabra y hace una reverencia—. Las damas primero.

Subimos en silencio y, aunque hablamos de copas, al llegar al apartamento, Craig se decanta por un café. Yo me tomo una infusión o seré incapaz de dormir luego.

—¿Nos quedaremos hasta el amanecer hablando? —me dice una vez sentados en el sofá, con nuestras tazas en las manos.

—Depende de lo interesante que sea lo que me vayas a decir —le respondo con una sonrisa. Y comenzamos a hablar de todo y de nada hasta que los minutos se convierten en horas y voy conociendo más aspectos de Craig que me encantan. Pero también descubro que también tiene defectos, como todo el mundo y eso me asusta mucho, porque lo hace más humano, más imperfecto. Más ideal para mí. Y la tentación está ahí, al acecho, deseando hacerme caer por él.

—Eres preciosa —me dice, de repente.

No sé cómo, nos hemos ido acercando el uno al otro y ahora su brazo descansa sobre el respaldo en el que estoy apoyada. Su pierna y la mía se rozan, pues las hemos subido al asiento para poder mirarnos de frente. Su mano se mueve lentamente hasta tomar entre sus dedos un mechón de mi cabello.

—Me encantan tus rizos —continúa hablando— y el modo en que enmarcan tu rostro cuando llevas el cabello suelto.

—Craig, no —ni siquiera sé por qué le digo esto, si solo me está haciendo un cumplido. Supongo que tengo miedo de lo que mi cuerpo siente al escucharlo.

—Se dice gracias —sonríe y su mano coloca el mechón detrás de mi oreja, aprovechando para acariciar mi mejilla con descaro.

—Se dice no lo intentes —trato de separarnos unos centímetros.

—Se dice nunca dejaré de intentarlo —añade él, acercándose a mí.

—¿Y si lo estropeamos todo?

—¿Y si no lo hacemos?

—Es una mala idea —niego.

—Yo creo que es de las mejores que he tenido nunca —su rostro se acerca al mío y su mano atrapa mi nuca para que no pueda retroceder.

—Nos arrepentiremos —murmuro con su boca casi sobre la mía.

Siento una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo en cuanto sus labios tocan los míos y mi respiración se corta unos segundos. Craig gime y atrapa mi rostro con ambas manos para profundizar en el beso, mientras su cuerpo cubre el mío en el sofá. Y ya no puedo seguir negando que lo deseo

tanto como él a mí.

Mis manos recorren sus costados buscando un hueco por donde colarse bajo su camisa y acariciar su piel. Noto cómo se aprieta contra mí y me remuevo hasta que se encaja entre mis piernas. El beso, a estas alturas, está tan descontrolado como nuestras respiraciones. Una de sus manos recorre el camino hasta mi pecho sobre mi ropa, pero ya no es suficiente. Para ninguno de los dos.

—Ven —le ofrezco mi mano después de obligarle a levantarse y lo guío hasta mi habitación.

Una vez en ella, Craig no pierde el tiempo y retira mi camiseta, recreándose en la visión de mis pechos desnudos. Mis pezones se endurecen más bajo su mirada.

—Me gusta esto de no llevar ropa interior —dice con la voz rota por el deseo.

Desabrocho su camisa mientras él juega con mi cabello y me obliga a mirarlo a los ojos. En cuanto retiro la prenda, me besa de nuevo. Nos dirige a la cama y me sienta en el borde antes de alejarse un par de pasos.

—Ya está sobrando el resto —me dice, desvistándose bajo mi atenta mirada.

Busca en su cartera un condón y lo deja en la mesilla de noche para después. Cuando regresa conmigo a la cama, también estoy completamente desnuda y esperando por él.

—Eres preciosa —repite, obligando a mi cuerpo, con suavidad, a deslizarse, hasta tumbarme en la cama. Luego se coloca sobre mí, apoyado en sus rodillas y manos. Muerdo mi labio para no emitir ningún sonido, mientras admiro su cuerpo perfecto y la gran erección que tiene.

—Mira cómo me tienes, Lindsey —dice, sin moverse todavía.

—Habrá que hacer algo para calmar esa... agitación —le digo yo, alzando una mano hacia su nuca y atrayéndolo hacia mí.

Lo beso y un gemido se escapa de mi boca cuando siento el peso de su cuerpo sobre el mío. Su boca abandona la mía para dejar suaves besos en mi cuello hasta alcanzar mi oreja.

—Te deseo, Lin —susurra, provocando escalofríos de placer por todo mi cuerpo—. Más de lo que deseé a nadie. Más de lo que lo haré nunca con nadie.

Su mano juega con mi pezón y su boca busca el otro. Se me escapa un gemido cuando lo muerde con suavidad y empiezo a retorcerme bajo él, en

busca de una liberación que Craig no parece dispuesto a darme todavía.

—Craig —suplico, al notar su boca ahora en mi estómago.

—Solo disfrútalo —responde antes de llevar su cabeza entre mis piernas. Es tan hábil con la lengua y las manos que consigo un orgasmo intenso bajo sus atenciones en pocos segundos.

Se coloca el preservativo y entra en mí antes de que pueda recuperarme. Grito de placer y enlazo mis piernas alrededor de sus caderas. Se mueve, cada vez más rápido, y yo clavo mis uñas en su espalda al ir a su encuentro en cada embestida. Esta vez, llegamos juntos.

—Oh, dios —Craig apenas consigue controlar la respiración y cae sobre mí, sin fuerzas—. Ha sido increíble.

—Sí —tampoco yo me siento capaz de hablar con normalidad.

Finalmente se levanta y va al baño a retirarse el preservativo. Yo permanezco en la cama, esperando a que vuelva, pero me quedo dormida mucho antes. Ha sido un día muy largo.

4

Lo admito, esta mañana al despertarme, me he encontrado en brazos de Craig y me ha entrado el pánico. Las repercusiones de lo que hicimos anoche me golpearon con fuerza y tuve miedo de que mis peores presentimientos se cumpliesen. En lugar de quedarme y hablarlo con él, huí. Necesitaba estar sola para asimilar lo que pasó entre nosotros y echarlo de casa me parecía un poco extremo, así que preparé el desayuno, le dejé una nota diciendo que saldría a correr y me fui.

Y ahora estoy en el punto de retorno, estirando más tiempo del necesario, para no tener que volver todavía y sintiéndome mal por haberme ido a escondidas. Una vez más, estoy siendo una cobarde con Craig. Él siempre ha ido de cara conmigo y no se merece que le pague de esta forma. Al final va a ser cierto que es demasiado para mí, pero no por él, sino por mí misma. Por mi estupidez.

Miro a mi alrededor cuando escucho un ruido no muy lejos. Todo mi cuerpo está alerta ahora y me replanteo una vez más el cambiar de ruta. Ya van demasiados días con esa sensación de estar siendo observada. Por más que me guste este sitio, ya no me siento tan segura en él como antes.

Veo a alguien acercarse y me tenso al descubrir quién es. Me resulta imposible de creer que me lo encuentre en todos lados solo por casualidad, desde aquella primera vez en el gimnasio, sin embargo, pasa por mi lado corriendo, sin mirarme ni decir una sola palabra. Parece como si no me hubiese reconocido. Lo sigo con la mirada hasta que se pierde en la distancia.

—Linds.

Grito al escuchar su voz detrás de mí, aún sabiendo quién es. Me ha dado tal susto, que mi corazón late a toda prisa ahora. Me llevo la mano al pecho y trato de normalizarlo.

—Lo siento —Craig se acerca y pasa uno de sus brazos por mi cintura

para acercarnos—. No pretendía asustarte.

—No pasa nada —miro detrás de mí el lugar por dónde se fue el hombre.

—Podías haberme despertado —su reproche, aún dicho con voz suave me obliga a mirarlo—. Me habría encantado salir a correr contigo.

—Parecía que disfrutabas mucho del sueño —me disculpo con lo primero que se me pasa por la cabeza. No estoy muy lucida porque mi mente se ha ido a otra parte, así como mis ojos y él lo nota.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Estás un poco rara —me mira fijamente.

—No es nada —insisto, intentando ocultar mi mirada a la suya.

—No estarás dudando de lo que pasó anoche, ¿verdad?

—No —me lo pienso bien y añado—. Solo necesito tiempo, Craig. Llevo 3 años intentando evitar que esto suceda así que ahora me cuesta asimilarlo.

—No me hagas esto, Linds —le doy toda mi atención, porque no entiendo a qué se refiere—. Ahora que por fin he conseguido llegar hasta ti, no vayas a arrepentirte.

—Solo digo que necesito pensar —temo que mis dudas lo vayan a estropear todo, pero no puedo evitar sentirlo.

—No voy a permitir que me echés de tu vida, Lindsey.

—¿Eso es una amenaza? —lo miro sorprendida.

—Es un hecho.

De repente, ambos miramos hacia el mismo lado y vemos a un hombre, no muy lejos, observándonos atentamente. Es el de antes, el del gimnasio.

—¿Y tú que miras? —le dice Craig, al notar lo tensa que estoy.

El hombre sigue su camino sin decir una sola palabra y cuando desaparece de nuestra vista, suelto el aire que, al parecer, he estado reteniendo sin darme cuenta.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Segura? Estás temblando —frota mis brazos mientras habla.

—No es nada. Se me pasará.

—Oye, Lindsey, lo de antes... no pretendía que sonase como una amenaza —se disculpa—. Es solo que... llevo mucho tiempo deseando esto y no quiero que te echés atrás. Pero tampoco quiero perderte como amiga, así

que si no...

—Solo necesito tiempo para hacerme a la idea —le aseguro—. No voy a alejarme ni a apartarte de mi lado. Te aseguro que no es eso lo que quiero, Craig.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —rodeo su cuello con mis manos y las suyas van a mi cintura—. Solo vayamos despacio.

—De acuerdo —sonríe—. Eso puedo hacerlo.

—Bien —le devuelvo la sonrisa antes de que me bese— ¿Te toca trabajar por la tarde?

—Turno de noche —niega.

—Entonces podemos ir a comer juntos, si tú quieres.

—Que si quiero, dice —sonríe de nuevo y me sujeta con fuerza por la cintura hasta que mis pies no tocan el suelo. Da vueltas conmigo en sus brazos—. Odiaré tener que ir a trabajar por la noche.

Me baja ante mi insistencia y me da un beso rápido antes de que regresemos a casa juntos. Esto me recuerda que debo cambiar la ruta, pues incluso Craig sabía dónde encontrarme.

—¿Crees que soy previsible, Craig? —le pregunto de camino al restaurante. Le he estado dando vueltas al asunto y creo que necesito una respuesta objetiva. Sheila siempre dirá que sí.

—¿En qué sentido? Porque te aseguro que no es fácil adivinar tus pensamientos.

—Me refiero a mi vida. ¿Es muy rutinaria?

—Pues sí —sonríe, pero al momento frunce el ceño—. De hecho, demasiado. ¿Lo dices por algo en concreto?

—Bueno —no estoy segura de querer contarle lo que se me ha pasado por la cabeza, por si sueno demasiado dramática—, se me ha ocurrido esta mañana, cuando me encontraste sin que yo te hubiese dicho dónde estaría.

—Eso es cierto. Creo que nunca te he visto correr en otro sitio que no sea ese parque. Y por esa ruta —a medida que habla, su ceño se frunce más y más—. Y casi siempre a la misma hora. No es bueno ser tan previsible, Lindsey.

—Eso me dice Sheila.

—Pues deberías hacerle caso —me señala—. Ella es policía y sabe de lo que habla.

—Sí —asiento—. Debo cambiar mi ruta.

—Házmela saber —me sonrío— para poder cruzarme contigo de casualidad algún que otro día.

—Claro —le sonrío de vuelta—, de casualidad.

Nos llevan a una de las mesas del fondo y nos sirven en cuanto pedimos la comida. Me encanta este restaurante, aunque no suelo venir porque no es precisamente económico.

—Pagamos a medias —le digo después de que nos dejen solos—. Este lugar es muy caro.

—Yo lo elegí, yo pago —me responde.

—Yo tuve la idea de comer juntos, yo pago la mitad.

—Come y calla —me sonrío.

—Craig.

—Mira, si hubiésemos ido al restaurante que tú sugeriste en primer lugar, te habría dejado invitarme como tenías planeado hacer. Pero he elegido yo, así que es cosa mía.

—Podemos compartir gastos —insisto.

—La próxima vez te tocará a ti.

Está claro que no podré convencerlo, así que desisto. Aún así, no me resisto a alzar las manos en un acto desesperado y él sonrío por mi gesto. Le respondo sacando la lengua y me lanza un beso. Creo que salir con Craig, o al menos intentarlo, no va a ser tan malo después de todo. Solo espero que no se tuerzan las cosas. Conmigo es más que posible.

—¿Cómo va el entrenamiento de Owen? ¿Lo ves preparado? —me pregunta durante la comida.

—Ya estaba preparado hace un par de años, pero tu padre no le permitía competir.

—Mi padre puede ser un poco... estricto a veces.

—Comprendo que quiera que Owen no descuide sus estudios, porque yo tampoco quiero eso. Aún así, la carrera deportiva no es demasiado larga, así que cuanto más joven se empieza, más posibilidades hay de llegar a la cúspide antes de retirarse.

—No tienes que convencerme a mí, Lindsey. Eso mismo es lo que le repito a mi padre cada vez que nos vemos, pero como te he dicho, no es un hombre con el que se pueda razonar. Creía que Owen era demasiado joven para competir y no se lo permitió. Y si cree que debe abandonar para concentrarse en sus estudios, le obligará a dejar el boxeo. Que no te quepa la menor duda.

—Bueno, con 18 años, Owen ya puede decidir por sí mismo —le recuerdo.

—No mientras viva en casa de mi padre.

—Eso no será un problema. Sé de alguien que estará encantado de ofrecerle una cama.

—Más bien su cama —sonríe.

—Debería decírselo a tu padre y acabar con ese asunto de una vez por todas —hace tiempo que quería comentarle el tema, pero nunca me decidía porque temía quedarme a solas con él.

—No creas que no le he insistido, pero Owen le tiene miedo a mi padre. No es respeto, como él se empeña en decir, es miedo en estado puro.

—No me gusta verlo así.

—Ni a mí. Me he ofrecido a acompañarlo cuando hablase con él, pero todavía no se decide.

—Lo que yo temo es que Austin se canse de esperarlo.

—Austin es un muchacho increíble y tiene paciencia infinita. Y siempre ha sido respetuoso con Owen por su edad. Ya sabes cómo funciona eso de salir con menores. ¿Sabías que ya es totalmente independiente? Y solo tiene 23 años.

—Tú también te mantenías por tu cuenta a esa edad.

—Lo sé, pero lo mío fue fácil en comparación. Sacó una carrera sin pedir dinero a sus padres. Trabajaba para costearse todos sus gatos, al mismo tiempo que estudiaba. Yo solo tuve que aprobar un par de exámenes y ya obtuve mi puesto.

—Veo que lo admiras —le sonrío.

—Es un buen muchacho. Siempre machaca a Owen para que no baje su media en los estudios y le ayuda a entrenar los días que no va al gimnasio. Se preocupa por él más de lo que lo ha hecho mi padre en toda su vida. Se cree que con prohibirle boxear si no aprueba ya está cumpliendo, pero es Austin quien realmente lo está llevando por el buen camino.

—No tienes que vendérmelo a mí —le sonrío—. Eso a tu padre.

—Se merecen ser felices juntos, Linds, y no es justo para Austin que tengan que ocultar su relación solo por mi padre.

—Habla con tu hermano —le pido.

—¿Más de lo que ya lo he hecho? Solo me falta llevarlo frente a mi padre y obligarle a confesárselo.

—Tal vez es lo que necesita —me encojo de hombros.

—Si saliese mal, me guardaría rencor toda su vida —niega—. Eso debe decidirlo él. Yo lo apoyaré y estaré a su lado si mi padre decide repudiarlo, pero no seré quien le meta prisa por más que quiera liberarlo de esa carga.

—Y así es cómo lleva casi dos años de relación clandestina con Austin.

—No voy a hacerlo, Lindsey.

—Está bien —levanto las manos—. No insistiré.

—Gracias.

—Pero algún día tendrá que ser —añado segundos después.

—Linds —me mira con cara de pocos amigos y yo sonrío.

—Está bien, está bien. Ya me callo.

Paga la factura entera al terminar, a pesar de que insisto una vez más en darle la mitad, y salimos del restaurante cogidos de la mano. Cuando estamos frente a mi edificio, tira de mí sin previo aviso y nuestros cuerpos chocan mientras su brazo me rodea por los hombros. Su boca roza la mía en un beso que me deja con ganas de más.

—Me gusta esto —dice, sonriendo.

—Ya veo —le devuelvo la sonrisa, pero no la frase. Todavía me siento un tanto extraña por lo que está pasando.

—Hola, Lindsey —alguien me saluda y cualquier cosa que fuese a decir Craig, se pierde para siempre.

—Hola, Kenton —le sonrío— ¿Cómo estás?

—Bien —no deja de mirarnos alternativamente a Craig y a mí, sin fijar la mirada en los ojos de ninguno— ¿Cómo estás?

—Estupendamente —le sonrío— ¿Y tu madre? Hace meses que no la veo. Creo que...

—Está bien —responde, interrumpiéndome—. Tengo que irme.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Craig en cuanto desaparece.

—Ese es Kenton, uno de mis vecinos del edificio. Vive aquí con su madre desde hace al menos seis años —le explico—. Siempre me saluda cuando me ve, aunque no hace mucho más. Es bastante tímido y le cuesta relacionarse con la gente.

—No hace falta que lo jures.

—Llevaba un par de semanas sin verlo. Creía que se habían ido a visitar a su familia. Al parecer tienen una casa en el campo. Me lo dijo su madre hace tiempo.

—Ojalá tuviese yo una casa en el campo. No me verías mucho por la ciudad.

—¿En serio?

—Aire limpio, silencio absoluto, paisajes impresionantes...

—Lo capto —sonríe—. Recuérdame que te lleve algún día a mi lugar favorito de este mundo.

—Cuando quieras —acerca mi rostro al suyo y me besa— ¿Qué haces el próximo fin de semana?

—Todavía estamos a domingo —me río.

—Mejor —sonríe—. Así tenemos más tiempo para planificarlo.

—Deja que consulte mi agenda —me hago la interesante con él, aunque ya estoy pensando en la ruta que tomaremos—. Soy una mujer muy ocupada.

—Pues desocúpate para enseñarme ese lugar favorito tuyo.

—Lo intentaré.

—¿Te apetece ir al cine? Estás echando una que... —su teléfono empieza a sonar y lo interrumpe—. Disculpa.

Lo observo mientras escucha al otro interlocutor y veo cómo su rostro se va contrayendo en una mueca de preocupación. Me empiezo a poner nerviosa incluso antes de saber qué pasa.

—Era Austin —me dice—. Parece que los hemos invocado.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre los ha pillado juntos a la salida del instituto. Se ha puesto como un loco al verlos y les ha montado un escándalo delante de todos. Quería llevarse a mi hermano a casa, pero se negó a ir. Está con Austin. Al parecer le ha dado un ataque de ansiedad y Austin no sabe qué hacer para tranquilizarlo. Nada de lo que ha probado funciona.

—Pobre Owen —jamás pensé que su padre se enteraría de un modo tan público—. Voy contigo.

—No es necesario que lo hagas —me dice y titubea al ver mi cara de incredulidad—. Quiero decir que si no te sientes cómoda con esto, no tienes por qué ir. Me pediste ir despacio y...

—Craig —lo detengo, colocando mis manos a ambos lados de su cara—, aunque no estuviésemos juntos, querría acompañarte.

—¿Estamos juntos? —pregunta, ansioso—. Quiero decir, ¿pueden saber que estamos juntos?

Entiendo sus dudas y sé que me he ganado a pulso la pregunta por todo cuando le he estado diciendo, pero ahora mismo su hermano es más importante que definir lo nuestro, así que le tocará esperar por la respuesta.

—Owen nos necesita. Eres su hermano y sabes cómo calmarlo, pero yo

soy su entrenadora y también sé qué hay que hacer.

—Tú eres más que su entrenadora —me dice.

—Dejémonos de etiquetas y vayamos a ver a tu hermano.

—Me encantas, Lindsey —me dice antes de besarme.

No sé si espera que le responda a eso o no, pero permanezco en silencio y se limita a llevarme de la mano hasta su coche. Es una suerte que lo hayamos traído después de que Craig fuese a casa a cambiarse de ropa antes de ir a comer.

—Estamos juntos —le digo, segundos antes de que apague el coche al llegar a casa de Austin— y pueden saberlo.

—Creo que me acabo de enamorar —al ver mi cara de espanto, se ríe—. Es broma, Lindsey. Tendrás que esforzarte un poquito más para eso.

En cuanto entramos al piso de Austin, Owen ve a su hermano y se lanza a sus brazos. Craig lo sostiene y le permite llorar en su hombro mientras le susurra palabras de consuelo. O eso pienso que son porque habla tan bajo que no sé lo que dice.

—Dejémoslos solos —me dice el joven que imagino es el novio de Owen, acompañándome hasta la cocina—. Me llamo Austin, por cierto.

—Lindsey —le tiendo la mano y la aprieta con fuerza, pero noto cómo tiembla—. No te preocupes, Austin, se le pasará pronto. Está soportando mucha presión y esta es su vía de escape.

—Solo que esta vez no se solucionará solo con sacarlo fuera de este modo —parece realmente afectado por lo que ha pasado—. No quería que su padre lo descubriese así, pero me alegro de que lo haya hecho al fin. ¿Soy una mala persona por eso?

—No —tomo su mano de nuevo y la aprieto—. En absoluto. No te sientas mal. Si te sirve de consuelo, también yo me alegro de que se sepa al fin. Owen lo necesitaba para avanzar, porque su padre lo frena en todos los aspectos de su vida. Esa relación no es sana y he intentado más de una vez que lo vea así, pero Owen no quería abrir los ojos, o no se atrevía, porque eso implicaría hacer algo al respecto. Y empiezo a pensar que si no hubiese sucedido de esta forma, jamás se lo habría dicho. Su padre lo coarta y lo controla de tal manera, que el verdadero Owen desaparece cuando están juntos. Lo he visto con mis propios ojos. Mengua del tal manera, que no queda nada del joven dispuesto que veo cada día en el gimnasio. Renunciar a un padre es muy duro, pero si no es amor lo que te dan, no merecen tu tampoco lealtad. Lo mejor que puede hacer Owen ahora es dejarlo atrás y

seguir su camino tal y como cree que debe ser. Tiene a su lado a gente que lo quiere y lo aprecia. Y que lo acepta tal y como es. Esos son los que deben importarle y en quien se debe apoyar. Todo lo demás, sobra.

—Ni yo lo habría dicho mejor —escucho la voz de Craig detrás de mí y al girarme veo que ambos hermanos me están mirando.

Owen tiene todavía los ojos rojos por haber llorado, pero está más tranquilo. Su mirada está clavada en mí ahora y me siento incómoda porque creo que lo ha oído todo y no sé cómo se lo tomará.

—No pretendía que lo escuchases —digo finalmente—. Lo siento, Owen. Ya sabes...

—Yo me alegro de que mi hermanito lo haya escuchado —Craig sale en mi defensa—. Es justo lo que necesitaba oír. Que hoy no se ha acabado su vida, sino que ha empezado por fin.

—Pero papá...

—Papá tendrá que aceptarte tal y como eres o se quedará solo. Yo estoy contigo, Owen —lo interrumpe Craig—. Y no te dejaré volver atrás. Olvídate de él y mira hacia el futuro. Si no quieres vivir con Austin todavía, te vendrás conmigo a casa, por eso no tienes que preocuparte.

—¿Y si me quisiera quedar aquí? —mira de reojo a Austin y yo, que lo tengo al lado, veo cómo este le sonrío encantado con la idea.

—Pues te quedas aquí —le responde su hermano—. Ahora, por fin, eres dueño de tu vida. No dejaré que la eches a perder, pero no me entrometeré tampoco si no lo veo necesario.

—¿Es malo sentirme bien? —puedo ver la lucha interior que está manteniendo consigo mismo.

—Es bueno sentirse bien —le respondo yo esta vez.

Owen se acerca y me abraza. Escucho sus sollozos y lo aprieto más fuerte. Mis propios ojos se anegan y parpadeo para evitar que las lágrimas caigan. Craig lo ve y me sonrío con picardía. Y yo me temo que va a hacer algo que no va a gustarme.

—¿Por qué no dejamos de lamentarnos tanto y celebramos que mi hermano se va a vivir con su novio? —suspiro al escucharlo, pero cuando continúa, quisiera matarlo—. Y aprovechamos también para celebrar que Lindsey por fin ha consentido en ser mi novia.

—¿Qué? —su hermano se separa de mí para mirarme. Se ve casi tan sorprendido como enfadada estoy yo.

Le dije que podían saberlo, no que lo proclamase a los cuatro vientos.

Ahora mismo podría matarlo por esto.

5

—Vamos —le grito a Owen—. No seas nenaza. Ya estamos en la recta final, así que dale caña a ese cuerpo.

—Me matas, Lindsey —protesta, pero no se detiene.

—De nada —le respondo y rio al ver su cara de pocos amigos.

Después de un par de días bajo de ánimos por lo de su padre, al fin ha vuelto a ser él mismo y a rendir como siempre. Colin empezaba a preocuparse al ver el poco entusiasmo que ponía a los ejercicios justo cuando el posible patrocinador va a venir a verlo y me llevó a su despacho para hablar del tema. Como no quería darle explicaciones sobre su vida personal, le dije que solo había tenido un par de malos días, pero que se iba a recuperar y no afectaría a su rendimiento en la demostración. Por suerte, Owen cumplió con su parte y la visita no tendrá que posponerse, como propuso mi jefe.

—Te odio cuando te pones tan...

—Calla y sigue —lo interrumpo.

—Buenos días a todos. ¿Cómo le va con las sesiones intensivas? — Craig se sitúa a mi lado y lo mira mientras habla.

—Se queja demasiado —respondo, solo para molestar a Owen. Cuanto más me meto con él, más empeño pone en hacer lo que le pido.

—Me encanta verte en plan mala —susurra—. Te lo demostraría ahora mismo, pero no me dejas.

Después del domingo en casa de Austin, le prohibí a Craig decirle a nadie más que estábamos juntos. Sé que es una tontería, pues lo acabarán descubriendo tarde o temprano, pero no me siento tan preparada como creía para que todos lo sepan. Antes tengo que demostrarle a Craig que voy en serio con él, porque sé que no lo parece. No hemos vuelto a quedar y, aunque él no insiste, sé que está deseándolo.

—Demuéstramelo esta noche —digo, envalentonándome—. Cena

conmigo en casa. ¿Puedes?

—Llevaré el vino —es su respuesta y con disimulo, me toca el culo antes de regresar a las máquinas de musculación.

Mi rostro se colorea, pero el único que se ha enterado de lo que ha pasado es Owen, que sonrío abiertamente. Le señalo el saco y comienza a golpearlo después de resoplar.

—Creo que necesitas una buena cena esta noche —me dice.

—Tú te callas —he pillado perfectamente la indirecta— o serás tú el que se quede sin cena.

Después de lo que considero un tiempo más que suficiente de castigo, le dejo descansar unos minutos.

—Una pelea corta y podrás irte a casa.

—Eso si consigo mover mis piernas —protesta de nuevo.

—Blando —sonrío satisfecha.

—Mala mujer.

—Tú me elegiste a mí —le recuerdo, como cada vez que le doy una paliza con los entrenamientos.

—Debía estar borracho aquel día —aún así, sonrío—, sino no me explico que vi en ti.

—Todos los hombres me adoran —le digo, en burla.

—Eso es cierto —escuchamos decir a Craig en la distancia, lo que provoca la risa a varios de los socios del gimnasio. Bueno, eso no voy a reprochárselo porque también lo hacía antes de estar juntos.

Colin aparece justo cuando Owen comienza a pelear contra otro de mis chicos y se queda a mi lado, observando y sin decir nada. Lo conozco perfectamente y sé que está buscando algún fallo en los golpes de mis pupilos. Y aunque parezca tranquila, no es así, porque siempre encuentra algo.

—Lucas tiene mucho que mejorar todavía —me dice después de un rato.

—Solo lleva tres meses —le respondo y no es una excusa—. Dale otros tres y verás de lo que es capaz.

—Confío en tu buen criterio —dice, marchándose. Parece que Owen ha pasado su examen.

—Siéntete orgulloso —le digo a este cuando doy por finalizada la pelea—. El jefe no me ha dado quejas de ti.

—¿En serio? —entiendo que no se lo crea porque siempre saca algo cuando lo ve luchar.

—Hoy es tu día —le guiño un ojo—. Estira un poco y vete a casa a celebrarlo.

Fuera del gimnasio, alguien me toma de la cintura y grito, pero una mano cubre mi boca. Cuando me gira y veo que es Craig, lo golpeo en el pecho un par de veces.

—Nunca más vuelvas a hacer eso, Craig —lo reprendo—. Casi me da un infarto.

Aunque no he vuelto a sentirme observada desde que cambié de ruta para correr, todavía no me siento tan segura como antes de que sucediese eso. Y menos cuando el hombre con quien parece que me cruzo en todas partes ha decidido al fin hacerse socio del gimnasio. Aunque nunca me ha hablado ni se ha acercado a mí, lo descubro muchas veces observándome mientras entreno y mi vello se eriza en cada ocasión. Tal vez solo sea cosa mía, pero no puedo evitarlo.

—Quería acompañarte a casa —dice, mostrándome una botella de vino—. Tengo hambre.

Rodea mis hombros con su brazo y meto la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones, lo que le arranca una sonrisa. Debo sentirme afortunada de que todavía esté a mi lado porque cualquier otro ya se habría dado por vencido al ver que no avanzamos en la relación.

—Lo siento —le digo en un impulso.

—No me digas que no habrá cena —abre mucho los ojos y sonrío al verlo. Aún así, necesito decírselo.

—Siento ser tan... —no encuentro la palabra adecuada.

—Guapa, irresistible, fabulosa —sigue él por mí.

—Idiota —digo al fin—. Tienes demasiada paciencia conmigo.

—Te dije que te daría ese tiempo que necesitabas —me mira.

—Eres increíble.

—¿Por darte tiempo? —alza una ceja—. Eso no me hace increíble.

—Vaya si lo hace.

—Bueno —sonríe y me acerca con su brazo para besarme—, si insistes en ello, no seré yo quien proteste.

—Tendrás que esperar un poco por la cena —cambio de tema y me siento una cobarde por no decir más—. Todavía tengo que prepararla.

—Siempre podemos pedir algo a domicilio y tomar una copa de vino mientras esperamos a que lo traigan.

—Suena bien —sonrío. La verdad es que no me apetece cocinar.

—Y si te portas bien —añade—, puede que te regale el postre.

—¿Qué postre? —se señala y rio. Debí suponer que haría eso—. Si me gusta el postre, tal vez te deje convencerme de que te quedes toda la noche.

Diría que mi propuesta le entusiasma porque me inclina sobre su brazo y me besa como en esa foto del fin de la guerra en la que un soldado lo celebra al más puro estilo hollywoodiense, besando a una enfermera.

—No tendrás ninguna queja del postre, querida —dice, después de dejarme de nuevo sobre mis dos pies.

—Ya veo —sonrío.

—Oye —me dice, de repente— ¿has hablado con Sheila después del sábado?

—No.

—Creo que deberías hacerlo —me muestra una pícara sonrisa—. No eres la única que oculta algo.

—¿Qué?

—Colin no me lo ha dicho directamente, pero lo conozco bien y sé que pasó algo entre ellos esa noche.

—Mierda —no puedo creerlo—. Como no me lo haya dicho...

—No podrás echarle nada en cara —termina por mí— porque tú tampoco se lo has contado a ella.

—Deja de ser la voz de mi conciencia —le pido con fastidio.

—La fastidiosa voz de tu conciencia —ríe.

—Estoy empezando a odiarte, ¿lo sabías?

—Yo creo que es todo lo contrario —me acorrala en el portal de mi edificio—, solo que todavía no te atreves a admitirlo.

No me permite protestar o refutar su suposición, si tuviese intención de hacerlo, porque me roba un beso de esos que te dejan sin aliento. Y te hacen perder la noción del tiempo y la vergüenza por estar en un lugar público.

—Subamos —dice contra mis labios y yo solo acierto a asentir.

Las escaleras son un reto porque no parece dispuesto a dejar de besarme y yo esta vez no pienso recular. Ya me he estado privando de más por tonta. Debería dejar de pensar que esto se va a estropear y empezar a disfrutarlo.

—¿Y si pasamos directamente al postre? —me sugiere, besando mi cuello mientras intento abrir la puerta de mi piso.

—En realidad, no tengo tanta hambre.

Empujo la puerta con el cuerpo y Craig me sigue, sin soltarse de mi cintura. La cierra detrás de él y comienza a quitarse la ropa. Y aunque mi

intención era ir primero a la habitación, sus ganas me pueden y también me desnudo.

—No sabes cómo quería tenerte así —me abraza y me arrastra con él hasta el sofá—. Perdóname, Linds, pero esta vez va a ser rápido.

Se coloca el condón y se sienta, arrastrándome sobre él. Gimo cuando lo noto dentro y comienzo a moverme al ritmo que me marca. Ni siquiera soy capaz de hablar, solo cierro los ojos y me dejo llevar.

—Creo que pediré más veces este postre —dice Craig, jadeante. Yo tampoco he recuperado el aliento y apoyo la cabeza en su hombro—. Me has dejado sin fuerzas, amor.

No lo pretendo, pero me tenso al escuchar esa palabra y me levanto para que Craig no lo note, con la excusa de ir al baño. Sonrío al pedir que llame para encargarse de la cena y desaparezco por la puerta. Me apoyo en ella unos segundos y cierro los ojos. Luego me acerco al espejo y me miro en él.

—Deja de ser una cobarde, Lindsey —me digo a mí misma—. Craig no es lo peor que te podría pasar así que deja de pensar que sí. Aprecia que te quiere a su lado, joder.

Lavo mi cara y peino mi pelo. Antes de regresar con él, paso por mi cuarto para ponerme una de mis camisetas preferidas. Esa que me queda tan grande que me cubre hasta mitad del muslo.

—¿Ya has pedido? —le digo, al verlo entretenido con el teléfono.

—En eso estoy —palmea el sillón a su lado y me roba un beso en cuanto me siento—. Espero que te guste la comida china.

—Soy de buena boca —me encojo de hombros.

—Recuérdame que te haga mi especialidad un día de estos.

—¿Cuál es?

—No, no. Tendrás que ir a mi casa y comer conmigo si quieres averiguarlo.

—Voy a llamar a Sheila —me levanto a por mi teléfono y veo la ropa, que hace nada estaba esparcida por toda la entrada del piso, en la mesita de la sala, perfectamente doblada.

—Yo quiero escuchar eso —sonríe— ¿Me dejas?

—Si te estás muy calladito...

—Como una tumba —pasa sus dedos por la boca como cerrase una cremallera y sonrío.

Recupero mi teléfono y me siento a su lado otra vez. Después de marcar el número, pongo el 'manos libres' para que Craig pueda escuchar también.

No recuerdo en qué turno está, así que no sé si me responderá.

—Sheila al habla —bien, está en casa.

—¿Qué tal terminó tu sábado, golfa? —le digo sin más.

—¿Qué tal el tuyo? —evade mi pregunta, lo que quiere decir que Craig tiene razón y pasó algo entre ella y Colin.

—Serás... —prefiero no decirlo, pero sé que me ha entendido— ¿Y pensabas decírmelo alguna vez?

—No estoy orgullosa de ello, ¿sabes? —se escucha afligida—. No debería haber pasado.

—¿Por qué?

—Porque no soporto a Colin —se hace el silencio tras la línea por unos segundos— y porque me gustó demasiado lo que hicimos.

Craig parece ansioso por decir algo, pero niego con la cabeza. Si se le ocurre delatarse, lo mato. Se muerde un dedo para no hablar.

—Colin no es tan capullo como crees —digo—. Y le gustas mucho.

—Ese es el problema.

—¿Por qué?

—Porque me ha estado llamando desde el sábado para quedar de nuevo.

—Acepta —le sugiero.

—Lin, sabes de sobra que no quiero involucrarme con nadie que le da más importancia a sus músculos que a su cerebro. Vivo rodeada de eso.

—Yo sí que vivo rodeada de eso. Y Colin es más que un montón de músculos —no puedo evitar defender a mi jefe. Sheila no ha visto la mejor parte de él y me duele que lo tache de algo que no es—. Permítete conocerlo antes de descartarlo.

—Si quedo con él, sé cómo acabaremos, Lin.

—Y eso es malo porque...

—Porque lo que empieza en la cama, acaba en la cama. ¿Y si solo tenemos eso en común?

—Te conozco y conozco a Colin. Tenéis mucho más en común de lo que crees.

Y mientras trato de convencer a mi mejor amiga de que le dé una oportunidad a mi jefe, no puedo dejar de pensar en que yo me estoy comportando igual que Sheila con Craig. Estamos juntos, pero no le estoy dando todo de mí. No es justo para él.

—Como acabe con un corazón roto —me amenaza—, iré a por ti.

—Si acabas con un corazón roto, yo iré a por Colin —le replico.

—Oye, ¿y tú? ¿Qué fue eso de la apuesta con Craig?

Y aunque no quiero hablar de él porque está escuchando, no voy a poder librarme sin que Sheila descubra que tenemos un espía al aparato. Acabo de provocarme una encerrona a mí misma.

—Si soy sincera, solo fue una excusa para que Colin te llevase a casa a solas —prefiero su ira y no sus preguntas indiscretas.

—Hija de puta —me responde—. Ya veo cuánto me quieres.

—Precisamente lo hice por eso. Colin y tú estáis hechos el uno para el otro, aunque no lo veas todavía.

—Ya, seguro —bufa—. Pero no me cambies de tema. ¿Qué pasó? ¿Lo subiste a casa o lo echaste en cuanto desaparecimos? Porque lleva mucho tiempo detrás de ti y me extraña que no aprovechase la oportunidad para dar un paso más.

Maldita sea su curiosidad. Y maldita sea la sonrisa divertida que me está dando Craig, esperando mis respuestas.

—Subió —digo, buscando el modo de continuar sin que suene tan trascendental como para que Sheila siga preguntando— y nos tomamos algo juntos.

—Acabasteis en la cama —me acusa—. Y luego soy yo la que te oculta las cosas a ti, ¿no? Eres una hipócrita, amiga mía.

—Solo estoy tratando de asimilarlo, ¿vale? —ahora miro a Craig a los ojos directamente, porque en realidad este mensaje es más para él que para Sheila—. Le gusto desde hace tiempo y ha estado intentando salir conmigo desde entonces. No soy solo un calentón de una noche para él.

—¿Estáis saliendo? —su voz suena incrédula, pero detecto un deje de esperanza que me sorprende. Creía que se enfadaría por no habérselo dicho, pero parece que me equivoqué.

—Lo estamos intentando —le respondo—. Bueno, yo lo intento, él lo tiene claro.

—Lin, ni se te ocurra cagarla con él, ¿me oyes? —me amenaza—. Ese muchacho vale oro.

Craig finge sacar brillo a sus uñas y hace una mueca con tanta chulería, que apenas consigo contener una carcajada. Acaba de conseguir que libere todo el estrés que estaba acumulando con la conversación.

—Creo que empiezo a darme cuenta —le digo, mirando a Craig a los ojos.

Y sin previo aviso, este corta la llamada y me atrae para darme un beso

que me demuestra todo lo que no se atreve a decir con palabras por miedo a que me asuste y salga huyendo. Y yo trato de ignorarlo, para no asustarme y salir huyendo.

La comida no tarda en llegar y cenamos tranquilamente, en la cocina, hablando de todo un poco. Craig es muy divertido y me cuenta anécdotas de su trabajo, que me tienen riendo la mayor parte del tiempo. En ningún momento saca el tema del beso y se lo agradezco. Ha convertido una velada que podría haber acabado muy mal en algo increíble que me encantaría repetir.

—¿Me he ganado el derecho a pasar la noche aquí? —pregunta, después de recoger los restos de la cena— ¿O debo irme a mi casa a llorar en soledad?

—Si lo dices de ese modo —sonrío.

—Podría decirlo así —rodea mi cintura con sus brazos y susurra—. Tengo más postre para ti si me dejas quedarme.

Me regala un anticipo en forma de beso, que disipa mis dudas, si es que tenía alguna, sobre echarlo de casa o no.

—Mañana madrugo —le digo, pero ya me estoy moviendo hacia mi cuarto, con él todavía abrazado a mí.

—Seremos rápidos —me promete.

—Qué decepción —hago un puchero y se ríe.

—O no tan rápidos —añade después, sonriendo—. Tú decides.

Ya pasada la medianoche, totalmente agotados, nos metemos bajo las sábanas para dormir por fin. Craig me atrapa entre sus brazos y besa mi cabello antes de soltar un suspiro satisfecho. Y yo cierro los ojos y disfruto de su contacto, mientras el calor de su cuerpo me arrulla. Ya casi estoy dormida, cuando lo oigo susurrar junto a mi oído.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Lindsey, y solo espero poder decírtelo algún día cuando estés despierta, sin que te alejes para siempre de mí.

Si supiese que acaba de hacerlo.

6

—Sé que no lo pretendías, pero te oí anoche, Craig. Aún estaba despierta cuando hablaste y ya no pude dormir después de eso. Me he pasado toda la noche en vela pensando en lo que dijiste y... Hace tres años que somos amigos y sabes que me encanta pasar tiempo contigo. Eres divertido y ocurrente, te desvives por los demás... aprecio mucho nuestra amistad y no soportaría perderla. Dicen que cuando el amor surge entre amigos, es lo mejor, pero yo no sé si estoy dispuesta a asumir ese riesgo. Craig, me gustas mucho, pero no estoy preparada para darte...

—¿Vas a quedarte toda la mañana ahí metida, Lindsey? —su voz, tras la puerta del baño, interrumpe mi patético discurso de ruptura.

—Cobarde —le digo a mi reflejo, antes de responderle a Craig con un escueto *ya salgo*.

Se mete en el baño después de robarme un pequeño beso y me siento mal por querer quitarlo de mi vida solo porque me asusta lo que le hace a mi corazón cada vez que lo veo. Ni siquiera entiendo cómo unas simples palabras, que deberían darme confianza y no quitármela, han podido cambiar lo que estaba dispuesta a asumir anoche. Me prometí que le daría una oportunidad a Craig, una de verdad, y ahora ya quiero huir de nuevo. ¿Y qué si dice que se está enamorando de mí? ¿No es eso acaso lo que se supone que tiene que pasar? ¿Lo que pasa en todas las relaciones?

—Respira hondo y tómatelo con calma, Lindsey. Piénsatelo bien —me digo mientras preparo el desayuno para los dos— ¿De qué tienes tanto miedo? Es Craig. Sois amigos.

Pero ese es precisamente el problema porque, si al final esto no funciona, no solo perderé al novio, sino también al amigo. A un buen amigo. Y eso me aterra como nada más lo hace.

—Voy tarde —Craig entra en la cocina cinco minutos después—. Me temo que el desayuno para dos tendrá que ser para uno. Ya no me acordaba

de que hoy debo entrar media hora antes para la reunión de equipo y todavía tengo que pasar por casa para cambiarme de ropa, así que no me queda tiempo —me da un beso corto, antes de meterse una tostada en la boca—. Te compensaré otro día, prometido.

—No se habla con la boca llena.

—Sí, mamá —se quita la tostada para hablar y me roba otro beso rápido.

—Fuera de mi cocina, gamberro —le digo, imitando la voz de una anciana.

—Mmmmm. Cómo me pones —se ríe—. Te llamaré cuando salga de trabajar.

Y sin esperar respuesta, se va, dejándome un sabor agridulce en los labios. Porque cuando estoy con él, me encanta y lo disfruto mucho, olvidando incluso todos mis miedos, pero en cuanto me quedo sola, las dudas me corroen por dentro y solo quiero huir. Es un asco. Una montaña rusa de emociones que no sé si seré capaz de controlar algún día, antes de hacerle daño a Craig.

Pero ahora tengo cosas más importantes en qué pensar, como que mañana es el gran día de Owen con el patrocinador y que necesitamos impresionarlo para que acepte invertir su dinero para ir a los campeonatos. A Colin le encantaría hacerse cargo de los gastos porque sabe que mi chico lo hará muy bien, pero ahora mismo le resulta imposible, así que no nos queda otra que ganarnos la admiración de ese hombre.

—Si me machacas como ayer —me dice Owen nada más verme. Mi cara le acaba de dar una idea exacta de lo que le haré—, mañana no podré moverme.

—Si no te machaco como ayer —le respondo—, mañana no darás el máximo.

—Te odio.

—Espera al menos a que terminemos la sesión para decírmelo —rio.

—Es que ya te odio ahora —se encoje de hombros, pero sonrío.

—Tú puedes con todo lo que te echen encima —y me propongo demostrárselo, dándole más caña que ayer.

Durante la mañana, olvido el resto de mis preocupaciones y me concentro en Owen y en su entrenamiento. Le exijo cada vez más hasta llevarlo al límite y él responde rebasando todas mis expectativas, tal y como sabía que haría. Porque esto es lo que le gusta y es a lo que se quiere dedicar mientras se lo permita el cuerpo. No hay mayor motivación que hacer lo que

realmente te gusta, para conseguir los mejores resultados.

Ojalá todo en la vida fuese así de sencillo. Fijas unos objetivos y vas por ellos sin importar nada más. Pero en las relaciones no puedes pensar solo en ti mismo. Importan los sentimientos del otro y puedes llegar a hacer mucho daño a una persona si no controlas lo que haces o lo que dices. Ese es mi miedo con Craig: meter la pata de alguna forma y fastidiar una amistad que es muy importante para mí.

Y aunque se supone que me está dando el tiempo que le pedí para adaptarme, sé que debería comentarle las dudas que me asaltan. ¿Acaso no es eso lo que hacen las parejas? Así debería funcionar, así que supongo que tendré que reunir coraje y decirle lo que está pasando.

—Dame un respiro, por favor —Owen se queja y se sienta en el suelo—. Cinco minutos, me conformo con eso.

—Te has ganado diez —le concedo—. Y te traeré algo de beber para reponer azúcares.

Al regresar, veo a Owen hablar con alguien a quien no conozco y frunzo el ceño porque mi chico parece nervioso. El hombre, más alto que él y el doble de ancho, parece disfrutar cuidando su cuerpo porque tiene unos músculos inmensos. Creo que si me abrazase, acabaría aplastada incluso si no apretase mucho. Como sea un gilipollas de esos que pretenden captar clientes para sus propios gimnasios, se va a llevar una gran decepción. Y la bronca de Colin.

—Ese es el patrocinador —dice mi jefe cuando ve que pretendo acercarme a ellos—. Deja que hablen a solas.

—¿Ese? ¿En serio? —lo miro con curiosidad renovada— ¿Y qué hace aquí? ¿No venía mañana?

—Quería ver cómo trabaja sin que Owen supiese que lo estaba observando. Me dijo algo como que... así se asegura de estar apostando por el caballo ganador.

—Una comparación... extraña —por no decir otra cosa peor—, tratándose de boxeo, pero creo que sé a qué se refiere. Hoy Owen ha dado el máximo y no fue para impresionarlo, sino porque así es como trabaja a diario. Me gusta su estrategia.

—Y a mí, aunque admito que me preocupa un poco.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre muy exigente. No lo patrocinará si no está totalmente convencido de que puede ganar.

—En una competición nadie puede estar seguro al 100%. A veces no depende solo de lo bueno que sea el boxeador. A veces, la suerte también influye, aunque no me guste admitir eso. He visto caer a grandes promesas antes de que pudiesen demostrar lo buenos que eran y he visto nacer estrellas desde el anonimato. Es imposible anticiparse a los acontecimientos —sonrío antes de añadir—, a menos que seas vidente.

—E incluso esos se pueden equivocar —responde—. Aunque diré, en su defensa, que suele acertar con sus elecciones. Cada vez que patrocina a alguien, este acaba haciendo una temporada inmejorable, se proclame o no ganador del torneo.

—Entonces habrá que rezar para que le interese Owen.

—Sí —su seca respuesta no me gusta, pero me abstengo de decir nada. Debe estar tan nervioso como yo. O puede que más, porque la reputación del gimnasio también está en juego aquí.

No se trata solo de que Owen pueda competir, sino que haga buena publicidad del gimnasio para atraer a nuevos socios. Y si se viene con algún título, mejor que mejor. La idea de mi jefe es ingresar suficiente dinero con los socios para promocionar él mismo a los chicos, porque depender de los patrocinadores no siempre da buenos resultados. Los hay que se creen que, como ellos ponen la pasta, pueden tomar decisiones que, en realidad, no les corresponden. Hemos visto caer en el olvido a grandes deportistas por culpa de sus propios patrocinadores.

—¿Tú sabes qué hará? —le pregunto al ver que sigue hablando con Owen y, por sus caras, no puedo deducir si le está dando buenas o malas noticias.

—Ni idea —está como yo. Odio esta incertidumbre.

Después de un par de minutos más, Owen me llama y me acerco a ellos para ser presentada. Creo que no son nervios lo que siento ahora mismo, sino histeria total porque si dice que no, Owen perderá otro año más. Sería un duro golpe para él, con todo lo que ha pasado últimamente.

—Me habían hablado muy bien de ti —me dice el hombre, con una amplia sonrisa en sus labios—, pero debo admitir que tenía mis reservas. No me avergüenza admitir que creía que una mujer no pintaba nada adiestrando a un futuro campeón del boxeo, pero me equivoqué y eso tampoco me importa decirlo. Has hecho un excelente trabajo con el muchacho. Se le ve motivado y más que dispuesto a darlo todo. Estaré encantado de patrocinarlo.

—Me alegra oír eso —aprieto la mano que me ofrece y sonrío.

—Más me alegrará a mí ver cómo gana el campeonato —golpea mi hombro con la mano libre y si consigo mantenerme firme en mi sitio es porque todavía me sostiene con la otra. Creo que me dolerá unos cuantos días ese hombro.

Después se aleja, murmurando algo sobre hablar con Colin y ultimar detalles. En cuanto desaparece, Owen me sonrío y me abraza, dando vueltas conmigo por la emoción.

—Sin ti no lo habría conseguido —me dice, mientras mantiene mis pies todavía en el aire—. Gracias por todo, Lindsey.

—Eso son tonterías —lo golpeo en el hombro para que me baje—. Eres grande porque le pones alma y corazón a todo lo que haces. Yo solo te he enseñado el camino, eres tú quien lo recorre.

—Y ahora te pones filosófica, como no —ríe. Está feliz y no es para menos. Me abraza de nuevo, pero esta vez no me alza.

—Quiero que recuerdes que puedes hacerlo sin mí —lo señalo mientras hablo.

—Lo sé, lo sé. Y si lo olvido —no puede dejar de sonreír—, vas a patear mi culo hasta que tenga que sentarme de lado.

—Tu culito respingón —asiento, satisfecha.

—Esta noche toca celebrarlo, ¿no? —me dice después—. Nada loco porque mañana tengo clase.

—Y algunos trabajamos —le saca la lengua.

—Podríamos ir los cuatro de cena por ahí —sugiere, ignorando lo que he dicho yo.

—Cita de parejas dobles. No sé si estoy preparada para eso, Owen —bromeo, aunque haya algo de verdad en mis palabras.

—Venga ya. Alguien me dijo una vez —sé que esa fui yo— que quien no arriesga no gana. Espero que ahora no se le ocurra ignorar sus propios consejos o tendré que ser yo quien le patee el culo.

Igual es lo que necesito, que alguien me dé una buena patada y me quite tanta tontería de la cabeza, pero no será Owen porque Craig es su hermano y sé que está encantado con la idea de que estemos saliendo. Si le digo que tengo dudas, lo creo capaz de empezar a darme consejos y eso ya sería lo último. Que un crío de 18 años me diga lo que debo o no debo hacer en mi relación.

—Una cena estaría bien. En plan relajado —claudico—. Pero más te vale que termines los estiramientos que no has hecho. Que veo tus

intenciones con tanta charla.

—Ya tenemos patrocinador —se queja—, podrías darme el resto de la mañana libre.

—Estira primero y ya hablaremos sobre eso después.

La verdad es que se lo merece, pero no le dejaré irse hasta que no lo haga el patrocinador. No vaya a creer que sabíamos que estaba observándonos y se eche para atrás. Sin embargo, es el propio Colin quien nos dice que nos tomemos los dos el resto del día libre, que ya se encarga él de mis otros chicos.

Después de acordar con Owen dónde y cuándo cenaremos, me voy a casa a descansar un poco. Pasar mitad de la noche en vela no ha sido una gran idea, aunque tampoco es que haya tenido mucha elección en eso. Cuando mi cabeza decide darle vueltas a algo, no respeta nada.

Me meto en cama después de comer, dispuesta a dormir solo un par de horas, pero me despierto cuando escucho el sonido de mi teléfono en algún lugar de la casa. Cuando doy con él, ya ha parado y tengo el aviso de una llamada perdida. Es Craig, así que lo llamo de regreso.

—Enhorabuena —me dice nada más descolgar—. Me ha llamado mi hermano para contarme la buena noticia.

Ahora me siento mal por no haber sido yo quien lo hiciese. Eso demuestra qué clase de novia soy. Un maldito desastre.

—Sí, es fantástico —admito—. Owen se lo ha ganado a pulso.

—Gracias a ti.

—No empieces tú también. Tiene talento de sobra para ganarse a quien sea. Lo habría conseguido con cualquier otro.

—Lindsey, la modesta —ríe— ¿Paso a recogerte para la cena?

—No —muerdo el labio en cuanto lo digo—. Bueno... quiero decir... no hace falta que te desvíes para venir a por mí. Ya nos vemos en el restaurante.

—No me importa desviarme.

—Está al lado de tu casa. Es una tontería que vengas a por mí.

—Podría ir por ti un poco antes y tomarnos algo juntos —insiste.

—¿Dónde quedó lo de darme tiempo, Craig? —le reprocho. Sé que no pretende acorralarme, pero ahora mismo es como me siento.

—Tienes razón —sueno tan arrepentido que me siento fatal por haber sido tan borde con él—. Lo siento. A veces me puede mi entusiasmo. Es...

—¿Qué? —le pregunto al ver que no termina la frase.

—Nada.

—Eso suena a que es algo.

—No importa, Lindsey, de verdad. Todo está bien. Ya nos vemos en el restaurante. Ahora tengo que volver al trabajo.

—Craig —insisto. No quiero que cuelgue sin decirlo porque me da la impresión de que es algo importante.

—Ya lo hablaremos, Linds.

—Sé que a veces me porto como una imbécil contigo, Craig —me disculpo.

—No, ni se te ocurra pensar eso —me interrumpe—. El problema es que llevo tres años esperando a que esto suceda y suelo olvidar que no estamos en el mismo punto de la relación. Yo lo quiero todo ya y tú todavía estás asimilándolo.

—Lo siento —digo apenada.

—No lo digo para que te sientas mal, Lindsey. Estoy seguro de que acabarás por alcanzarme, pero a veces notarás que te presiono. No lo hago a propósito, ¿de acuerdo? Es solo que estoy ansioso porque llegues al mismo punto que yo, pero te juro que voy a esperar lo que haga falta. Tú solo dime si me pongo demasiado pesado para bajar la intensidad.

—No es justo que tengas que aguantar todo esto —le respondo—. Y tampoco es justo que debas esperar por mí. Las cosas no deberían ser así.

—Esperaría toda una eternidad por ti, Lindsey. Te quiero a mi lado hoy, mañana e incluso dentro de diez años, si me dejas. ¿No lo entiendes?

—A eso me refiero, Craig. Creo que —me paso la mano por el pelo, nerviosa. Ahora que he empezado, ya no puedo parar— no es así como debería ser. Te estás entregando por completo y yo solo te estoy dando trocitos de mí.

—Cada trocito te completará un día. No me importa esperar.

—¿Y si un día descubres que falta una pieza? ¿O que, por más que esperas, nunca obtienes lo que estás buscando? ¿Y si un día sientes que has estado perdiendo el tiempo conmigo?

—¿Me estás diciendo que no quieres seguir conmigo? —suena tan serio, que siento mi corazón paralizarse al darme cuenta de que mis palabras dan esa impresión. ¿Eso es lo que quiero? ¿Quiero dejarlo antes de intentarlo?

—No —admito finalmente, sorprendida por mi respuesta—. Claro que quiero salir contigo, pero tengo miedo de estropearlo.

—Solo podrías estropearlo si me dejas, Lindsey. Los problemas

podemos resolverlos según vayan surgiendo, pero si te alejas, se acabó todo. Te quiero en mi vida y por conseguirte, seré capaz de todo —escucho su nombre de fondo—. Me tengo que ir. Me están llamando. Seguiremos hablando de esto después de la cena, ¿de acuerdo? Lo solucionaremos.

—De acuerdo —digo.

—Solo no te alejes nunca de mí, por favor —me dice justo antes de colgar. Y aunque eso ha sonado un tanto desesperado, creo que entiendo a qué se refiere.

Regreso a la cama mientras pienso en nuestra conversación. No puedo creer que al final me haya atrevido a decírselo. ¿Será que estoy avanzando? Porque hasta el momento siento que si Craig da un paso adelante, yo retrocedo cuatro. Tal vez tenga razón y no deba tratar de resolver los problemas sola. A veces se necesita ayuda, pero suelo olvidarlo porque desde la muerte de mi padre, he estado siempre sola. Si yo no hacía las cosas, nadie más lo haría por mí. Ahora tengo a Craig.

—Y tendré que recordármelo a menudo —me digo, cubriendo mi cabeza con la almohada.

Aunque no tenía pensado dormir más, me despierto de golpe, sorprendida por la oscuridad en mi habitación. ¿Pero... qué hora es? Miro el reloj y veo que son casi las nueve de la noche. He dormido más de seis horas seguidas.

—Mierda —me levanto de un salto—. Voy a llegar tarde.

Me doy una ducha rápida y salgo, apurada, del baño, con mi cabello todavía empapado. Mi teléfono suena justo cuando termino de ponerme el vestido y los zapatos, pero me niego a perder más tiempo contestando porque sé que es Craig. O puede que Owen.

—Ya voy, ya voy. No desesperéis —digo mientras escucho de fondo el tono insistente del teléfono, entremezclado con el ruido del secador. Esta vez tendré que llevar el pelo suelto. Suerte que mis rizos se amoldan fácilmente.

Me echo un último vistazo en el espejo, aprobando mi aspecto con un asentimiento, cojo mi chaqueta, meto el teléfono en el bolso sin mirar las llamadas, ya me disculparé con ellos en el restaurante, y salgo de casa soltando un suspiro. Creo que nunca en mi vida me he preparado tan rápido como ahora. Y debo admitir que tampoco he quedado tan mal. Un poco de maquillaje habría sido ideal, pero no voy a quejarme porque solo vamos a cenar.

—Hola, Lindsey.

—Ah, hola —saludo a mi vecino cuando nos cruzamos en el pasillo. Creo que quiere decirme algo, pero lo corto antes de que me lée y llegue todavía más tarde—. Llevo un poco de prisa.

Cuando bajo las escaleras de dos en dos, poniendo en peligro mi integridad física por culpa de los tacones, que no ayudan a mantener mi equilibrio, precisamente, rezo para no caerme. No sé cómo hacen esas mujeres que incluso bailan con ellos. Yo me mataría al segundo paso.

Camino hacia la esquina de mi calle, buscando en el teléfono el número de mi taxista favorito y rezando para que esté libre para llevarme al restaurante ahora. El autobús ya no es una opción, sobre todo porque tendría que hacer trasbordo.

—Llegaré en cinco minutos —me dice después de que le cuento mi problemilla de impuntualidad. Y aunque me molesta que se ría, me lo tengo merecido por haberme quedado dormida. La próxima vez tendré que poner la alarma aunque crea que voy a dormir solo cinco minutos.

La calle está muy solitaria, a pesar de pasar solo diez minutos de las nueve y media y siento un escalofrío por todo mi cuerpo que me obliga a abrochar el abrigo sobre mi vestido, aunque sé que no se trata de frío. Es esa sensación que vengo notando desde hace semanas. La razón por la que cambié muchas de mis rutinas y la misma por la que debería estar esperando a Ryan en el interior del edificio y no aquí fuera.

Me giro, dispuesta a regresar, pero mi cuerpo choca contra algo. O contra alguien, porque cuando intento apartarme, una mano me sujeta con fuerza por la cintura mientras otra trata de cubrir mi nariz y boca con algún tipo de paño impregnado en un líquido que hace llorar mis ojos y me obliga a cerrarlos.

El pánico se apodera de mí al comprender lo que pasa y me impide reaccionar con la suficiente rapidez. Para cuando me remuevo, intentando liberarme del agarre de mi atacante, han pasado unos segundos valiosísimos en los que el olor que entra por mis fosas nasales, ha conseguido marearme. Noto cómo mi fuerza mengua con una rapidez alarmante y me desespero. Trato de patear al agresor, pero ni siquiera sé si mi pierna se ha movido porque ya no siento mi cuerpo. Incluso me resulta imposible mantener los ojos abiertos.

Solo han pasado unos segundos, pero todo a mi alrededor se difumina hasta que mi mente se rinde y me derrumbo sobre quien me sostiene. Antes de perder el conocimiento, escucho un susurro ronco que me hiela la sangre

en las venas.

—No me dejaste opción.

7

SHEILA

Nunca me han gustado los turnos de tarde y menos todavía, si el trabajo que tengo que hacer es de oficina. Lo mío es salir a patear calles, la acción, el trabajo de campo, la investigación... El papeleo es interminable y muy aburrido.

Me estiro en la silla, recostándome en el respaldo, para luego hacer crujir mi cuello. Después de casi seis horas sin moverme de delante del ordenador, lo necesito como el sediento al agua. Y lo peor es que todavía no he terminado.

Salgo del despacho en busca de un poco de cafeína y azúcar para mi cerebro. Suerte que no me encuentro a nadie en la sala de descanso, porque no tengo ganas de hablar. Lo único que quiero es acabar cuanto antes y largarme de aquí.

Y por si todo esto no fuese suficiente, no dejo de darle vueltas a lo que pasó el sábado, cuando Colin me llevó a casa. Tal vez no debí retarlo cuando ya me iba. Aquella pequeña puya, con la que pretendía dejarle claro que no me gustó su actitud en el local del que los echaron, fue el único motivo por el que se bajó del coche y me siguió. Después, todo se descontroló.

Podría decir que intenté detenerlo después del primer beso que me robó, pero mentiría. Para ser honestos, el segundo lo busqué yo. Y el tercero ya fue nuestra perdición. Acabamos en la cama. Y no es que me arrepienta, pero no estoy orgullosa. Sobre todo porque se trata del jefe de Lindsey, el único hombre al que juré odiar, delante de ella. Me siento como una hipócrita ahora. Y como una cobarde, porque Colin ha estado intentando hablar conmigo desde aquel día y solo he dejado sonar el teléfono una y otra vez hasta que se cansó de insistir.

Supongo que en algún momento tendré que hablar con él de lo que pasó

y de lo que no debe pasar de nuevo. Pero ahora mismo me esperan un par de informes que quiero terminar antes de irme a casa, así que regreso al trabajo.

—Tenemos una posible desaparición —Steve asoma la cabeza por la puerta de mi despacho, después de golpearla con los nudillos—. Normalmente no se tramitan hasta pasadas las 24 horas, pero la descripción me ha recordado mucho a la chica de cabello rizo que nunca quieres presentarme. Tu amiga vivía cerca de Inverleith Park, ¿no?

—¿Lindsey? —mi ceño se frunce—. Sí.

—Tal vez quieras llamarla para asegurarte de que no es ella.

—Gracias.

—De todas formas, a mí me suena a que se está escondiendo del novio —lo escucho decir antes de que cierre la puerta.

Mi turno está a punto de terminar, pero no quiero esperar a salir de aquí para saber si esa mujer es Lindsey, así que mejor hago lo que me ha dicho Steve y la llamo. Con cada tono que escucho sin que responda, crece en mí la preocupación. No dejo de pensar en todas esas veces en que le advertí que sus costumbres eran demasiado previsibles y en lo extraño de su comportamiento las últimas semanas, asustándose por todo sin razón aparente. Espero que no tuviese ningún problema y que decidiese ocultármelo. La creo capaz de eso, solo para no preocuparme.

No intento llamarla de nuevo, al ver que no responde, porque si tuviese el teléfono con ella, ya lo habría hecho. Intentaría llamar a Craig por si estuviese con ella, pero no sé su número. Ni el de su hermano, para pedírselo.

—Maldita sea —busco a Colin en mi agenda, aunque preferiría no tener que hablar con él ahora mismo. Dudo que agradezca mi llamada después de evitarlo todo este tiempo.

—¿Ahora quieres hablar? —es su saludo. Supongo que me lo tengo merecido.

—No tengo tiempo para eso ahora, Colin —lo corto antes de que siga—. No localizo a Lindsey y necesito que me des el número de Craig.

—¿Y que gano yo con eso? —está enfadado y puedo entenderlo, pero no tengo paciencia para sus juegos en este momento. Estoy realmente preocupada por mi amiga.

—Mira, sé que me porté como una gilipollas contigo después del sábado, pero ahora mismo me urge más hablar con Craig porque acaba de llegar a comisaría la denuncia de una chica desaparecida y la descripción coincide con la de Lindsey. He intentado llamarla y no contesta así que, como

comprenderás, estoy preocupada por ella. ¿Me vas a dar el número o no? Porque no tengo...

—Joder —me interrumpe con una exclamación. Escucho ruidos de fondo y sus siguientes palabras me aclaran a qué se deben—. Iré hasta su casa para ver si está bien.

—Dame el número de Craig —le pido—. En media hora acabo mi turno y me acercaré también por allí si no la localizo antes.

Me dicta los once dígitos y cuelga, prometiendo llamar nada más llegar a casa de Lindsey. Y aunque no quiero pensar en lo peor, es inevitable cuando Craig tampoco me responde.

—No adelantes acontecimientos —me digo, pero ya estoy en pie y voy por mi abrigo. Necesito ver a mi amiga inmediatamente.

—¿La has localizado? —me pregunta Steve al verme.

—Voy ahora a su casa —niego con la cabeza.

—¿Te acompaño? —aunque lo pregunta, ya se está levantando para seguirme.

Steve no es solo un gran compañero de trabajo, sino también un buen amigo. Y ahora es ese último el que está hablando.

—Tengo que verla y asegurarme de que no es ella.

—¿Qué harás si lo es?

—No se considerará desaparición hasta pasadas las 24 horas —le digo mientras salimos fuera—, tú mismo lo has dicho, pero no esperaré tanto. Me da igual si no lo consideran una prioridad.

—Si es tu amiga la que ha desaparecido, podemos intentar que aceleren los trámites —me dice—, haciendo un poco de trampa.

—Si se trata de Lindsey, yo misma llevaré el caso.

—No creo que Cross esté de acuerdo con eso.

—Me importa una mierda lo que piense el jefe.

—Y si se lo dices así —ríe—, seguro que te lo da.

—Dios —paso la mano por la cara—. Necesito asegurarme de que no es ella, Steve. No puedo ni pensar en que alguien se la haya llevado para hacerle... vete tú a saber qué.

—Vamos por pasos, ¿de acuerdo? —intenta tranquilizarme. Por suerte es él quien conduce porque yo ya habría estrellado el coche patrulla—. Como nos enseñaron en la academia. ¿O ya no recuerdas cómo es?

—Vete a la mierda.

—Esa ya se parece más a mi compañera —ríe de nuevo.

Intento hablar con Craig una vez más por el camino, pero sigue sin responder. Quiero creer que están tan entretenidos, que no oyen mis llamadas. Si es así, se llevarán la bronca del siglo, pero sería un alivio. La otra opción es más aterradora.

—Para, para —le pido, cuando llegamos al inicio de su calle, porque veo a un grupo de personas frente a su portal y los reconozco a todos menos a uno—. Eso no me gusta.

—¿Qué?

—Son nuestros amigos —le digo, abriendo la puerta del coche al mismo tiempo que hablo—. Esto no pinta bien, Steve. Nada bien.

Craig y Colin están hablando y el primero se ve muy alterado por lo que está diciendo. Owen y el chico que no conozco, solo los observan, con las manos en los bolsillos del pantalón y los pies inquietos. Todos ellos parecen preocupados. Craig agita su mano derecha mientras habla y veo que sostiene el bolso que le regalé a Lindsey por su último cumpleaños. Entonces echo a correr.

—¿Qué ha pasado? —pregunto nada más alcanzarlos— ¿Dónde está Lindsey?

—Ojalá lo supiese —responde Craig, desesperado—. Habíamos quedado para cenar y como tardaba en llegar, la llamé. Al no responder, después de varios intentos, me acerqué hasta aquí para ver si le había pasado algo. Encontré su bolso tirado en el suelo, pero no hay rastro de ella.

—¿Fuiste tú quien llamó a la policía? —le pregunto.

—Fui yo —responde Owen ahora—. Craig ha estado buscándola por los alrededores mientras tanto.

—¿Cuánto tiempo hace que notasteis su ausencia? —dice Steve.

—¿Y este quién es? —pregunta Colin, ganándose una mirada fría de mi parte.

—Steve Kinley —se presenta, ofreciéndole la mano, que Colin acepta a pesar de todo—. Soy compañero de Sheila.

—Hace casi dos horas que no sabemos nada de ella —de nuevo es Owen quien responde.

—En realidad hace más —dice Craig—. Hablé con ella por última vez a eso de las tres de la tarde.

—Yo no la he vuelto a ver desde que salimos del gimnasio, poco después de la una —concreta Owen.

—Bueno —señalo el bolso que todavía tiene Craig en la mano y le pido

en silencio que me lo entregue para ver si lo que contiene nos da alguna pista —, si lo encontraste tirado en la calle, hemos de suponer que estaba bien hasta... ¿a qué hora habíais quedado?

—A las nueve.

—Eso nos deja un margen de unas dos horas —miro a Steve.

—Podría estar en cualquier parte a estas alturas —niega. Pienso lo mismo—. Y si esperamos a que pasen las 24 de rigor, será peor.

—El bolso está intacto —digo, después de revisarlo—. Su dinero y la documentación siguen en la cartera. Y el móvil también, con las llamadas perdidas sin revisar. ¿Alguno sabe si había algo que la preocupaba o si la han estado molestando?

—¿No es tu mejor amiga? —pregunta Colin, que todavía parece enfadado—. Tú deberías saberlo. O puede que tampoco a ella le respondas al teléfono.

—Y tú eres su jefe —lo miro con descaro. Este no es el momento de echarme en cara que lo haya estado ignorando—. Estás con ella todos los días, así que es más probable que tú hayas visto algo fuera de lo normal y no yo.

Su mirada se desvía unas décimas de segundo hacia Steve, pero no dice nada. Prefiero pasarlo por alto y centrarme en lo más importante: encontrar a Lindsey.

—Deberíamos enviar el bolso al laboratorio por si encuentran alguna huella en él —le digo a Steve, apartándonos del resto—. Y tal vez empezar con los interrogatorios. Al menos con los que ya están aquí. Pero podemos tener problemas con el jefe por esto.

—¿No eras tú quien lo iba a mandar a la mierda si se interponía en tu camino? —bromea.

—A veces eres odioso, Steve —lo golpeo en el hombro, pero se me escapa una sonrisa. Esa es su forma de aligerar el trabajo cuando la tensión es alta.

—Llevémoslos —me dice después—. Ya inventaremos algo para que el jefe no se mosquee por tanta prisa. De todas formas, deberías mantener en secreto que es tu amiga o te apartará del caso con un chasquear de dedos.

—Lo sé —suspiro.

—Y si lo hace —me conoce bien—, espero que no se te ocurra ir por tu cuenta. Eso lo cabrearía más. Lo sabes, ¿no? Incluso podría suspenderte de empleo y sueldo por un tiempo.

—Me gustaría —me giro hacia los demás y les hablo, para no tener que mentir a Steve sobre lo que haré si me apartan del caso— que nos acompañaseis a comisaría ahora para tomaros declaración. Por el momento no se puede hacer mucho más.

—Yo os llevo, muchachos —se ofrece Colin—. Dejemos que los tortolitos se vayan solos.

Sus últimas palabras no son más que un murmullo, pero lo escucho perfectamente. Creo que esa era su intención porque después me mira para estudiar mi reacción, pero no pienso caer en ese juego. Si quiere que hablemos de lo que pasó, lo haremos, pero tendrá que esperar. Lindsey es más importante para mí.

—¿Los interrogarás a todos tú? —me pregunta Steve de camino a la comisaría.

—Conmigo se sentirán cómodos —asiento—. Nos conocemos y será más sencillo.

—¿Sencillo? —me mira un momento antes de regresar la vista al frente — ¿Has pensado que tal vez haya sido uno de ellos?

—¿Qué? —lo miro con ojos desorbitados—. No. Pero qué... No, por dios. ¿Cómo puedes pensar eso?

—He visto muchos casos así y en la mayoría, el responsable es el novio de la víctima.

—Dios, Steve. Esas son las estadísticas para un asesinato. ¿Te das cuenta?

—Piénsalo. Él fue quien detectó que faltaba y quien vino a su casa a buscarla. Solo. Si fue tan pronto notaron la ausencia, tuvo que haber llegado a eso de las nueve y media a casa de tu amiga. Yo atendí la llamada sobre las diez y media. Una hora, Sheila. Eso es mucho tiempo para hacer cualquier cosa. Y sin testigos.

—No juzgues antes de oír su versión de la historia, Steve —le regaño. Pero aunque me duela que piense eso, sé que podría tener razón.

—Solo he atado cabos —se encoje de hombros, pero segundos después, añade—. Parecía realmente afectado. Puede que me equivoque.

—Eso —le respondo, ahora enfadada—. Primero suelta la bomba y luego trata de enmendarlo.

—Solo intento mantener tus ojos abiertos, Sheila. No permiten trabajar en casos que puedan afectar de manera personal por un buen motivo y tú lo sabes. No serás imparcial y acabas de demostrármelo.

—Una cosa es considerarlo sospechoso porque haya pruebas en su contra y otra muy diferente llamarlo asesino solo por unas cuantas estadísticas, Steve —le reprocho su pésima estrategia—. Esta vez te has pasado. No me vengas con gilipolleces de que es por mi bien porque sabes que soy mucho más profesional que la mayoría de nuestros compañeros.

Y no solo porque quiera hacer bien mi trabajo, sino porque parece que, siendo mujer, debo demostrarles a todos, cada día, que soy competente y que merezco estar donde estoy. A las mujeres del cuerpo no se nos perdona con tanta facilidad una equivocación o un desliz como a nuestros compañeros.

—De acuerdo —se disculpa—. Debí mantener la boca cerrada.

—Interrogaremos a Craig en primer lugar —digo al final. Ya ha sembrado la duda en mí.

—En ese caso, dejémoslo de último.

—¿Por qué? Eso le daría tiempo para prepararse.

—Pero si fue él, se pondrá nervioso por la espera. Sobre todo si lo aislamos del resto. Si los separamos, no podrán ponerse de acuerdo en la versión que den.

—Ahora mismo estás sonando un poco paranoico, Steve. Tengo la sensación de que estás insinuando que su hermano es su cómplice. O todos ellos. ¿De qué vas?

—No se puede descartar ninguna posibilidad.

—Creo que ves demasiadas series policiacas —niego lentamente.

Aunque debo admitir que, si no los conociese personalmente, yo misma lo habría pensado. La máxima en nuestra profesión es sospechar de todos y acusar al culpable. Pero los conozco y ninguno querría hacerle daño a Lindsey.

Craig lleva tiempo detrás de mi amiga y, si no estuviesen juntos ahora, podría pensar que se cansó de esperar y pasó a la acción, con un resultado fatal. Pero no parece un hombre violento y se ve muy preocupado por su desaparición.

Owen es todo amor. Ese muchacho no mataría ni una mosca. La eligió sobre otros entrenadores más reputados porque sabía que lo entendería y apoyaría. Además, adora a Lindsey, no lo veo haciéndole daño en ningún sentido.

Colin sería el más perjudicado si Lindsey desapareciese. Tener a una mujer como entrenadora de sus boxeadores atrae a nuevos clientes. Apostó por ella cuando su padre murió y salió ganando. Además, siempre ha cuidado

de ella como si fuese su hermano mayor, aunque me pese admitirlo.

No veo a ninguno como sospechosos de su desaparición, pero tampoco lo descartaré hasta haber hablado con ellos. No se llega a donde estoy sin cuestionárselo todo.

—¿Te parece si empezamos por su jefe? —me pregunta Steve.

—¿Por qué por él? —me preocupa que pueda decir algo delante de Steve que me deje en evidencia.

—Se veía molesto por nuestra presencia.

—Vale —prefiero no dar explicaciones sobre la verdadera razón de su mal humor. Luego, añado— ¿Qué tal si tú interrogas al novio de Owen mientras yo hago lo propio con Colin? Así será más rápido.

—¿Y a los hermanos? ¿También nos los repartimos?

—Tú a Owen y yo a Craig —asiento—. Si te parece bien.

Preferiría hablar personalmente con todos, pero no quiero que Steve esté presente en el interrogatorio de Colin. No me fío de que mantenga la boca cerrada sobre lo que pasó el sábado.

—Luego contrastamos información —acepta y respiro aliviada.

Una vez en comisaría, los enviamos a diferentes salas y yo entro en la que está Colin. No dejaré que él lo note, pero estoy nerviosa por tenerlo aquí.

—¿No viene tu amiguito? —me pregunta.

Su cuerpo está ligeramente inclinado sobre la mesa y descansa sus brazos en ella de forma relajada. Me mira fijamente desde su posición y decido sentarme para evitar sus ojos. Aclaro mi garganta antes de hablar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Lindsey?

—Así que así va a ser esto —no responde—. Vas a fingir que no me conoces.

—Por supuesto que te conozco, Colin —ahora lo miro—, pero estoy intentando hacer mi trabajo.

—Y con Steve es más llevadero, por supuesto —se inclina un poco más hacia mí sobre la mesa para susurrar— ¿También te lo llevas a casa cuando no terminas el trabajo?

—Ya basta, Colin —lo reprendo en el mismo tono—. No hay nada entre nosotros.

—Será porque tú no quieres.

—Steve es un gran profesional y...

—Bebe los vientos por ti —termina él.

—No seas estúpido —me molesta que lo piense siquiera—. Solo somos

buenos amigos. Lo que hayas podido ver no es más que compañerismo.

—Puede que por tu parte, pero no por la suya.

—De todas formas —no quiero seguir hablando de eso—, eso no es asunto tuyo.

—Oh, perdóname por pensar que había empezado algo entre tú y yo —me fulmina con la mirada.

—Tuvimos una noche de sexo, Colin. Nada más.

—Bien —asiente de manera brusca—. Gracias por aclarármelo. Es bueno saberlo para no esperar nada más de ti, doña perfecta e inalcanzable.

—Eso no es cierto —le digo, aún no queriendo seguir hablando del tema—. Que no me interese por un hombre que lo único que hace es presumir de músculos, no me hace inalcanzable, solo selectiva.

—¿Eso crees? —se levanta con rapidez, rodea la mesa y antes de que pueda procesar lo que está haciendo, me besa. En cuanto ha conseguido arrebatarme hasta el latido de mi corazón, me suelta y añade—. Repítemelo ahora, Sheila, y te dejaré en paz.

—Vete al infierno, Colin —maldita yo por no poder decirlo.

—Perfecto —asiente, sentándose de nuevo—. Ahora pregúntame todo lo que necesites saber y te responderé. Lo nuestro puede esperar a que encontremos a Lindsey.

Y aunque me gustaría replicarle que no hay ningún *nuestro*, me quedo callada. Mi amiga es más importante que cualquier otro asunto. Aunque ese asunto me haga temblar con su sola presencia.

—¿Cuándo la viste por última vez? —repito.

—Cuando la envié a casa después de que el patrocinador se fuese del gimnasio —en esta ocasión me responde—. Después de tantos días de duro entrenamiento, Owen y ella merecían un descanso.

—¿Notaste algo raro en su comportamiento esto últimos días? ¿Algo fuera de lo común, que llamase tu atención?

—Nada —niega—. Estuvo centrada en sus chicos, como siempre.

Por un segundo, noto que vacila y tengo la sensación de que me está ocultando algo, así que le insisto.

—¿Seguro?

—Sí —frunce el ceño—. Bueno... no, nada.

—Cualquier cosa podría resultar útil, Colin, aunque a ti no te lo parezca. Dime qué te preocupa.

—No es nada relacionado con ella directamente —niega.

—Aún así —lo animo a continuar.

—Está bien —cede al fin—. Hay un socio nuevo en el gimnasio. Es un hombre muy callado y suele pasarse todas las mañanas en la cinta.

—¿Qué pasa con él?

—Lo he pillado ya en varias ocasiones mirando hacia Lindsey. Eso no sería raro en sí, porque a muchos de nuestros socios les llama la atención que la entrenadora sea una mujer, pero se les suele pasar a los pocos días.

—Y a este no —constato.

—No sé —se encoje de hombros—. Tal vez solo le gusta Linds. No se ha acercado a ella en ningún momento ni nada por el estilo. Solo la mira.

—¿Me puedes dar su nombre? —abro la carpeta por primera vez para anotarlo—. Hablaré con él.

—Gary Stern.

—De acuerdo —lo miro ahora porque viene la pregunta más difícil, pero no puedo no formularla—. Tengo que hacerlo, ¿de acuerdo?

—¿El qué?

—¿Dónde estabas hoy entre las tres y las diez de la noche?

—¿Es en serio? —alza una ceja.

—Protocolo —digo.

—Bien, vale —aunque no le gusta—. Estuve en el gimnasio hasta las diez, como cada día. Y después me fui a cenar al chino que hay en frente. Allí estaba cuando me llamaste.

—Me pasaré mañana por el gimnasio —es lo único que digo, pero me entiende perfectamente.

—Yo no fui, Sheila. Lindsey es como mi hermana pequeña. Te juro que si el desgraciado que se la ha llevado le hace algo, lo mataré con mis propias manos. Aunque tenga que ir a la cárcel después.

La vehemencia en sus palabras remueve algo en mi interior. Sé que no lo ha dicho para lucirse delante de mí, sino porque realmente lo siente así y eso me hace verlo con otros ojos. Tal vez no sea solo músculos como me empeño en decir.

—Pagaré por llevársela —le digo al final—. Será él quien vaya a la cárcel.

8

LINDSEY

Me despierto con dolor de cabeza y llevo la mano a mi sien para masajearla. Mi espalda se resiente con el movimiento y palpo el colchón sobre el que estoy tendida, con la mano libre. No parece mi cama, así que busco una confirmación abriendo mis ojos. Me siento un poco desorientada y todo comienza a dar vueltas tan rápido, que los cierro de nuevo para no acabar vomitando. Inspiro profundamente, antes de intentarlo otra vez, y parpadeo varias veces para poder enfocar el cuarto. Aunque la penumbra lo envuelve todo, descubro, perpleja, que estoy en una especie de cueva escavada en la roca.

—No —gimo, al recordar que alguien me asaltó en plena calle cuando esperaba por el taxi—. No, no, no. No puede ser.

Mi vista recorre cada rincón de la cueva hasta dar con una gran puerta de madera, con goznes de hierro y una cerradura que se me antoja irrompible. Se parece a las de los castillos, con anillas en lugar de manillas y unos grandes remaches que sostienen su peso.

—No —repito, levantándome del catre.

Me tambaleo en cuanto estoy en pie y no doy más de un par de pasos antes de perder el equilibrio y caer sobre mis rodillas y mis manos. Permanezco inmóvil, a cuatro patas, tratando de reunir fuerzas y de recuperar el aliento. Apenas he hecho un pequeño esfuerzo y me siento exhausta. Parece que todavía noto los efectos del sedante que debió usar para traerme a aquí.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda contra el jergón. Cierro los ojos e intento mantener la mente en blanco porque estoy al borde de un ataque de pánico. Mis manos empiezan a temblar y las aprieto, pero en cuanto todo mi cuerpo parece dispuesto a imitarlas, encojo las piernas y las rodeo con los

brazos hasta hacerme un ovillo. Me balanceo adelante y atrás en un hipnótico ritmo que me ayuda a mantenerme ocupada el tiempo suficiente para no acabar sucumbiendo a la histeria.

No sé cuánto tiempo me mantengo así, pero solo me muevo cuando la postura fuerza mis músculos y estos empiezan a doler. Mis piernas se han dormido y las estiro lentamente para que se despierten poco a poco mientras estudio el lugar en donde me han encerrado, ya más tranquila. Al igual que con la puerta, parece como si se hubiesen inspirado en las celdas que solían tener los castillos. Aunque aquellas eran mucho menos salubres, pues dentro de lo rústico, todo esto se ve limpio.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y no tiene nada que ver con que esté asustada. Todavía llevo el vestido que elegí para la cena y, aunque también tengo la chaqueta, estar sentada en el suelo tanto tiempo no ha sido una buena idea. Mis pies, que no llevan calzado pues es lo único que me falta además del bolso, lucen ese tono más oscuro que se pone cuando tienes demasiado frío. Intento levantarme apoyándome en el catre y me subo a colchón con dificultad, porque mis piernas todavía cosquillean. Después me cubro con la manta, esperando así entrar en calor.

Aunque no hay ventanas que me ayuden a saber si es de día o de noche, la puerta tiene pequeños agujeros por donde entra aire y algo de luz. La suficiente para ver el local sin dificultad, por lo que supongo que es de día. Pero, ¿de qué día? ¿Pude haber dormido más de un día? ¿Me mantuvo él sedada para desorientarme? ¿Quién es él y qué quiere de mí? Tengo tantas preguntas; pero por desgracia, me faltan respuestas y siento que las lágrimas quieren salir de nuevo, así que cierro los ojos y trato de evadirme para no llorar.

De repente, una idea cruza por mi cabeza y me incorporo en la cama de golpe. ¿Y si no soy la única que está aquí? ¿Y si hay alguien más en mi misma situación? Camino hacia la puerta, probando mi estabilidad. Parece que ya estoy un poco mejor.

No debería esperar otra cosa, pero me decepciono al ver que la puerta no se mueve cuando intento abrirla. Aún así, tiro de ella un par de veces más por si acaso, y después me deslizo hasta el suelo, todavía sujetando la anilla, para permitir que las lágrimas corran libres por mi rostro al fin.

—No —sollozo por unos minutos, hasta que el frío se cuele en mi interior y hace que mi cuerpo tire otra vez.

Aún así, no me decido a alejarme de la puerta, como si al hacerlo

estuviese renunciando a mis esperanzas de salir de aquí. Acerco mi ojo a uno de los agujeros y miro a través de él, pero no se ve nada más que roca al otro lado.

—Hola —me atrevo a decir con voz trémula, temerosa de que esta teoría también sea decepcionante para mí— ¿Hay alguien ahí?

En mi fuero interno desearía que nadie respondiese, pero el egoísmo me hace rezar para que lo hagan. Estar sola aquí me aterra.

—Hola —repito un poco más alto, casi como un ruego.

El silencio sigue siendo la única respuesta y siento renovadas ganas de llorar. De impotencia, de miedo, de rabia... pero sobre todo, por verme atrapada en un lugar que no sé dónde se encuentra y por culpa de alguien de quien desconozco sus intenciones. Esta incertidumbre es el mayor enemigo de quien no tiene otra cosa que hacer más que pensar en su situación. Y, para mi desgracia, lo que pienso no es nada halagüeño.

—Si hay alguien ahí —insisto una última vez—, por favor, di algo.

—Shhhhh —escucho un suave susurro a través de la puerta y me sobresalto—. No hables. A él no le gustará.

—¿Por qué? —pregunto ansiosa— ¿Quién eres? ¿Quién es él? ¿Qué quiere? ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuántas más hay?

—Calla —una nueva voz resuena con más fuerza que la anterior—. No debes hablar más.

Jamás me alegré tanto de escuchar otras voces, ni tampoco tuve tanto miedo por el mismo motivo. Saber que no estoy sola es un alivio, pero en este caso, en cierta manera, es malo. Muy malo.

—Por favor —les ruego—. Contestadme. Necesito saber qué es lo que está ocurriendo. Por favor.

—¿No veis que lo está pasando mal? —una tercera voz se apiada de mí y me responde—. No te preocupes. Si haces lo que te pide, se portará bien contigo. Te recompensará si respetas sus normas y cuidará de ti. No es tan malo si le obedeces.

—Por supuesto que es malo —replica la primera con enfado—. Mira solo dónde estamos por su culpa.

—No la asustes más.

—¿Quiénes sois? —aunque no quiero que dejen de hablarme, tampoco pretendo que discutan entre ellas. Eso no ayudará—. Yo me llamo Lindsey.

El silencio se hace tras la puerta y temo que ya no vayan a decir nada más. Y mientras les doy tiempo para decidirse, corro hacia el catre en busca

del colchón, porque apenas siento los pies por el frío. Lo arrastro hasta la puerta, sin que me importe si se ensucia, y me siento sobre él, cubriéndome con la manta después.

—¿Cómo os llamáis vosotras? —insisto— ¿Cuántas sois?

—Soy Lorie —responde finalmente la tercera voz. La misma que se apiadó antes de mí.

—Cállate, Lorie —la increpa la otra—. No debes hablar con ella. Ya sabes qué pasará si él lo descubre.

—Está asustada, Alanna. ¿Es que ya no recuerdas cómo llorabas tú cuando llegaste?

—¿Y tú recuerdas lo que pasó después?

—Solo debemos ser más cuidadosas. Si no nos ayudamos entre nosotras, nadie lo hará. Unidas somos más fuertes.

—No dices más que estupideces, Lorie. Somos tan débiles como él quiere que seamos. Esa unión de la que hablas, no existe. No...

—Claro que existe. Incluso si a él no le gusta. ¿Es que no sabes por qué no quiere que hablemos entre nosotras? Tiene miedo de que...

—Él no tiene miedo. Nosotras tenemos miedo.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —esa es una pregunta para la que no sé si querré respuesta, pero necesito que dejen de discutir.

—Yo me llamo Nora —dice la tercera voz, tras otro largo silencio.

—Lindsey —Lorie me llama y la escucho con la cabeza pegada a la puerta, pues esta es demasiado gruesa y su voz apenas llega como un susurro —, si me prometes guardar silencio cuando venga y nunca mencionarle nuestros nombres, responderé a todas tus preguntas.

—¿Por qué no puedo mencionarle vuestros nombres? ¿Qué pasaría si lo hiciese?

—Prométenoslo primero —me exige Alanna.

—Lo prometo —digo, después de pensarlo. Prefiero no hablar con quien sea que nos retiene aquí sobre ellas, si así no me siento tan sola cuando él no esté. Y tal vez juntas hallemos la forma de huir, porque no voy a resignarme a quedarme aquí hasta que él haga conmigo lo que sea que quiere hacer.

—Es difícil saber cuánto tiempo llevamos aquí encerradas —dice Lorie, respondiendo ahora a mi pregunta—. Nunca sabemos si es de día o de noche y...

—¿Nunca salís de las celdas? —la interrumpo.

—De vez en cuando —responde Alanna—, pero siempre nos lleva al

otro cuarto con los ojos vendados, así que no sabemos qué es este sitio o dónde estamos. Y jamás nos lleva al exterior.

—¿Será que podría vernos alguien si lo hace? —murmuro.

—No creo que sea eso —responde Lorie, aún cuando pensé que no me oirían—. Cuando llegó Nora, no dejaba de pedir auxilio a gritos, pero nadie acudió en su ayuda.

—Podría ser porque las paredes estén insonorizadas —replico.

—Si fuese así, no nos oiríamos entre nosotras —dice Nora, que parece la menos habladora de las tres.

—Cierto —digo, pensando en ello—. Aunque tal vez solo sean las del exterior. Si no os ha llevado nunca fuera, tiene que ser por algún motivo. Igual solo quiere asegurarse de que no sepamos dónde estamos.

—Nos trajo sedadas hasta aquí —nos recuerda Lorie.

—Cierto —asiento, aunque no puedan verme—. Y si lo hizo para que no sepamos dónde estamos, tal vez sea porque sería fácil huir de él si conseguimos liberarnos.

—No podrás liberarte —me asegura Alanna—. Es imposible que consigas romper la puerta o forzar la cerradura de hierro solo con las manos. Y nunca nos da nada que podamos usar en su contra.

—Pero habrá otra forma de escapar u otro momento —insisto—. Cuando nos saque de la celda, por ejemplo.

—Nunca baja la guardia —dice Nora y suena un tanto asustada—. Él no te daría ninguna oportunidad para intentarlo.

—Además, es demasiado fuerte —continúa hablando Alanna—. No serías capaz de enfrentarte a él. Te vencería fácilmente y después te castigaría por intentarlo.

Mientras habla, tengo la sensación de que ella lo ha intentado ya y por eso lo dice con esa seguridad. Pero no estoy dispuesta a perder la esperanza por unas cuantas advertencias. Si creo que no puedo escapar, acabaré enloqueciendo.

—Yo también soy fuerte —protesto—. Enseño boxeo desde hace años a hombres que me doblan en tamaño y fuerza. Además, me ejercito cada día para mantenerme en forma. Si me lo propongo, podré vencerlo. Sé...

—Shhhh —escucho de repente—. Silencio. Ya viene.

Mi corazón comienza a latir a tal velocidad, que puedo sentir su pulso incluso sin buscarlo. Un frío helado me recorre el cuerpo y me tenso.

—Regresa a la cama —me exhortan todas y me levanto de un salto para

arrastrar el colchón de vuelta al catre.

El miedo me hace resbalar un par de veces, pero consigo colocar todo en su sitio y meterme dentro antes de que llegue. En cuanto me cubro con la manta, de la misma forma en que estaba al despertar, escucho el ruido de la llave al deslizarse en la cerradura. Cierro los ojos y me giro hacia la pared para darle la espalda, temerosa de mirar hacia él. O de que sepa que ya me he despertado. No sé si me siento preparada para enfrentarlo todavía, aunque les haya dicho que sería capaz de derribarlo para intentar escapar.

El rechinar de los goznes al moverse la puerta me hace apretar la mandíbula con fuerza para evitar que un grito me delate. Luego, lo escucho acercarse a mí y siento su presencia junto a la cama, como si me estuviese observando, pero no me muevo y trato de que mi respiración se relaje lo suficiente para que crea que sigo dormida. Tal vez se vaya sin hacerme nada.

Por un momento, mientras espero su siguiente movimiento, me imagino levantándome de golpe y empujándolo con fuerza para tirarlo al suelo y escapar. Si lo tomo por sorpresa, podría lograr salir de la celda antes de que se levantara. Soy rápida corriendo, sé que podría hacerlo.

—No —escucho una voz en mi cabeza y me paralizó. No sé quién lo ha hecho, pero acaba de frenar mi plan de golpe porque lo que tardo en reaccionar, es el tiempo que le lleva, a quien sea que ha entrado, irse de la celda y cerrar la puerta de nuevo tras él.

Y durante unos minutos, ni siquiera soy capaz de moverme. No sé si asustada por mi captor, o por esa voz que todavía parece resonar en mi mente. Podría decir que fue mi instinto de supervivencia, pero nunca creí que pudiese ser tan... real. Siempre pensé que sería más como una reacción instintiva del cuerpo, no una voz en mi cabeza.

—Se ha ido —escucho decir en un susurro a través de la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta Lorie. Aunque hemos hablado poco, sé distinguir sus voces ya y ninguna se parece a la que escuché en mi cabeza. Adiós a la hipótesis número dos.

Me incorporo y miro a mi alrededor en busca de algún cambio en el cuarto. No hay nada extraño ni nuevo, pero cuando voy a poner los pies en el suelo, tropiezo con una bandeja. Consigo no derramar nada solo porque tengo buenos reflejos.

—Me ha dejado comida —les digo, mientras observo el vaso con agua y el plato con patatas y carne. También hay un poco de pan. No es mucha cantidad, pero saciará mi hambre—. Y unos zapatos.

No son los que llevaba cuando me capturó, sino que son bajos y abrigan más que los míos. Los calzo y suspiro, encantada de poder calentar mis pies al fin.

—Te dije que se portaría bien contigo —me dice Lorie. Apenas puedo oírla por lo grueso de la puerta, así que llevo el colchón de nuevo hasta ella y me siento para comer.

—Claro —escucho la ironía en la voz de Alanna—. Te alimenta, pero no te da todos los nutrientes que necesitas para estar fuerte. Te va debilitando poco a poco, hasta que no eres capaz ni de correr.

—Entonces —les digo a todas—, debemos planear nuestra fuga ya, antes de que mis fuerzas mengüen.

—¡Estás loca! —exclama Nora—. Solo lo enfadarás.

—Y te castigará —añade Alanna.

—Ahora es cuando más oportunidades tiene de conseguirlo —les dice Lorie, que parece ser la única que está de mi lado. Como siempre.

—Aunque lograrse escapar de él —empieza a rebatirle Alanna—, no sabemos dónde estamos. ¿Y si no hay nada alrededor? Si intenta escapar y al final la alcanza, le hará mucho daño.

—¿Y qué pasa si lo consigue? —responde Lorie—. Podría salvarse.

—Podría recibir un castigo.

—¿Eso te pasó a ti, Alanna? —le pregunto, para zanjar de algún modo la discusión y porque siento curiosidad— ¿Lo intentaste y te castigó? ¿Os hizo daño a alguna de vosotras?

El silencio que sigue a mis preguntas es mucho más revelador que cualquier respuesta que me hubiesen podido dar. Aún así, insisto.

—¿Es eso lo que pasó?

—No podrás escapar —es la respuesta de Alanna.

—Pues lo haré —le digo con convicción. Basta que alguien me diga que no puedo hacer algo, para que yo me empeñe en ello. Así ha sido siempre en mi vida—. Y no solo yo. Nos iremos las cuatro de aquí. Eso os lo juro.

9

SHEILA

El jefe se enfadó un poco cuando supo que habíamos abierto la investigación antes de tiempo. Bueno, se enfadó mucho, pero al menos logré que nos diese el caso a Steve y a mí tras unos cuantos días de no dejar de molestarle con preguntas sobre la investigación a él y a los compañeros a quien asignó en primer lugar. Me repateaba saber que se habían centrado en la escena del crimen, dejando de lado los interrogatorios hasta esclarecer el asunto de cómo y cuándo desapareció.

El gimnasio está muy tranquilo a esta hora de la mañana, pero Colin me llamó hace unos diez minutos para decirme que Gary acababa de llegar y no tuve ni que pensármelo para venir a interrogarlo. Por el momento no quiero que sepa que es uno de los sospechosos así que hablar con él en el lugar de trabajo de Lindsey es la mejor forma de disimularlo.

—Yo lo interrogaré a él —le digo a Steve nada más localizarlo—. Tú habla con algún otro para que crea que le ha tocado al azar. No lo pongamos a la defensiva tan pronto.

—De acuerdo.

Saludo a Owen en la distancia, que se está entrenando con Colin. Me devuelve el gesto con la cabeza, pero se ve muy desanimado. Sé que para él es duro no tener a Lindsey a su lado y que preferiría estar en cualquier otra parte, pero la semana que viene empieza la competición y no puede parar ahora.

Después de hablar con Craig la noche de la desaparición y no sacar mucha más información que la que ya tenía, les pedí a todos que me esperasen mientras contrastaba la información con Steve, y luego nos fuimos los cinco, pues Colin se apuntó también aunque no lo invité, al bar de enfrente para tomar un café y seguir hablando.

Averigüé muchas más cosas en esa charla que en comisaría. Al estar más relajados, los llevé a mi terreno sin que lo supiesen y me hablaron de la rutina de Lindsey, de pequeños detalles que para ellos no son nada, pero a mí me dicen más de lo que imaginan. En ese momento descarté a Owen y a su novio, al que Lindsey apenas conocía.

Y también he descartado a Colin gracias a su coartada. Llamé al restaurante chino antes de venir al gimnasio y corroboraron que había estado allí. Aunque todavía tenga que comprobar si salió del gimnasio a las diez, algo me dice que es cierto. Podría decir que Colin vive en este lugar sin equivocarme.

Tampoco creo que haya sido Craig, pero su comportamiento me resultó exagerado en demasía durante el interrogatorio, con sus prisas por salir a buscarla incluso en plena noche y esa irritante manía de tamborilear con los dedos en la mesa. No lo conozco tan bien como para saber si todo eso se debe a la preocupación que dice sentir por ella o a que está intentando ocultarme algo. O tal vez hayan sido las palabras de Steve, que todavía me rondan por la cabeza y que parece que me están influyendo. Sea como sea, lo mantendré en mi lista por el momento. Pero en lo más bajo de la misma.

—Buenos días —saludo a Gary cuando Steve ya está hablando con otro hombre—. Soy la inspectora Carson. ¿Podría hacerle algunas preguntas?

—¿Ocurre algo? —mira a su alrededor con nerviosismo.

—Estamos hablando con todos los socios del gimnasio —explico, para que me preste atención y se relaje un poco—. Al parecer, la señorita Buchanan ha desaparecido de su domicilio hace unos días y estamos buscando pistas que nos indiquen dónde puede estar.

—No sé de quién me habla.

—Lindsey Buchanan —en esta ocasión añado su nombre y veo en sus ojos el reconocimiento—, la entrenadora de boxeo.

—Ah, ya sé —asiente, tal vez con demasiada efusividad—. La veo todos los días con los hombres a los que está preparando.

—¿Ha hablado alguna vez con ella?

—Nunca —niega—. Nos hemos cruzado en alguna ocasión al salir de los vestuarios o por aquí. Nos saludamos por cortesía, pero nada más.

—Ajá —tomo nota.

—Es una joven muy agradable. ¿Le ha pasado algo?

—¿Cómo sabe cómo es, si dice que no ha hablado nunca con ella? —elevo una ceja con curiosidad.

—Por lo que veo aquí cada día —se encoje de hombros—. Saluda a todo el mundo, a muchos de ellos por su nombre, y siempre está bromeando con todos. Incluso ayuda a otros, aunque no tengan que ver con su disciplina. Pero se toma su trabajo muy en serio. Al menos es lo que yo veo aquí.

—Suenas como si la admirases —sugiero.

—No la conozco lo suficiente para eso —se remueve inquieto otra vez.

—Solo una pregunta más, señor Stern, ¿dónde estaba el día seis por la noche entre las ocho y las diez?

—¿Cómo sabe mi nombre? —ahora sí que está nervioso— ¿Por qué me pregunta eso? ¿Soy un sospechoso? Yo no le he hecho nada. Lo juro.

—Cálmese, señor Stern —intento tranquilizarlo—. Y responda a la preg...

—Yo solo la observaba porque me llamaba la atención que una mujer pudiese ser entrenadora de boxeo —me interrumpe—. No la he secuestrado ni...

—Cálmese —ahora ya es una orden—. No lo estoy acusando de nada. Solo quiero saber dónde estaba ayer entre las ocho y las diez.

—Si quieren sospechar de alguien —continúa, sin hacer caso a lo que le digo—, deberían hablar con ese hombre rubio con el que anda últimamente. No hace mucho los oí discutir y él incluso la amenazó. Si alguien le hizo algo, tuvo que ser él.

—¿Qué hombre rubio? —se me viene a la cabeza Craig. ¿Qué la amenazó? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Viene por el gimnasio muchas veces, pero no sé su nombre.

—¿La amenazó aquí en el gimnasio? ¿Qué le dijo exactamente?

—Fue en el parque de aquí al lado —niega. No se me pasa por alto que me dijo que no había visto nunca fuera del gimnasio a Lindsey y ahora se está contradiciendo—. Yo estaba corriendo y me los encontré. Él la tenía sujeta por un brazo y le decía que no iba a permitir que se alejase de él. Ella parecía nerviosa, pero cuando me vieron, el hombre me habló de forma brusca y me fui. Me preocupaba que me hiciese algo. Parecía fuera de sí.

No me imagino a Craig fuera de sí y menos aún amenazando a nadie, pero es un dato que no debo descartar. Hablaré con él en cuanto terminemos aquí.

—¿Recuerdas algo más sobre eso? ¿Algún detalle que nos pueda ayudar?

—Nada más —niega.

—De acuerdo —asiento—. Gracias por la información. Ahora, si...

—No le diré que fui yo quien le delató, ¿verdad? —me vuelve a interrumpir.

—Todo lo que nos diga, es confidencial, no se preocupe por eso.

—Bien —parece aliviado—, eso está bien.

—Señor Stern, si es tan amable de responder a la pregunta que le hice antes —insisto—, no le molestaré más.

—Sí, claro. Fui a visitar a unos amigos a Glasgow. Pasamos el día juntos y regresé a Edimburgo después de cenar con ellos. No sé qué hora sería exactamente, pero tal vez llegué pasada la medianoche. El viaje desde Glasgow es largo.

—Ya —tomo nota y luego añado—. ¿Podría darme el número de sus amigos? Querría hablar con ellos para corroborarlo.

—Por supuesto —me dicta los números y me da sus nombres antes de que se los pida.

—Muchas gracias —me despido de él y le entrego una tarjeta con mi número—. Si recuerda algo más, lo que sea, no dude en contactarme.

—Lo haré.

Y yo llamaré a esos amigos en cuanto salga de aquí, para no darle tiempo a hablar con ellos. Este hombre no me da buenas vibraciones. Creo que me ha ocultado información relevante para el caso, así que por el momento, mandaré investigar su pasado, por si descubriesen algo que me ayude a saber qué pasa con él. No descarto volver a interrogarlo más adelante.

—Sheila —Owen me llama y voy con él.

—¿Qué ocurre?

—Me extrañó mucho que Craig no hubiese llegado todavía —me dice—. Habíamos quedado hace media hora aquí y siempre es muy puntual, así que lo llamé. No responde, pero ha grabado algo en su contestador. Tal vez deberías escucharlo.

Me pasa su teléfono y lo dejo sonar para escuchar el mensaje, pero ni siquiera dejo que termine. Le entrego el teléfono de vuelta a Owen y busco a Steve.

—Steve —me acerco y hablo con él en susurros—, tengo que irme ahora. Me ha surgido algo importante.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, es algo que debo hacer sola. Nos vemos en comisaría más tarde.

—Vale. Ve con cuidado.

—Siempre.

Al girarme, mi mirada se cruza con la de Colin y parece como si quisiera decirme algo, pero niego con la cabeza y salgo fuera. Necesito ir a casa de Craig.

—Shey —Colin me frena cuando estoy abriendo el coche—. Voy contigo.

—No.

—Vas a necesitar ayuda. Está muy borracho.

—Eso pudo grabarlo en cualquier momento —niego—. Tal vez se emborrachó anoche y...

—Anoche amanecimos en mi casa —me interrumpe—. Y estaba bien al irme al gimnasio. No creo que en tres horas...

—En tres horas podría haber muerto de coma etílico si quisiese, Colin —lo interrumpo.

—Grabó ese mensaje, así que no está muerto. Voy contigo.

—No.

—Ni siquiera sabes dónde vive, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —me ofenden sus dudas.

—Aún así, voy contigo —se encoje de hombros.

—Eres del todo imposible —me desespero.

—Para ti no, preciosa —susurra al pasar por mi lado para entrar en el coche. Yo, sin embargo, me quedo paralizada durante unos segundos.

—No harás nada —le advierto mientras conduzco hacia la casa de Craig —, no dirás nada, no tocarás nada, no...

—Seré invisible —me interrumpe.

—Esto es una investigación policial, Colin —le recuerdo—. No voy a ver a un amigo que se ha emborrachado, sino a un posible sospechoso que acaba de dejar constancia en su contestador de ello... en cierta medida.

—¿Craig sospechoso? ¿Crees que él tiene algo que ver? —me mira con asombro.

—No lo sé. No creo. No... —lo miro unos segundos—. Es el novio, no puedo descartarlo sin más.

—Él jamás le haría daño. Está enamorado de Lindsey desde que la conoció.

—En la mayoría de los casos, el amor es el móvil del delito.

—No Craig. Él jamás lo haría.

—Colin, si vas a entorpecer la investigación, paro el coche ahora mismo

y te bajas. Esto me gusta tan poco como a ti, pero es mi trabajo y debo barajar todas las posibilidades.

—Joder. Esto es una mierda —se pasa una mano por el pelo— ¿Y yo también soy sospechoso, Shey?

—No.

—¿Por qué no? Podría haberla matado en una discusión un tanto acalorada. O por...

—Tú serías el primer perjudicado si ella desapareciese —lo corto antes de que se enfade más—. Que sea la única entrenadora de boxeo le da fama a tu gimnasio.

—Pudo haberme dicho que se iba y que yo enloqueciese por ello.

—Ella jamás abandonaría el gimnasio donde trabajó su padre. Al menos no por voluntad propia. Lo haría si tú la echases, pero eso es algo que ambos sabemos que no harás nunca. La consideras como una hermana pequeña y te preocupas por ella.

La verdad en mis palabras lo deja mudo y pensativo. Sabe tan bien como yo que sería incapaz de hacerle daño.

—Además —añado—, he comprobado tu coartada.

—Craig tampoco le haría nada —añade después, ignorando lo que le he dicho de la coartada.

—Lo sé, pero necesito pruebas más firmes que tu palabra, Colin —trato de hacerle entender lo difícil que está resultando para mí—. Me temo que lo que he averiguado hasta ahora apunta a él. Y no tiene coartada comprobable durante algo más de una hora. No puedo descartarlo sin más, aunque quiera.

—Lo entiendo, pero no me gusta.

—No tiene por qué gustarte. Solo necesito que permanezcas en silencio mientras interrogo a Craig y que no cuentes nada de lo que escuches. Es información confidencial.

—No lo haré —me promete. Y aunque hemos tenido siempre nuestras diferencias, le creo.

Al final, que Colin viniese conmigo fue una suerte porque Craig no abre la puerta ni da señales de vida, pero entramos gracias a una llave que le dio para un caso de emergencia. Esta es, sin duda, una ocasión perfecta para usarla.

—¿Craig? —lo llamo, sacando el arma de mi cartuchera al ver el desorden en el interior del piso— ¿Estás aquí? Soy Sheila.

Sigue sin responder y le pido a Colin que me espere junto a la puerta,

mientras me adentro en el apartamento en busca de Craig. Miro en cada habitación, hasta dar con él en el baño, tendido en el suelo, con una botella vacía a su lado.

—Colin —lo llamo, después de intentar moverlo por mí misma y no conseguirlo.

—¿A qué ahora te alegras de que esté aquí? —me dice, mientras lo carga hasta el sillón en la sala.

—Cállate y tumbalo ahí. Y prepara café —le doy las órdenes, esperando que obedezca sin protestar—. Lo va a necesitar cuando despierte.

—No estaba muerto —me dice, saliendo de la sala.

—Idiota —murmuro, antes de intentar despertar a Craig por enésima vez—. Vamos, bello durmiente, es hora de levantarse. Craig, despierta. Vamos.

Golpeo su mejilla varias veces hasta que consigo que abra un ojo y lo cierre de nuevo. Entonces, le doy más fuerte, hasta que los abre los dos y protesta por la claridad.

—Si no bebieses tanto —le digo en respuesta—, no te molestaría la luz del día.

—Solo así se acallaban los remordimientos —susurra.

—¿Qué remordimientos? —cierra los ojos y no responde—. Craig, ¿de qué remordimientos hablas?

No quiero pensar lo peor, pero después de oír el mensaje en el que decía que todo era culpa suya, que ahora hable de sus remordimientos no pinta nada bien para él. Y sé que esta confesión no servirá ante un tribunal porque está borracho, pero necesito que me diga qué ha estado intentando acallar con el alcohol.

—Craig —lo llamo y golpeo su cara otra vez.

—¿Qué remordimientos? —repite, mirándome sin verme, como si pensase en ello. Se levanta y temo, por un momento, que acabe tirado en el suelo porque le falta equilibrio—. Joder, es todo mi culpa.

Colin llega en ese momento y siento cómo tintinean las tazas en la bandeja que lleva en las manos. Aún así, no dice nada. Solo se lo queda mirando, esperando haber oído mal.

—¿Por qué dices eso, Craig? —le pregunto, al ver que no dice más.

—Hablé con ella a mediodía —comienza a caminar por la sala y es sorprendente que ya no se incline hacia los lados—. Quería verla antes de la cena, pero ella tenía dudas de lo nuestro. Tal vez la presioné demasiado porque llevo deseando esto tanto tiempo, que me mataba esperar. No sé, tal

vez debí darle más espacio antes de llegar a ese punto.

—Alguien os vio discutir —le digo, para dirigir la conversación hacia donde quiero—. Dijo que la amenazaste.

—Ese hijo de puta —murmura. Al parecer, incluso borracho, sabe de quién le hablo—. No lo hice. Soné brusco, pero le pedí perdón después. Intentaba hacerle ver que no iba a dejarle echarse atrás ahora que habíamos dado el paso. Puede que no eligiese bien las palabras, pero Linds lo entendió.

—De acuerdo —tiene sentido, aunque por ahora lo tomaré como la confesión de un borracho. Habrá que retomar el tema más adelante, cuando esté sereno— ¿Por qué dices que es culpa tuya que Lindsey esté desaparecida?

Colin sirve el café mientras hablamos y le pido a Craig que se siente. Está tan alterado, que no ha visto a su amigo hasta que se acercó con la bandeja.

—Quise quedar con ella antes de la cena —repite—, pero cuando se cabreó conmigo por insistirle tanto, lo dejé estar. Quería darle su espacio para que no saliese huyendo...

—Se lo diste. No fue...

—Si hubiese insistido en ir a por ella —me interrumpe—, nadie se la habría llevado. Es culpa mía. No debí dejarla sola esa noche.

—Craig —trato de tranquilizarlo—. Eso no...

—¿Dices que ese tipo me acusó de amenazarla? —me pregunta de repente, mirándome con los ojos totalmente despejados—. Deberías preguntarle por qué la observaba a todas horas en el gimnasio. O por qué siempre aparecía por allí cuando estaba ella...

—Lindsey va todos los días a trabajar —Colin no puede callar ante eso.

—Pero ese tipo entra a la misma hora que ella y se va junto a ella —lo mira enfadado—. Tú lo sabes tan bien como yo. Lo has visto observarla por horas.

—Eso no es novedad en lo referente a ella, la mayoría lo hace.

—Pero él está todo el tiempo mirándola. Y si eso no fuese ya raro de por sí, cuando nos lo cruzamos aquella mañana en el parque, Lindsey se tensó tanto que creí que echaría a correr. No sé qué ocurrió con él, pero le tenía miedo —pasa las manos por su rostro demacrado y luego despeina su cabello en un gesto desesperado—. Debí verlo antes. Debí preguntarle.

—Craig, no fue culpa tuya —tiendo una mano hacia él y aprieto su brazo—. No te martirices por eso.

—No es tan fácil de hacer.

—Deberías empezar por borrar el mensaje autoinculpándote.

—¿Qué mensaje? —me mira desconcertado.

—El mensaje en el contestador —le recuerdo.

—¿De qué hablas? —mientras pregunta, busca su teléfono. Colin lo encuentra antes que él y se lo entrega para que escuche la grabación—. Ni siquiera lo recuerdo. Joder, es mi voz, pero... no sé cuándo lo hice.

—El alcohol es mal consejero —le responde Colin—. Si estabas tan mal, debiste decírmelo, Craig. Me habría quedado contigo.

—Debes atender tu negocio —niega.

—Los amigos siempre irán en primer lugar.

Miro disimuladamente hacia él, porque estoy descubriendo a un Colin muy diferente al que creía conocer. Empiezo a pensar que lo juzgué muy duramente solo por ser el dueño de un gimnasio y me siento una miserable. En mi trabajo me jacto de ser la más imparcial y resulta que no he sabido aplicarlo a mi vida personal.

—Entonces —intento llevar la conversación de nuevo al terreno de la investigación—, dices que Lindsey le tenía miedo a Stern.

—No sé cómo se llama, pero estoy seguro de que pasó algo entre ellos que la asustó. Justo después de nuestro encuentro con él, me preguntó si su rutina diaria era previsible.

—Lo era —respondo rápidamente.

—Me puso de excusa, pero ahora empiezo a pensar que fue por él. Tal vez aquella no era la primera vez que se lo encontraba. Te juro que si lo tengo delante...

—Yo me encargaré —lo interrumpo—. Si ese hombre la acosaba, lo averiguaré. Pero tú no harás nada en su contra, ni siquiera te acercarás a él.

—No puedes pedirme que...

—No te lo estoy pidiendo, Craig —no le dejo terminar tampoco esta vez—. Te lo está ordenando la inspectora Carson, no tu amiga Sheila. Si me entero de que te acercas a él, te encerraré en una celda por obstaculizar la investigación. Y eso va por ti también, Colin. Yo llevo el caso y yo haré lo que sea necesario para encontrar a Lindsey. Si os veo merodeando por donde no debéis, os arrestaré a ambos. ¿Entendido?

—Entendido —asienten los dos al mismo tiempo. Aunque algo me dice que tendré que recordárselo en más de una ocasión.

10

LINDSEY

No he vuelto a saber nada de quien nos retiene después de que me trajese la comida. Claro que han podido pasar solo un par de horas, aunque lo dudo porque después de comer, me he dormido. Supongo que estaba muy cansada.

Ahora, sin saber cuánto tiempo he dormido, me paseo de un lado a otro en mi celda, no puedo llamarla de otro forma, sin saber qué hacer para no agobiarme con las posibilidades de lo que me espera y para no regresar a la puerta e interrogar a las chicas. No sé si es día o noche, no sé si duermen o solo están en silencio, esperando como yo.

No quiero despertarlas, si ese fuese el caso, solo para calmar mi ansiedad, así que hago estiramientos para entretenerme, pues siento mi cuerpo un poco entumecido, y también realizo mis golpes en el aire a falta de un saco o una pera. Si no puedo salir de aquí por mis propios medios, al menos me mantendré en forma para tener una oportunidad de escapar si se llegase a presentar la ocasión.

—¿Qué haces? —escucho la voz de Lorie y dejo de entrenar.

—Preparar mi cuerpo para que responda cuando sea necesario —me acerco a la puerta para oírla mejor—. Creí que estaríais durmiendo.

—¿Sigues pensando en escapar? —suena preocupada.

—Por supuesto —respondo con convicción—. Mientras haya una mínima posibilidad, no me quedaré de brazos cruzados. Puede que nos trate bien, como dices, si seguimos sus normas, pero eso no lo convierte en un buen hombre. Nos ha secuestrado y nos retiene aquí en contra de nuestra voluntad. Merece ser castigado por ello.

—Las demás tienen miedo de que lo intentes y fracasas.

—Si no lo intento, fracasaré seguro.

—Si... —noto cómo vacila y espero a ver si se atreve a decir lo que está pensando—. Si vas a escapar...

—Os llevaré conmigo —digo, creyendo que eso es lo que quiere saber.

—No —su respuesta rápida me sorprende—. No debes hacerlo.

—¿Por qué?

—Debes ir sola. Será más fácil que lo consigas yendo tú sola.

—No voy a abandonaros, Lorie.

—No nos abandonas. Vas a buscar a quien pueda detenerlo.

—¿Y si os hace algo mientras no consigo volver con la policía? —niego mientras hablamos, aunque no pueda verme—. No voy a darle esa oportunidad. Lo noquearé primero si es necesario y luego os liberaré a todas. Podremos huir juntas y...

—No, Lindsey —me interrumpe—. Si quieres que te enseñe cómo hacer que baje la guardia para que puedas escapar, has de ir sola.

—¿Por qué no queréis ir conmigo?

—Las demás no te ayudarán porque tienen miedo por ti —evita mi pregunta—. Y yo lo haré si me prometes que te irás sola.

—Lorie...

—Es mi condición, Lindsey —insiste—. No debes buscarnos. Huye y trae a la policía para que lo detengan.

—No lo entiendo.

—Tú acabas de llegar. Tienes fuerza para derribarlo si baja la guardia y resistencia para salir corriendo y que no te alcance —me explica—. Debes ir sola.

—Aún así, no lo conseguirá —Alanna es quien habla ahora—. Ni siquiera sabe dónde estamos ni si habrá gente cerca. Aunque lograrse salir de aquí, podría acabar perdida o muerta incluso si él no le diese alcance. Es un plan suicida.

—Suicida es quedarse aquí, Alanna —le replico, molesta—. ¿Quién nos asegura que no se vuelva loco y acabe matándonos? No puedes fiarte de alguien como él.

—Tú no sabes nada —me dice—. No sabes lo que hemos pasado ni lo que ha sido tenerlo delante, mirándolo a los ojos y viendo solo locura. No has temido por tu vida después de incumplir una de sus normas, incluso cuando no la conocías. No...

—Ya basta, Alanna —Lorie la detiene—. Vamos a ayudar a Lindsey a escapar porque no queremos que pase por nada de eso. Sabes que ella tiene

más posibilidades de lograrlo de las que tuvimos cualquiera de nosotras.

—La estarás enviado a su muerte, Lorie.

—Eso debo decidirlo yo —intervengo—. Lo haré, con o sin ayuda.

—Estás loca —me dice Alanna—. Más loca que él.

—Es el miedo el que habla por ella —Lorie se escucha apenada—. Se le pasará. Estoy segura de que nos ayudará en cuanto vea que tú puedes hacerlo.

No digo nada más. Quiero escapar de aquí, pero no me gusta la idea de dejarlas atrás. Tantas cosas pueden salir mal si las abandono. No quiero que se ensañe con ellas si consigo huir y averigua que me ayudaron. Y si no lo consigo, odiaría que les diese un escarmiento también a ellas por mi culpa.

—Sé que lo lograrás, Lindsey —continúa hablando, al ver que no digo respondo—. Pero primero tendrás que demostrarle que no vas a intentar escapar. Y ahí es donde nosotras entramos. Te enseñaremos lo que debes hacer para contentarlo y que baje la guardia contigo antes de que pierdas más fuerza.

—Ya —respondo, liberando el aire que retenía en los pulmones—. Entiendo lo que quieres decir.

Lo que no lo hace más fácil, porque mi mente me grita que no sea dócil con él, que me rebele y luche.

—Solo tiene tres normas que debes cumplir —me dice ahora—. La primera...

—¿No tiene nombre? —la interrumpo, sintiendo curiosidad.

—Su primera norma es que nunca debemos hablar —ignora mi pregunta—, salvo que nos pregunte algo directamente.

—Entendido —aunque no quiere decir que me guste.

—La segunda es que debemos obedecer en todo y al momento.

—Como no —no puedo evitar el sarcasmo—. Y la tercera, lamer el suelo que pisa. Este hombre es...

—La tercera es no intentar escapar.

—E incumplir sus normas conllevará a un duro castigo —añade Nora. Habla poco y su voz suena débil cada vez que lo hace. Algo me dice que es quien más tiempo lleva aquí dentro, pero no me atrevo a preguntarles el orden en que llegaron.

—De alguna forma tiene que mantenernos a raya —les digo—. Si tampoco nos permite hablar entre nosotras, es para aislarnos. Los maltratadores hacen eso con sus víctimas.

—Si le obedeces, te tratará bien —insiste Lorie.

—Y si no lo haces, te castiga —concluyo—. Eso es lo que se hace con los niños. Está tratando de educarnos conforme a lo que él espera de nosotras. No sé qué busca, pero...

—Está buscando a su mujer ideal —me interrumpe Alanna, que todavía suena enfadada—. Intenta convertirnos en ella. Y si no lo consigue, seguirá trayendo mujeres para...

—Pues por eso debemos detenerlo —la interrumpo yo ahora.

—Si lo intentas y fracasas, acabarás...

—Ya basta —Lorie detiene nuestra disputa y siento que ha sido a propósito, como si no quisiese que supiese lo que iba a decir—. Si no quieres ayudarnos, no lo hagas, Alanna, pero tampoco te inmiscuyas.

—Estáis cometiendo un error.

—Ella puede lograrlo.

—Es...

Alanna se interrumpe y ninguna vuelve a hablar. Cuando abro la boca, dispuesta a preguntar qué ocurre, los escucho. Son pasos y cada vez están más cerca.

Retrocedo lentamente hacia la cama, sin retirar mi mirada de la puerta. Retengo el aire en mis pulmones al escuchar el ruido de la llave en la cerradura y pego la espalda contra la fría pared de piedra. Esta vez no podré fingir que duermo cuando entre y mis músculos se tensan, dispuestos a actuar si debo defenderme.

Mis ojos se abren al ver a un hombre vestido de negro y con una máscara ocultando su rostro. Clava su mirada en la mía, después de cerrar la puerta tras él, y me descubro mirando a la más absoluta oscuridad. Todo en él grita peligro y aún así, noto cierta familiaridad en sus ojos, que hace que mi ceño se frunza. Sé que he visto esos ojos negros en alguna parte.

—Estás despierta —la máscara distorsiona su voz.

No me atrevo a hablar, no porque recuerde sus normas, que se supone que no debería conocer, sino porque su mirada me tiene totalmente paralizada. Mi mente busca una solución al acertijo que plantean, pero soy incapaz de dar con ella.

—Te traigo ropa limpia —ni siquiera me había fijado en que tenía algo en las manos hasta que las extiende hacia mí—. Cámbiate.

¿Qué me cambie con él mirándome? Mi ceño se frunce más al imaginar cuánto disfrutará de las vistas. No estoy dispuesta a darle esa satisfacción, así que tomo la ropa de sus manos y la aprieto contra el pecho mientras lo

observo fijamente. Me sostiene la mirada, supongo que esperando a que me cambie, pero no lo haré.

—Para que esto funcione —me dice entonces—, debes cumplir tres normas. No hablar si no te pregunto antes, obedecerme siempre y con rapidez, y no intentar escapar. Si me complaces, yo te recompensaré.

No me dice lo que pasará si no lo hago, aunque tampoco hace falta, porque de alguna forma, ha logrado hacérmelo entender sin palabras. Incluso si mis compañeras de encierro no me lo hubiesen comentado ya, lo habría sabido igualmente.

—Pues castígame —digo, desafiante— porque no voy a quitarme la ropa delante de ti.

Casi espero verlo perder los estribos y atacarme, pero se limita a observarme, lo que me pone más nerviosa todavía. Regreso a la pared del fondo, como si alejarme pudiese protegerme de alguna manera, aunque está claro que no lo hará. Ni siquiera sé por qué lo desafié, si ahora reculo de esta manera. Pero es mi cuerpo, que actúa por instinto. De sus ojos, severos, mana una fría determinación que destruye la mía poco a poco.

—Lindsey —mi nombre, dicho solo en susurros, suena como una caricia en sus labios. Aún así, me niego a desvestirme mientras siga mirando.

Se acerca a mí y sujeto con más fuerza la ropa contra el pecho, a modo de escudo protector. Su mano viaja hasta mi rostro y me tenso, esperando recibir un golpe, pero sus dedos solo acarician mi mejilla, con una dulzura que me sorprende.

—Eres tan perfecta, Lindsey —dice, tomando un mechón de pelo rebelde—. Tú eres la indicada. Siempre lo fuiste aunque... Voy a tener más paciencia contigo. No fallaré más.

¿Qué quiere decir? ¿En qué falló con las otras? Si tenía dudas, ahora estoy segura de que el miedo que tienen, no se debe a la promesa de lo que pueda hacerles si incumplen sus normas, sino a lo que ya les ha hecho. Estoy convencida de que Alanna debió intentar escapar en algún momento y que él la atrapó y la castigó duramente por ello.

—Cámbiate de ropa y te mostraré la sorpresa que tengo para ti.

—No delante de ti —me atrevo a decir aún teniéndolo tan cerca. Si pretende lastimarme, no se lo pondré fácil.

Veo cómo inspira profundamente y cierra los ojos al liberar el aire. Está luchando contra el enfado y aunque tenga miedo de sobrepasar el límite de su tolerancia, siento que si consigo que ceda en esto, habré ganado.

—Confiaré en ti —dice, antes de darse la vuelta y alejarse unos pasos—. Adelante.

No es el triunfo que esperaba, pero supongo que debería estar agradecida de no haber muerto. Provocar a un hombre que no sabes cómo reaccionará, no es sensato. Y menos después de que te digan que podría hacerte mucho daño.

Me visto mientras miro a su espalda y por un segundo, siento la tentación de empujarlo y salir corriendo. Si no lo hago, es por la puerta, que permanece cerrada. Abrirla me costaría un tiempo y un esfuerzo que no sé si merecería la pena perder. Se ve muy pesada y temo que no llegaría lejos aunque lograra sorprenderlo, así que esperaré a otra ocasión más propicia. Porque no voy a desistir de mi idea de huir.

No me apetece hablar de nuevo con él, así que le lanzo la ropa sucia a los pies, para que sepa que ya he terminado. Lo que me ha traído me siento como un guante y me pregunto si lo habrá elegido a ojo o aprovechó que estaba sedada para asegurarse de la talla que uso. Pensar que haya podido ver mi cuerpo mientras dormía me da escalofríos. ¿Y si abusó de mí?

—Gracias, Lindsey —se inclina para recoger la ropa y cruzo los brazos en mi pecho, como si eso me protegiera de su mirada. Y de lo que acabo de pensar—. Ahora ven conmigo.

Abre la puerta y puedo ver cómo sus brazos se hinchan con el esfuerzo. Creo que tendré que ejercitarme más para poder moverla, si alguna vez se diese el caso. Luego saca un lazo, que parece de seda, de su bolsillo y me indica que me acerque. Recuerdo que las otras dijeron que siempre se las llevaba con los ojos vendados y no me hace gracia depender de él para moverme, pero tal vez lo haya desafiado ya suficiente, así que me acerco y le doy la espalda. De un rápido y ágil movimiento, cubre mis ojos con el lazo y lo asegura en mi nuca. Siento sus manos sobre mis hombros y me tenso.

—Es un ejercicio de confianza —me susurra al oído—. Yo cuidaré de ti para que no te golpees, pero debes dejar que te guíe.

Sé lo que pretende. Yo uso una técnica similar en el gimnasio con mis chicos para fortalecer su confianza. Llevarnos a ciegas para que tengamos que rendirnos ante él, sirve para moldear nuestra actitud poco a poco. Si hace esto a diario, acabaremos por normalizarlo y nos resultará más fácil aceptar sus órdenes. Este hombre sabe usar la psicología. Es peligroso.

Aunque no puedo ver, siento que nos estamos adentrando en el interior de este lugar. Es muy complicado orientarse cuando falla la vista, pero mi

padre me enseñó a potenciar todos mis sentidos y lo aprovecho para intentar identificar algún sonido en particular o corrientes de aire que me sirvan para saber por dónde vamos y cómo regresar sin ayuda, en caso de que fuese necesario.

—Ya casi llegamos —va detrás de mí y en ocasiones noto cómo su pecho se roza con mi espalda. Esa es otra técnica para crear confianza—. Lo estás haciendo muy bien, Lindsey.

Al usar mi nombre, pretende crear un vínculo de unión o de intimidad entre nosotros y me gustaría decirle que sería más útil si yo tuviese un nombre para él, pero prefiero no darle más ideas. Porque aunque sé lo que pretende y estoy alerta para no caer, no me siento tan nerviosa ni tengo tanto miedo. Eso es parte de su objetivo, así que no lo está haciendo mal del todo.

—Bien, ya hemos llegado —siento cómo se coloca frente a mí—. Ahora voy a quitarte la venda. Mantén los ojos cerrados para que la luz no los dañe y ábrelos poco a poco.

Su voz suena dulce y acuna mis oídos. No desentona y ninguna nota es más alta que la otra. Es como si tratase de seducirme con sus palabras. Y puede que lo hubiese conseguido si no me hubiese quitado la venda tan rápido, porque al abrir los ojos, mi boca lo hace también, y no por encontrármelo tan cerca de mí, sino por lo que veo tras él. Mi corazón se acelera y se me entrecorta la respiración. Pruebo a parpadear varias veces por si mi vista me estuviese jugando una mala pasada, pero todo sigue ahí.

—¿Qué diablos es esto? —consigo decir, sin dejar de mirar a mi alrededor— ¿Es acaso una broma macabra? Esto no... no puede ser...

—Creí que así te sentirías más cómoda, Lindsey. Y que sería más fácil que...

—Esto no está bien —me enfrento a él, sin importar si lo enfado o no—. Nada de esto está bien, maldita sea.

—¿No te gusta? —me enerva que siga usando ese tono pausado conmigo y quisiera golpearlo—. Puedo cambiar todo lo que tú quieras. Tal vez se me haya escapado algún detalle que...

—¿Qué se te ha escapado algún detalle? —lo interrumpo—. Casi tengo miedo de mirar en el fregadero por si está la taza que dejé allí antes de salir de mi casa el día que... el día que tú...

Si no supiese que este hombre me ha raptado de mi casa, diría que estamos discutiendo en ella. Todo, absolutamente todo, es igual que en mi piso.

—¿Cómo puedes haberla recreado tan fielmente? —pregunto, mientras retrocedo al ver que se acerca a mí— ¿Cuánto tiempo te ha llevado hacer todo esto? ¿Cuándo estuviste en mi casa? ¿Por cuánto tiempo? ¡Oh, Dios mío! ¿Acaso estaba yo dentro?

11

—Solo quería que te sintieses a gusto a mi lado, Lindsey —dice, intentando acercarse más—. Pero si esto te perturba, dime lo que quieres y te lo daré.

Mi vista recorre la habitación sin llegar a creerme lo fiel que es la reproducción. Veo la televisión y temo encenderla por si está en mi canal de series favorito. Mucho menos me atrevo a acercarme a la estantería del fondo, por si están ahí todos mis libros. Por si son reales y no meras copias de cartón.

Me muevo, para evitar que me toque, pero también porque soy incapaz de controlar mi curiosidad. Cada detalle, por nimio que sea, hace que parezca que estoy en mi casa y no en algún lugar, a saber dónde, secuestrada por un loco.

—He pensado que si estás en un entorno conocido, sería más fácil y cómodo ir conociéndonos —sigue hablando, pero apenas le escucho, asombrada de lo que ven mis ojos—. Sé que puede ser un poco desconcertante al principio, pero nos ayudará a incrementar tu confianza en mí, Lindsey.

Toda la calma que sentí mientras veníamos, se ha evaporado en segundos. Ahora solo están el miedo y la desconfianza. Por más que él haya dicho que esto es precisamente para eliminar esos sentimientos, solo ha conseguido aumentarlos.

Finalmente me atrevo a coger un libro de la estantería, no se ha olvidado ningún título, y lo abro. Es real y huele a nuevo. Y yo me pregunto quién, en su sano juicio, gastaría una fortuna en recrear el hogar de otra persona. La respuesta llega sola: nadie.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lindsey? ¿Qué debo hacer para que desaparezca esa expresión de miedo de tu rostro?

—Quiero irme a mi casa. A la de verdad —ni siquiera pienso en que pueda no gustarle oírlo. Las palabras salen de mi boca de forma automática.

—No —su grito me sobresalta y me pego a la pared, provocando que varios libros bailen en la balda de la que retiré el otro. El mismo que ahora yace en el suelo, a mis pies. Después lo veo inspirar profundamente antes de continuar—. No me pidas eso, Lindsey. Sabes que no puedo hacerlo. Te necesito conmigo. Eres mi todo.

—¿Tu todo? Si ni siquiera me conoces —frunzo el ceño, porque la sensación de familiaridad en sus ojos regresa.

—Lo sé todo de ti, Lindsey —responde—. Tu trabajo, tu rutina, tus amistades. Todo. Te he estado observando, estudiando cada uno de tus movimientos durante mucho tiempo. Esperaba que algún día me vieses como yo te veo, pero parecías ignorarme.

—¿Te conozco? —pregunto, aunque tengo la impresión de que está muy lejos ahora mismo y dudo que me oiga.

—Eras amable —continúa—, porque tú siempre lo eres, con todo el mundo. Siempre tienes la sonrisa en los labios y una palabra agradable para alegrar el día a los demás. Y te preocupas por tu gente. Cuidas de ellos. Los proteges y los ayudas a mejorar cada día.

—¿Te conozco? —repito.

—Yo quiero eso, Lindsey —ahora me mira y me acobardo al ver la locura en sus ojos—. Eres perfecta. Por dentro y por fuera. Eres la mujer que he estado buscando toda mi vida. Seremos felices juntos. Yo ya lo sé y, pronto, también tú lo entenderás. Estábamos predestinados. A pesar de todas las trabas que he tenido que superar para llegar a este momento, sabía que tú serías mía finalmente. Ha merecido la pena la espera.

Mientras habla, recorre la distancia que nos separa y acaricia mi mejilla sin que oponga resistencia. Tengo miedo a que se enfade conmigo si lo rechazo y por eso le dejo hacer. Con sus palabras, empiezo a comprender por qué a Alanna le asusta. Está lo suficientemente perturbado como para hacernos daño en caso de que las cosas no salgan como él quiere. Y aunque me muero por preguntarle qué pasa con las demás, si también forman parte de ese destino del que habla, guardo silencio por la promesa que les hice.

—Si realmente fuese cierto que estábamos predestinados —digo al fin —, nada de esto sería necesario.

—Lo es —gira sobre sí mismo, señalando con sus brazos la copia de mi casa—. Fuera de aquí, las distracciones son demasiadas. Tú no me verías

nunca.

—Entonces no...

—Era necesario, Lindsey —me interrumpe y noto la advertencia en el tono de su voz. No quiere que le lleve la contraria.

Guardo silencio y él asiente pasados uno segundos, conforme.

—Tomemos un té mientras hablamos —dice entonces, mientras se dirige a la cocina—. Tengo tantas preguntas que hacerte.

Quiero replicarle sobre el hecho de que hace apenas unos minutos me aseguró que me conocía bien, pero me contengo. Tampoco lo sigo, sino que coloco en la estantería el libro que se me cayó antes. Y aunque sé que no va a estar, busco detrás de mi serie policiaca favorita, el arma que guardé a insistencia de Sheila hace un par de años.

Me perturba el hecho de que todo sea exactamente igual que en mi casa y hace que me pregunte por todas esas veces en que habrá entrado sin que yo lo supiese. Y por si yo he estado allí cuando lo hacía. ¿Me habrá observado mientras dormía? ¿O mientras me paseaba en ropa interior? Y, ¿cómo hacía para entrar sin que sospechase de que alguien se paseaba por mi casa como si fuese suya? Nunca vi nada fuera de su sitio ni tampoco noté que la puerta o alguna ventana fuesen forzadas. ¿Significa eso que tenía la llave? Pero, ¿cómo? ¿Por qué? Son tantas preguntas... Y aunque siento curiosidad por saber, me aterra encontrar las respuestas.

—Lindsey —me llama, usando de nuevo ese tono aterciopelado con el que pretende ganarse mi confianza y colaboración.

Me giro hacia él, sobresaltada al escuchar su voz. Su mirada dice que sabe lo que estaba buscando y la mía intenta ocultar la decepción que siento porque el arma no esté en su sitio.

—Ven —me pide, esperando obediencia absoluta.

Por un momento, mi cuerpo reacciona a la firme suavidad de su voz y doy un par de pasos hacia él. Sin embargo, me freno al ver lo que estoy haciendo.

—Por hoy ya has transgredido suficiente las normas, Lindsey —me dice, sin mirarme, consciente de que me he detenido—. Te lo perdonaré porque estás desorientada y confundida por la novedad de tu situación. Ahora, ven a tomar el té conmigo.

Sé que ha sido un toque de atención y que debería obedecerle si no quiero enfadarlo, pero mi cuerpo se niega a moverse. Cierro los puños a mis costados e inspiro profundamente para tratar de relajarme. Estoy tan tensa

que podría romperme si me golpean con suficiente fuerza. Pero cuando saca mi tazón favorito del estante donde suelo guardarlo y veo la mancha imborrable que tiene en el lateral, colapso. Esto es demasiado.

—Quiero volver a mi celda —le pido. Seguir aquí me asusta tanto que comienzo a temblar, y rodeo mi cintura con mis brazos, como si así pudiese protegerme de esto. De él.

—No es una celda, Lindsey —noto la ira contenida en su voz y juraría que tiene el ceño fruncido ahora mismo, aunque con la máscara es imposible saberlo.

—Quiero volver —repito, omitiendo esa palabra, pero dándole una mirada que dice mucho más—. Ahora.

Achina los ojos bajo la máscara y aprieta los puños a sus costados. Por un momento, temo haberme excedido. Cuando se acerca a mí, siento el deseo de golpearlo con fuerza y salir corriendo de aquí, pero recuerdo que no soy la única que está encerrada en este lugar. No las abandonaré, por más que me Lorie me haya hecho prometer lo contrario. Si me voy, me las llevaré conmigo.

—No debes provocarme así, Lindsey —dice, una vez frente a mí—. Quiero que esto salga bien, pero mi paciencia tiene un límite y tú pareces dispuesta a sobrepasarlo. No lo hagas tan difícil. No siempre podré ser tan comprensivo como hoy.

—Quiero volver —repito, aunque mi voz ya no suena tan firme.

—No hables si no pregunto antes —grita ahora, asustándose—. Obedece siempre con rapidez. No intentes escapar. ¿Tan difícil es para ti cumplir esas tres simples normas, Lindsey?

He ido retrocediendo mientras enumeraba sus normas y me tiene contra la pared ahora. Nunca he sido una mujer que se asuste con facilidad y me vanagloriaba de reaccionar bien ante las amenazas, pero ahora mismo estoy temblando de pies a cabeza.

—Por favor —digo en un último intento por quedarme sola.

Ya no es que me asuste todo lo que he visto desde que me sacó de la celda o su modo de comportarse conmigo, unas veces tan solícito y otras como un tirano, sino que me siento saturada de información y necesito tiempo para procesarla. Si no me voy ya, cometeré un error peor que el de contradecirlo. Si no regreso a mi celda ya, los temores de Alanna se harán realidad conmigo.

—Vamos —dice finalmente, tomándose del brazo bruscamente.

Me clava los dedos y gimo sin poder evitarlo porque me hace daño, pero no afloja. Y aunque mi intención es protestar, no lo hago porque, en su enfado, se ha olvidado de vendar mis ojos.

Está oscuro, sin embargo, unas pequeñas luces en las paredes de la cueva nos permiten ver por dónde vamos. Una cueva que, a juzgar por su aspecto, es natural. Algunos podrían decir que es una buena pista para saber dónde estamos, pero en Escocia hay cientos de cuevas, lo que no me aclara nada, salvo que escapar no será tan fácil como creía. Podríamos estar en medio de ninguna parte, lejos de todo rastro de civilización. Aunque lográsemos salir de aquí, tal vez no obtendríamos ayuda tan rápido como esperaba. Golpearlo y echar a correr no es una opción tan factible. Debemos planearlo mejor. Pero cuando empiezo a pensar en cómo hacer, mis ojos divisan el último tramo del camino y se agrandan por la sorpresa. Hay al menos media docena de puertas repartidas en ambos lados del corredor, aunque no soy capaz de contarlas todas porque aquí la iluminación es escasa. Y aunque solo tres mujeres me han hablado hasta el momento, por lo que deduzco que no debe haber más, me pregunto si estuvieron ocupadas en algún momento o si lo estarán en un futuro próximo. El terror se apodera de mí al pensar en ello.

—Entra —me empuja dentro de mi celda, consiguiendo que trastabille—. Un par de días pensando en ello será suficiente para que comprendas que debes obedecer mis normas. No me provoques, Lindsey. Quiero hacerlo bien contigo.

Me limito a ver cómo cierra la puerta tras él y me deja sola al fin. Por el ruido de sus pasos, diría que está muy enfadado, sin embargo, no me ha hecho nada, salvo un par de moratones en mi brazo por apretarlo demasiado fuerte. Si es cierto que no quiere perder la compostura conmigo, tal vez pueda usarlo en mi beneficio para intentar liberarnos a todas.

—Chicas —las llamo, después de esperar unos cuantos minutos por si todavía estuviese cerca— ¿Estáis ahí?

El silencio tras la puerta me asusta más de lo que lo hizo él. Estar sola sería el peor castigo que podrían imponerme ahora mismo. Se han convertido en mi anclaje con la realidad, con la libertad. Con ellas a mi lado, siento que tengo un motivo para salir de aquí cuanto antes. Merecen escapar de este terror.

—¿Estás bien? —pregunta Lorie. Suena realmente preocupada, pero yo me siento aliviada al escucharla.

—Sí. No me hizo nada —froto mi brazo inconscientemente.

—Pero te lo hará si lo provocas de nuevo —responde Alanna—. Te avisamos de que le obedecieses en todo y no has hecho más que desafiarlo. Pagarás las consecuencias.

—No voy a provocarlo más —les aseguro—. Le seguiré el juego hasta que baje la guardia. Si es cierto que no quiere hacerme daño, es posible que pueda utilizarlo contra él para...

—Abandona esa idea, Lindsey —me corta Alanna—. No vayas por ahí. No te engañes a ti misma de ese modo. Puede que quiera que sea diferente contigo, pero si lo enfadas de verdad, se le olvidarán sus buenos deseos.

—Entonces procuraré no enfadarlo —digo, molesta—. Confía un poco en mí, Alanna. Puedo hacerlo.

—Claro que puedes —Lorie interviene, como siempre, para que no sigamos discutiendo—. Y me parece una buena estrategia. Si baja la guardia, será más fácil para ti escapar.

Para nosotras, pienso, aunque no lo digo en alto. Necesito que me hablen de él, que me digan todo lo que hayan averiguado en este tiempo para buscar algo que pueda usar en su contra. Un punto débil.

—Saldrá mal —insiste Alanna—, pero creo que no desistirás...

—No —corroboro, sin dejarle terminar la frase.

—Entonces vas a tener que hacer todo lo que te pida, por muy en contra que estés, o no lo conseguirás nunca.

Y en los siguientes días, me hablan de él y responden a todas mis preguntas, aunque no me quito de encima la sensación de que me ocultan algo.

12

SHEILA

Pedir una orden de registro para la casa de Gary Stern resultó más complicado de lo que esperaba porque su coartada para la noche de la desaparición de Lindsey era cierta. Sin embargo, el hecho de que Craig insistiese tanto en que había sucedido algo con él y mi amiga, y el modo en que Stern intentó desviar mi atención cuando hablamos, además de hacerme creer que solo coincidía con ella en el gimnasio, me dieron la clave para lograrlo. Creo que nunca antes había sacado tanto de quicio a mi jefe como estos días, pero la orden ya es mía y voy camino de su casa para saber de una vez por todas lo que oculta este hombre.

—Como te hayas equivocado —me dice Steve—, tendrás muchas explicaciones que darle al jefe.

—Eso —lo miro con mala cara—, tú dame ánimos.

—Tiene una coartada sólida —continúa, mientras mis ganas de pegarle aumentan—. Es imposible que haya sido él.

—¿Y si sus amigos mintieron para protegerlo? ¿No has pensado en ello? Además, el camino de Glasgow a Edimburgo no lleva más de una hora y según su versión, tardó bastante en llegar a casa. Ese es un tiempo que...

—Eso no prueba nada —me interrumpe—. A mi padre le lleva casi dos horas porque no le gusta correr con el coche.

—Está bien —desisto, al ver que no me dará la razón—. Veamos qué hay en su casa y si he metido la pata, ya lidiaré con las consecuencias.

Ni siquiera sé por qué me molesta tanto que me diga que me he equivocado. O tal vez el problema radica en que me he centrado tanto en probar que Stern es nuestro hombre, que me asusta pensar que no sea culpable, porque todas las pistas conducen a él y a Craig. Mi instinto nunca me ha fallado y sé que Stern oculta más que el hecho de haberse cruzado con Lindsey fuera del gimnasio, pero me preocupa que no sea lo que yo espero.

Si es inocente, Craig se convertirá en el único sospechoso y no me gusta. Tampoco lo veo capaz de fingir de un modo tan magistral unos remordimientos que no siente. Además, desde el incidente del mensaje, Colin y Owen no lo dejan solo en ningún momento, por lo que no ha podido ir a ver a Lindsey donde sea que está retenida. Porque todavía no estoy dispuesta a asumir que mi amiga pueda estar muerta. No es una opción factible.

—Señor Stern —golpeo la puerta con los nudillos, después de que me haya encontrado el portal abierto. No vive muy lejos del piso de Lindsey, lo que me hace sospechar que no es una casualidad.

—Tal vez no esté en casa —sugiere Steve.

—Parece que te has levantado con la vena pesimista hoy —bufo.

—¿Cómo dices tú siempre? —finge pensar—. Ah, sí. Soy realista.

—Eres un... —no termino mi insulto, porque Stern aparece justo por detrás, cargando con un par de bolsas del supermercado.

—¿Qué ocurre? —sus nervios lo delatan y me siento más segura. Sé que encontraremos algo en su casa que lo incrimine.

—Traigo una orden de registro —le digo sin preámbulos.

—¿De registro de qué? —se hace el tonto.

—De su casa, señor Stern —responde Steve, en un tono pausado que me recuerda al que se usa para hablar a los niños—. No queremos quitarle demasiado tiempo así que, si es tan amable de abrirnos la puerta, se lo agradecería. Si antes empezamos, antes terminaremos.

—¿Sigo siendo sospechoso? —parece dispuesto a retrasarnos—. ¿Y qué pasa con el hombre que la amenazó? ¿A él también lo han registrado? No creo que...

—Señor Stern —lo interrumpo—, la orden nos otorga el derecho a entrar, tanto si quiere como si no. Entretenenos no servirá de nada. Si no le interesa tener que llamar a un cerrajero más tarde, abra la puerta para...

Antes de que pueda terminar, Stern deja caer la compra al suelo y corre hacia las escaleras. Lo seguimos al momento, mientras Steve le pide que se detenga. Es solo el protocolo, porque nunca hacen caso de las advertencias.

Ya en la calle, se lleva una sorpresa al ver a los agentes que nos esperan en el coche patrulla y que salen tras él también. Aún así, consigue escabullirse y lo perseguimos por un par de calles antes de acorralarlo y de que mi compañero lo derribe cuando intenta escalar el muro. Le leo sus derechos y coloco las esposas en sus manos. Sea cual sea el motivo por el que huyó, se ha ganado un viaje a comisaría como mínimo.

—Yo no le hice nada —repite de regreso a su piso y suena como si se estuviese anticipando a lo que ocurrirá cuando entremos en su casa—. Jamás la toqué ni me la llevé. No tengo ni idea de dónde está. Lo juro. Soy inocente.

—Eso ya lo veremos, Stern —dice Steve—. Ahora, abra la puerta.

Uno de nuestros compañeros se queda controlando que no se mueva del sofá donde Steve lo ha sentado, mientras los otros registramos cada habitación minuciosamente. No nos llevará demasiado tiempo porque es un piso pequeño, lo que hace que mis esperanzas de que sea el culpable disminuyan, con huida y todo. En un lugar así no hay mucho que esconder.

—Inspectora —me llama un compañero—, creo que debería ver esto.

Sigo su voz y me adentro en la habitación principal. Al verme, me señala el baño con la cabeza y camino hasta la puerta, que está abierta de par en par. No sé qué esperaba encontrarme, pero no lo que estoy viendo. Mi boca es incapaz de cerrarse, mientras mis ojos recorren el baño, que se ha convertido en una especie de altar. No se me ocurre otra palabra mejor para describirlo.

—Será hijo de puta —exclama Steve, que está a mi lado. Me ha seguido sin que me diese cuenta.

Stern ha empapelado todas las paredes con fotos de mi amiga. Mires donde mires, ahí está ella. En la mampara de la ducha, hay un mural donde aparecen lugares, fechas y horarios. Hasta yo recuerdo algunos de ellos porque me cité con Lindsey allí. Un escalofrío recorre mi espalda al comprender que ha estado vigilándola durante meses.

Abro el armario del espejo y en la parte interna, como colofón, descubro que ha compuesto un puzle con cientos de fotos de mi amiga, que forman su cara si las observas de lejos. A esto se le llama obsesión y es uno de los móviles más poderosos que hay para cruzar la línea entre lo legal y lo ilegal.

—Señor Stern —me acerco a él con paso apurado y el hombre se encoje en su asiento, intentando proteger su cuerpo de mí—. Va a tener que darme muchas explicaciones.

—No le he hecho nada —dice de nuevo—. Jamás la toqué. Yo...

—¿Cómo pretende que me lo crea? —lo interrumpo—. Por el amor de Dios, tiene usted el baño lleno de fotografías de la señorita Buchannan. ¿Acaso no sabe que acosar a la gente constituye un delito grave?

—Yo no la acosaba —se defiende, aunque no deja de cubrirse con los brazos, dando a entender lo contrario.

—¿Ah, no? —Steve lo levanta sin esfuerzo, tirando de él por las esposas

y comienza a caminar hacia la puerta llevándose a rastras—. Le explicaré por el camino lo que significa la palabra acosador y verá que lo es. Y más le vale que empiece a hablar y me lo cuente todo o me aseguraré personalmente de que no vuelva a ver la luz del sol en una larga temporada.

Steve está muy cabreado después de ver las fotos y no puedo culparlo, aunque no esté siendo todo lo profesional que debe. Ahora mismo, el policía que lleva dentro estará luchando con el hombre que es, para que este último no se apodere de él, y yo estaré al pendiente de lo que hace para poder evitarlo si sucede. Steve es un gran agente, de los mejores que he tenido el gusto de conocer, pero cuando se trata de violadores o de acosadores no controla su genio.

Su hermana fue raptada cuando tenía trece años por uno de sus vecinos, que abusó de ella durante varias horas antes de matarla de un fuerte golpe en la cabeza. Ella fue la razón por la que eligió esta profesión. Pretendía evitar que nadie más tuviese que pasar por algo así.

—¿Todo bien? —le digo en cuanto Stern está en el coche.

—Nada está bien, Sheila —me responde, pero veo en sus ojos la lucidez de quien controla la situación y me relajo. Sé que no cometerá ninguna estupidez por culpa del sospechoso.

—Pagaré por sus crímenes —añado, posando una mano en su brazo. *Si ha hecho algo más que observar a Lindsey*, pienso, aunque no lo digo para no meter más leña al fuego.

Hace un momento estaba segura de que encontraríamos algo que lo incriminase, pero ya no sé qué pensar. Si yo estuviese en su lugar y fuese culpable, me habría deshecho de todas las fotos en cuanto me interrogaron la primera vez. Así que ahora me pregunto si Stern es tan estúpido como para pensar que no lo investigaríamos después de corroborar su coartada o en verdad es inocente del secuestro. Lo que me devuelve al dilema inicial: quién ha secuestrado a Lindsey. Porque sigo creyendo que no fue Craig.

De camino a comisaría, después de que los de criminalística se acercasen a la casa en busca de más pruebas, mi cabeza no deja de darle vueltas al asunto. Sin embargo, cuanto más lo pienso, menos sentido le encuentro.

—¿No te parece un poco raro que no se haya deshecho de las fotos después de que lo interrogase en el gimnasio el otro día? —pregunto, mirando a mi compañero, que conduce atento a la carretera, sin perder de vista el coche donde viaja nuestro sospechoso.

—Algunos se creen intocables —me responde— y más listos que la policía. Tal vez solo pensó que desviando nuestra atención hacia Craig, estaría a salvo.

—Había muchas fotos de Linds —comento, no sé si para insistir en mi versión o solo para contrastar impresiones—. Tal vez ella lo vio en alguna ocasión y por eso le tenía miedo. ¿Habría intentado un acercamiento entre ellos?

—Los acosadores vigilan —aunque ya sé cómo funcionan, le dejo hablar— y estudian la rutina de la persona que ha llamado su atención. Se obsesionan con ella hasta el punto de que viven por esa persona y acaban creyendo que si no la consiguen, morirán. Y es ahí cuando pasan a la acción. Siempre lo hacen, Sheila. Jamás he detenido a un acosador que no haya pasado la barrera intentando acercarse más a la persona que deseaba. En la medida que sea, todos ellos lo intentan. Y por desgracia, algunos lo logran.

—Me pregunto si Stern lo logró —susurro, para que Steve no me escuche. Y ruego para que no fuese así, porque en la mayoría de los casos en que se apoderan de esa persona, la muerte es el fin más común.

13

A pesar de las protestas de mi compañero, decido entrar sola en la sala de interrogatorios. He visto el miedo que le tiene a Steve después de cómo lo metió en el coche y temo que si está presente, Stern no hablará. Además, no parece que vaya a colaborar por las buenas, así que no le daré otro motivo para negarse.

Sé que Steve le tiene muchas ganas desde que vimos todas las fotos de Lindsey, pero lo más importante ahora es dar con su paradero y, cuanto más tiempo tardemos en quitarle a Stern la información, menos posibilidades tendremos de recuperarla sana y salva. Si mi compañero no es capaz de entenderlo, no es mi problema. No sacrificaré la única oportunidad que tengo de que me diga dónde está mi amiga, por dejarle a él que lo interroge a su gusto.

—Estaré tras el cristal, observando —me recuerda, antes de que abra la puerta de la sala de interrogatorios.

Stern mira al frente y no deja de parpadear a mucha velocidad mientras sus manos, todavía esposadas, reposan en la mesa. Si no fuese por ese movimiento, pensaría que está en trance. Para ser un hombre que se veía nervioso cuando lo detuvimos, ahora muestra una calma difícil de imaginar en él. Ni si quiera creo que me haya oído entrar, de lo concentrado que parece. Daría el sueldo de un mes por saber lo que está pensando.

Me acerco y, antes de sentarme, lanzo la libreta sobre la mesa para captar su atención. Se sobresalta, pero al verme, parece que se relaja un poco. Si cree que seré más dócil que Steve, se llevará una desagradable sorpresa. Nunca me han gustado los interrogatorios, pero hago lo debo. Y soy buena en ello.

—No tiene antecedentes —finjo mirar su expediente, en el que no hay demasiado que ver, en realidad—. Ni una mísera multa de aparcamiento,

señor Stern.

—¿Eso es un delito?

—No lo es, desde luego —respondo—, pero hace que me plantee algunas cuestiones. Como, por ejemplo, por qué un hombre con una reputación intachable como la suya, la ensuciaría por una mujer. ¿Cuán perturbada está su mente para acosar a la señorita Buchannan? ¿Qué le ha pasado para llegar a eso? Y lo más importante, ¿qué le ha hecho a ella?

—Yo no la acoso —responde.

—Por la decoración en su baño, yo diría que sí —lo contradigo—. ¿Llegó a entablar contacto con ella en algún momento? ¿Ella lo rechazó y por eso...?

—Yo no le he hecho nada —me interrumpe, histérico. Acaba de romper su fachada de hombre relajado—. No pueden culparme por lo que le ha pasado. Nunca me he acercado tanto a ella ni tampoco le he hablado.

—Pero mintió cuando dijo que no la había visto nunca fuera del gimnasio. Todas esas fotos en su casa lo prueban —presiono un poco para ver cómo responde—. ¿Puede explicarme eso? Y no me mienta esta vez, señor Stern o será peor para usted.

—No le he hecho nada —repite.

—No ha respondido a mi pregunta —lo miro y me rehúye. Sé que está ocultando algo y pretendo averiguar qué es. Aunque presiento que me está diciendo la verdad en cuanto a que no sabe nada de Lindsey.

—Nunca hablé con ella más allá de algún saludo en el gimnasio —se defiende—. Se lo dije el primer día y no mentía.

—Pero mintió en cuanto a lo de no verla fuera —le recuerdo una vez más— ¿Por qué habría de creerle ahora?

—Porque le estoy diciendo la verdad.

—Señor Stern —dejo escapar un suspiro y me reclino en la silla—, ¿conoce la fábula del pastor y el lobo?

—¿Está diciendo que soy el pastor?

—Estoy intentando averiguar que no sea el lobo.

Un par de golpes en la puerta me interrumpen y cuando Steve se asoma y me pide que salga, se ve tan serio que temo, por un momento, que hayan encontrado a Lindsey muerta.

—¿Qué pasa? —le pregunto una vez fuera.

—Ten —me entrega los papeles que tiene en la mano y cuando arrugo el ceño, añade—. Vi algo en él el otro día en el gimnasio que me hizo

desconfiar, así que le pedí un favor a un amigo y me acaba de enviar el resultado de su investigación. Creo que deberías leer el informe antes de volver con él.

—Está bien.

—Aquí —me frena, cuando pretendo entrar en la sala de nuevo.

—De acuerdo —el pasillo no es un lugar cómodo para leer, pero le hago caso.

Lo primero que noto en cuanto abro la carpeta es que hay una foto de Gary Stern, solo que con unos cuantos años menos. Tal vez unos diez. Y lo segundo, el nombre que la acompaña.

—¿Leonard Weaver? —miro a Steve, confusa, y él me pide que siga leyendo.

Y descubro con asombro que Gary Stern es un nombre falso, que se inventó el tal Leonard Weaver para huir de la justicia, una vez se descubrió que había abusado de su hermanastra adolescente en varias ocasiones durante un año. Al parecer, cuando ella se atrevió a denunciarlo, la policía fue a por él, pero ya no pudieron encontrarlo. Había borrado su rastro tan eficazmente, que llevan diez años buscándolo.

—No puedo creerlo —digo, apenas en un susurro. Si un acosador me da asco, un violador resulta mil veces peor. Más, cuando la víctima es una niña—. Su propia hermana.

—Sabía que no era trigo limpio —dice, triunfante—. Ya sabes que tengo un sexto sentido para detectar a estos cabrones.

—Maldita sea —paso la mano por mi cabello—. No puede ser. No...

—Eh —detiene mis pensamientos—. No vayas por ahí, Sheila. No te harás ningún favor.

—Pero...

—Estoy seguro de que sigue viva, así que ahora concéntrate en averiguar dónde la retiene —insiste—. O déjame a mí.

—¿Y si no fue él? —mi pregunta le sorprende.

—¿Qué? ¿Acaso no has leído eso? Es él. Con su hermana lo tuvo demasiado fácil, pero Lindsey no es una niña. Seguramente lo rechazó y él se vio obligado a secuestrarla para obtener lo que quería de ella.

—Este tipo de sujetos no cambian su modus operandi de un día para otro —le replico—. Si fue hubiese sido él, simplemente la habría violado y la habría abandonado.

—Tal vez no —me arrebató el informe de las manos y busca en las hojas

hasta que da con una foto— ¿Te resulta familiar?

Por un momento, tengo la impresión de estar viendo una foto de Lindsey en su juventud. Pero un segundo vistazo me dice que no lo es.

—Es Beatrice Weaver.

—La hermana —y ahora empiezo a comprender por qué Steve sacó esa conclusión.

Leonard Weaver se obsesionó con Lindsey porque es idéntica a su hermana. Tal vez, en su mente enferma, solo pretendía retomar lo que dejó atrás cuando Beatrice lo denunció.

—Le sacaré dónde la tiene —digo con convicción.

—Si necesitas ayuda... —deja la frase sin terminar, pero entiendo perfectamente a qué se refiere.

—Me llevo esto —le saco el informe de las manos y entro en la sala con paso firme. Es hora de sacar a la poli dura que llevo dentro.

El sospechoso está de nuevo en la posición en la misma que lo encontré al entrar antes, pero en esta ocasión no me detengo a estudiarlo, sino que lanzo el informe delante de él, lo que hace que se separe un poco de la mesa, asustado.

—Creo que eso le resultará familiar, señor Stern —le digo—. O tal vez debería decir señor Weaver.

Palidece al escuchar su verdadero apellido y, aunque quisiera sonreír triunfante, decido no cantar todavía victoria porque antes tengo que conseguir que me de la localización exacta del lugar donde retiene a Lindsey.

—¿Qué es esto? —ni siquiera se atreve a tocar los papeles y, por su expresión, está claro que lo sabe.

—Creo que usted puede responder mejor a esa pregunta, pero se lo diré de todas formas —me acerco sobre la mesa—. Acabo de descubrir quién es el lobo en su historia, señor Weaver. Y si no me dice qué ha hecho con la señorita Buchannan, puede estar seguro de que su vida en la cárcel será cualquier cosa menos agradable.

—Le he dicho la verdad —sus ojos se abren, asustados—. Yo no la toqué.

—¿Así como no tocó a su hermana? —mi puño golpea la mesa.

—Hermanastra —responde, a la defensiva— y ella me provocaba cada día. Le gustaba ir por la casa con poca ropa y me miraba a todas horas, como esperando a que yo me acercase a ella. Movía las caderas frente a mí para que le siguiese con los ojos. Quería que la desease.

—¿Esas son las excusas que se da a sí mismo para justificarse? La ropa que use una persona o el comportamiento que tenga no son motivos suficientes para acosarla o abusar de ella. No es no.

—Ella lo quería tanto como yo —se defiende de nuevo—. Jamás abusé de ella. Cuando se cansó de jugar, mintió a la policía y yo tuve que escapar.

—Y cuando conoció a la señorita Buchannan, creyó encontrar a la sustituta perfecta —cambio de estrategia, porque no es su hermana quien me interesa. De eso ya se ocuparán en cuanto demos con Lindsey—. Se parece a ella, ¿verdad?

—Quiero un abogado —se cruza de brazos.

—Ella era como su segunda oportunidad —continúo, ignorando su petición—. Con ella podría retomar lo que creía tener con su hermana.

—Quiero un abogado —repite, más lentamente.

—¿Qué pasó? —lo presiono— ¿No se fijó en usted? ¿Le rechazó?

—No diré nada más.

—Oh, ya sé. Ella eligió al rubio —su mandíbula se tensa y sé que he acertado—. Usted la quería, pero se fijó en otro. Y cuando los vio juntos, no pudo soportarlo y actuó. Por eso se la llevó, ¿verdad?

—No —niega.

—¿La tiene retenida para poder revivir su fantasía enfermiza? ¿Para fingir que sigue abusando de su hermana? ¿Ha abusado de ella también? —apoyo las manos en la mesa y me inclino hacia él, de modo que mi actitud desafiante lo hace encogerse en su asiento.

—Yo no la he tocado.

—Miente —lo acuso—. Ha estado mintiendo a todo el mundo desde hace más de diez años, señor Weaver. Detenga esto de una vez. Dígame dónde está la señorita Buchannan. ¿Qué le ha hecho?

—Yo no le he hecho nada —explota—. La seguía. Le saqué fotos. Estudié sus movimientos y su rutina. Me apunté al gimnasio para poder verla todos los días. Me mudé a su barrio por ella. Cuando la vi en aquel reportaje en la tele hace tres meses, la deseé al instante. Dejé mi vida en Glasgow para estar cerca de ella...

—Y cuando no pudo tenerla, fue a por ella —lo interrumpo.

—No —grita—. Le juro que no la he tocado.

—¿Cómo voy a creerle después de esto? —señalo el informe de su vida pasada.

—Ya ha descubierto la verdad sobre mí —se encoje de hombros— ¿Por

qué habría de seguir mintiendo?

—Porque no es lo mismo ser acusado de un delito de abuso que de dos. O de un secuestro.

—Yo no la toqué —repite, tan serio, que no puedo sino creerlo—. Y tampoco la he secuestrado. Puede presionarme todo lo que quiera porque de eso, no soy culpable.

—Hemos terminado por hoy, señor Weaver.

Abandono la sala, totalmente frustrada. Steve insiste en que le permita entrar a él, pero creo que por hoy hemos obtenido todo cuanto se le podía sacar, así que me niego. Sin embargo, será él quien lo interrogue mañana. Yo no podría contener mis ganas de golpearlo.

Ya es tarde y estamos cansados, así que me despido de todos y conduzco sin rumbo fijo. Estoy perdiendo la fe en que pueda encontrar a mi amiga con vida y esa culpa en mi pecho apenas me deja respirar. Las lágrimas me impiden ver el camino, así que detengo el coche en un lateral de la calle. Y es ahí cuando descubro que estoy frente al edificio de Colin. No lo pretendía, pero ahora me parece el lugar perfecto donde estar.

Llamo al telefonillo antes de arrepentirme y cuando le digo que soy yo, suena sorprendido, pero me permite subir. Una vez en el ascensor, tomo una decisión. Esta noche necesito olvidarme de todo y de todos, así que en cuanto Colin abre la puerta para mí, me abalanzo sobre él y lo beso. Ni siquiera me importa si está solo o acompañado, porque lo necesito y se lo hago saber sin palabras.

—¿Qué ocurre? —nos separa y me mira a los ojos, preocupado.

—Sin preguntas —le pido.

—Pero...

—Por favor —le ruego ahora.

—Mañana, entonces —me avisa, justo antes de alzarme para que mis piernas rodeen su cintura. Nuestros labios se unen de nuevo mientras nos lleva a ambos a su habitación.

Esta noche seremos solo los dos. Y sorprendentemente, me gusta la idea. Incluso para mucho más que una sola vez.

14

COLIN

Verla dormir entre mis brazos es más de lo que creí que podría conseguir después de que se cerrase en banda a lo nuestro. No sé qué ha podido pasar, pero si la ha puesto en semejante estado, estoy seguro de que no me gustará saberlo. Aún así, estoy feliz de tenerla junto a mí ahora. Lo disfrutaré mientras pueda, porque sé que en cuanto despierte, tocará regresar a la realidad. Una realidad en la que tal vez ya no quiera seguir a mi lado.

—Buenos días —le digo cuando abre los ojos.

Parece desorientada, como si no recordase que ayer vino a casa a verme. Sin embargo, termina esgrimiendo una sonrisa que me arrebató el aliento. Es tan hermosa.

Cuando Lindsey nos presentó, sentí una especie de flechazo por ella, tan intenso, que no supe cómo procesarlo y terminé siendo muy desagradable. Desde aquel desastroso encuentro, ya no fui capaz de arreglarlo, sino más bien todo lo contrario, porque cada vez que nos veíamos, lo estropeaba más.

—Buenos días —parece avergonzada, algo inusual en ella.

—¿Desayunamos? —le propongo—. Después, podemos hablar.

Hace un gesto de disgusto por mis palabras, pero asiente. Al menos no se negará a hablar conmigo o no huirá, como hizo la primera noche que pasamos juntos. La única noche.

—¿Puedo darme una ducha antes? —pregunta.

—Claro —señalo mi armario con una mano—. Sírvete tu misma, si no quieres poner la ropa de ayer. Las toallas están en el baño.

—Gracias —y aunque parece dudar, al final se acerca y me besa.

Cuando pretende alejarse, la sujeto por la cintura y profundizo el beso hasta que le arranco un jadeo que me deja con ganas de más. Sin embargo, la suelto y bajo a la cocina a prepararnos algo de comer. Aunque me encantaría

repetir lo de anoche, creo que lo que necesita ahora mismo es a alguien la escuche. Y yo quiero ser ese alguien. Hoy y todos los días que me restan de vida, si ella me lo permite. No me importa si en calidad de amigo o de algo más; por ahora me conformaré con lo que me dé, aunque siempre aspiraré a lo máximo con ella. Lo supe el día que nos conocimos.

—¿Qué pasó? —le pregunto cuando ya no puedo aguantarme más.

Ha estado demasiado silenciosa mientras comíamos y aunque no hemos coincidido en demasiadas ocasiones desde que nos conocemos, sé que lo normal en ella es hablar por los codos.

—Anoche me sentía... —se lo piensa antes de seguir—. Estaba en un punto muerto en la investigación. Tenemos un sospechoso, pero no estoy segura de que sea el correcto. Hay demasiadas cosas que no cuadran, aunque todo apunte a él hasta ahora... Colin, no quiero pensar en que no la encontraremos con vida, pero cuanto más tiempo pasamos sin saber de ella, menos posibilidades hay de...

—Eh —la atraigo hacia mí y la abrazo—. Lindsey presumía a todas horas de que eras la mejor inspectora de toda Escocia. Ahora no puedes defraudarla. Además, sé que encontrarás la forma de dar con ella. Sheila, tú puedes con esto y con todo lo que te echen.

—¿Y si no puedo?

—En lo imposible radica la grandeza —beso su frente—. Con lo fácil puede cualquiera, Shey. Yo sé que la encontrarás. Confío en ti.

—Gracias.

—Estaré aquí para ti siempre que me necesites. Para recordarte de lo que eres capaz o simplemente para escucharte —añado.

—¿Dónde quedó el Colin idiota que me sacaba de quicio cada vez que nos veíamos? —me observa con curiosidad.

—Ese idiota solo intentaba impresionarte, pero no hacía más que meter la pata contigo —le confieso.

—Bueno, ahora sí que estoy impresionada.

—Entonces vamos por el buen camino —sonrío—. Por fin.

—Es tarde —suspira con pesadez—. Debo volver a la comisaría y antes tengo que pasarme por casa para cambiarme de ropa.

—Si quieres pasarte después del trabajo... —aventuro, deseando que diga que sí.

—Es muy tentador —sonríe—. Eso de tener la cena en la mesa, después de un duro día en la oficina...

—Dalo por hecho —rio. Ha sido casi tan sutil como yo y la beso por ello, encantado de que hayamos roto por fin la barrera que nos mantenía separados—. Solo déjame saber la hora, para que esté caliente también.

Su suspiro, hecho a conciencia, despierta una parte de mí que nunca dejó de estar dormida del todo desde anoche y la beso de nuevo con hambre de ella. No sé la cena, pero yo estaré caliente para ella siempre que quiera.

—Tengo que irme —protesta, pero no deja de responder al beso.

—Solo un minuto más —le pido, lo que hace que empiece a reír.

—Eso es algo que se suele decir cuando uno está en la cama.

—Si ese es el requisito —mi mirada se lo dice todo.

—Tengo que irme, Colin —se aleja, aunque su mano acaricia mi mejilla en el proceso.

—Nos vemos esta noche, entonces —me levanto y la acompaño a la puerta, solo por el placer de darle otro beso de despedida.

—Gracias, Colin —me dice después—. Por todo.

—Cuando quieras, Shey.

Y en cuanto se marcha, recojo la mesa y me preparo para ir al gimnasio. Sin Lindsey, he tenido que hacerme cargo de todos sus muchachos y no es que me moleste hacerlo, de hecho lo disfruto bastante, pero no es lo mismo. Ellos lo notan y yo también.

El que peor lo lleva es Owen, incluso ahora. Al principio, no era capaz de concentrarse e incluso se planteó renunciar al campeonato porque no se sentía preparado para ir sin ella. Me costó mucho convencerlo de que no lo hiciese, aunque creo que al final no fui yo quien lo logró, sino algo que Lindsey le dijo hace tiempo y que su novio vino a bien recordarle. Incluso ausente, es el motor que los impulsa.

—¿Preparado para mañana? —le pregunto nada más verlo.

—No más que ayer —me responde, pero noto un entusiasmo en él que no tenía hace un par de días.

Haber vencido sus dos primeros combates le está ayudando a no decaer. Y a emocionarse de nuevo con la posibilidad del podio. Aunque ya tiene patrocinador, después de sus victorias, han aparecido unos cuantos interesados más. Eso es bueno, aunque ya me ha hecho saber que no cambiará a quien apostó por él sin conocerle. Estoy seguro de que esa lealtad también se la enseñó Lindsey. Ella brinda la misma a sus amigos.

—Ya veremos —lo reto—. Tenemos por delante una dura mañana de ejercicios. Por suerte para ti, podrás descansar por la tarde.

—Si quieres que rinda mañana, tendrás que dejarme descansar.

—Tendrás que rendir ahora, si quieres que te deje descansar. Por ahora empieza con el calentamiento.

Y durante varias horas, lo mantengo ocupado y concentrado. Al menos hasta que llega su novio, que ahora se ha apuntado al gimnasio también para estar cerca de él. Ha sido su mayor apoyo y no me refiero solo en lo referente a Lindsey, sino también con lo que pasó con su padre. Ese hombre no sabe lo que se pierde al renegar de su hijo. O tal vez ahora sí, porque ha perdido a ambos hijos en el proceso. Aunque parece que el orgullo puede más que el amor que les tenga.

También Craig está aquí. Todavía se ve un poco demacrado, pero al menos ahora duerme por las noches. Y ha vuelto a hacer vida normal; o todo lo normal que puede sabiendo que su novia sigue desaparecida y que no está en sus manos el encontrarla. Para mí es impensable que hayan sospechado de él en algún momento. Quien conoce a Craig sabe que él jamás la dañaría. Además, de ser un psicópata, la habría secuestrado cuando se negaba a salir con él, no justo cuando aceptó. ¿O me equivoco?

Sé que Sheila no cree que haya sido él, pero no puede sacarlo de la lista de sospechosos por esa maldita hora en que no tiene coartada. Una hora que dedicó a buscar a Lindsey, en cuanto no respondió al teléfono. Yo lo tengo claro, no sé por qué la policía duda tanto.

—¿Cómo va todo? —me acerco a él para preguntarle. Parece que pretende matar sus pensamientos machacando el cuerpo con las pesas, así que creo que sé la respuesta.

—¿Cómo quieres que esté? —me responde—. Ayer por la noche se pasó el amigo de Sheila por mi casa para hacerme unas cuantas preguntas. Joder, siguen pensando que lo hice yo.

—Sheila sabe que eres inocente —trato de animarlo—, pero tiene que descartarte por la vía oficial. Dale tiempo.

—Tiempo es lo que no tiene Lindsey —coge una pesa mayor y se la quito porque es demasiado para él.

—No pierdas la esperanza, Craig —le obligo a mirarme—. No le hagas eso a Lindsey. Te necesita entero y optimista.

—Si creen que fui yo...

—Dale tiempo a Sheila para solucionar eso —insisto.

—Lo hago, pero mientras me investigan a mí, hay un tipo por ahí que mantiene a Linds retenida en contra de su voluntad. Ni me atrevo a pensar en

lo que le estará haciendo. Si la...

—Eh —lo freno—. Esa no es la actitud de un hombre optimista. Sabes tan bien como yo que Lindsey es una mujer fuerte. No va a dejarse vencer por nadie. Luchará y se resistirá hasta que la rescaten.

—Espero que tengas razón, Colin porque si ella muere, no sé qué va a pasar conmigo.

—Ella no va a morir, ¿de acuerdo? —y puede que esto también lo diga para mí—. Borra es idea de tu cabeza. Y deja esa pesa, hombre, o acabarás en el hospital con una hernia.

—Necesito mantener la mente ocupada y el dolor físico me ayuda a no pensar.

—Si quieres dolor físico —le digo—, hazlo bien.

Y le ayudo a forzar al máximo durante una hora entera. Owen se está entrenando con los otros boxeadores, así que no tengo que estar pendiente de él y me centro en su hermano. Para cuando termino con Craig, casi no puede ni levantar los pies del suelo al caminar. Aunque admito que cuando cierro el local, también yo estoy agotado.

Sheila me ha enviado un mensaje en algún momento de la tarde para concretar la hora en que saldrá de comisaría y mi ánimo se levanta. Estoy ansioso por verla y quiero animarla, así que me propongo organizar una velada inolvidable. Miro el reloj y compruebo que todavía tengo tiempo de pasar por el supermercado a comprar algunas cosas que necesitaré. Si me doy prisa, podré preparar mi especialidad. Estoy seguro de que la sorprenderé con eso.

—Buenas noches —apoyo mi cuerpo en la puerta para ver cómo la traspasa. Parece que ha ido a casa a cambiarse porque dudo que haya ido a trabajar con un vestido tan sexy. Me pone mucho más pensar que lo ha hecho por mí, que la ropa en sí. Aunque es de lo más sugerente—. Bonito vestido.

—Una cena en condiciones, merece un vestido en condiciones —me responde, girándose sobre sí misma.

—¿Cómo sabías que habría una cena en condiciones?

—Soy inspectora de policía. Mi trabajo es saberlo todo —susurra al pasar por mi lado—. Y debo decir que huele de maravilla.

—Sabe incluso mejor —añado, cerrando la puerta, porque me he quedado tan embobado mirando el contoneo de sus caderas, que se me olvidó que todavía estaba abierta.

Sé, por la expresión en su rostro, que la he impresionado con la

presentación. Le he dado un aire romántico a la sala: música de fondo, luces tenues, mesa para dos con velas incluidas. No se me ha olvidado ni el más mínimo detalle.

—Cuando quiero —le digo, acercándome a ella—, puedo ser muy detallista.

—Espero que quieras muy a menudo —sonríe.

Su mano acaricia mi pectoral, camino de mi hombro y las mías rodean su cintura. Sin embargo, cuando acerco mi rostro para besarla, mi teléfono suena, interrumpiendo nuestro momento perfecto.

—Ignóralo —le digo, buscando su boca.

—Puede ser importante —me dice, regalándome un mísero roce de sus labios antes de separarse de mí.

—Maldita sea —murmuro de camino a la entrada, donde dejé el teléfono. Cuando veo que es Craig quien llama y que no es la primera vez, me preocupo. Ni siquiera lo oí las otras veces—. Craig, ¿qué ocurre?

—Joder, ¿dónde cojones estabas? —si la rapidez con que habla no me lo dijese, su forma de hablar sería suficiente para saber que está muy alterado.

—¿Qué pasa? —repito.

—Me he pasado, como todas las noches, por la calle donde vive Lindsey —habla atropelladamente—. Bueno, sé que no es lo mejor y que solo me... vale, sé que me estoy obsesionando con todo esto, pero... joder, hay luz en su casa. No me lo estoy imaginando. Te juro que es verdad.

—¿Qué dices? —no puedo creerlo.

—Ayer también había... la vi. Pero me convencí de que solo eran alucinaciones.

—Calma, Craig. ¿Estás seguro de eso?

Sheila ya está a mi lado y me interroga con la mirada. Niego, sin saber qué decirle.

—Colin —un poco más alto y estaría gritando—. La estoy viendo en este mismo instante.

—Craig dice que hay luz en el piso de Lindsey —susurro a Sheila.

—Joder —exclama, llamando de nuevo mi atención—. Ahí dentro hay alguien. He visto una sombra. Voy a entrar.

—No —ahora soy yo el que grita—. Ni se te ocurra entrar, Craig. Si hay alguien ahí, podría ser peligroso.

—Podría ser el que la secuestró —lo escucho moverse.

—Craig, no lo hagas —mientras intento convencerlo, Sheila y yo ya

estamos saliendo por la puerta—. Sheila está aquí conmigo. Ahora mismo la llevo, ¿de acuerdo?

—Daros prisa. No quiero que escape.

—Vigila el portal por si saliese antes de que lleguemos, pero no cometas ninguna locura. ¿Lo has entendido? —no responde— ¿Lo has entendido, Craig?

—Sí, joder. Pero date prisa.

Sheila conduce tan rápido que siento vértigo. Sin embargo, me abstengo de decir nada porque también quiero llegar lo más rápido posible. Si Craig tiene razón y hay alguien en el piso de Lindsey, debemos capturarlo. Podría llevarnos hasta ella.

—Está bien —nos dice Sheila en cuanto nos reunimos con Craig y este nos dice que no ha salido nadie del edificio—. Vosotros dos os quedáis aquí y yo subo.

—Ni lo sueñes.

—De eso nada —protestamos al mismo tiempo.

—Yo soy quien tiene el arma, así que haréis lo que yo os diga. No hay discusión posible —nos mira con severidad—. Os llamaré en cuanto haya averiguado lo que pasa.

—No puedes ir sola —insisto, a pesar de sus palabras—. No sabes con quién te encontrarás ahí dentro.

—No llegué a inspectora por mi cara bonita, Colin.

—Pero hasta yo sé que nunca debéis ir solos.

—Estamos perdiendo un tiempo valioso —protesta Craig, que se dirige al edificio. Al final, acabamos entrando los tres, aunque Sheila se muestra firme en lo de ir en primer lugar.

No voy a oponerme a eso, siempre que pueda acompañarla. No debe enfrentarse al intruso ella sola y no lo digo porque sea una mujer, sino porque no sabe quién está al otro lado de esa puerta ni si está armado. Puede que su propia arma no sea suficiente para detenerlo.

La puerta está abierta, aunque no parece haber sido forzada, y el precinto que puso la policía sigue intacto. Sheila me pide con un gesto de su cabeza que vigile a Craig, pues parece a punto de echar a correr hacia el interior. Luego, es ella quien entra, con el arma en posición. Por un momento, siento que formo parte de una película de acción y mi corazón bombea con rapidez. Mis músculos se tensan, dispuestos a reaccionar si es necesario, pero Sheila parece que sabe lo que se hace, después de todo, porque antes de que yo

procese lo que está pasando, ya tiene al intruso en el suelo y lo está interrogando. Ahora la admiro más.

—¿Quién eres y qué haces aquí? ¿No has visto la cinta policial que impide el paso? Responde —lo presiona.

—Soy... vengo por el agua —al hombre se le traba la lengua y casi me esperaría que se mease encima, de lo asustado que está.

—¿Qué agua? —Sheila baja la intensidad para darle un respiro.

—A... avisaron de que hay una fuga. Vine... a... a cortar el agua.

—¿Eres el casero?

—Yo conozco a este tío —dice Craig de repente—. Es el vecino de Lindsey que vive con su madre. Nos cruzamos con él alguna vez.

—¿Eres el casero? —repite Sheila.

—No.

—¿Y qué coño haces tú cortando el agua?

—No... no... no está y me pidió que me hiciese cargo. Me dio la...

—Las manos quietas —lo amenaza Sheila, cuando el hombre trata de moverlas.

—La llave —dice, en un intento de hacerse entender. Parece que lo está pasando realmente mal—. Es la llave.

—Está bien —Sheila se incorpora un poco para permitirle coger algo de su bolsillo, que resulta ser la llave de la que habla—. Deberías haber llamado a la policía cuando te dieron el aviso de la fuga. ¿No te advirtió el casero que está prohibido entrar aquí?

—No... no quería molestar por esto.

—No se puede cruzar una barrera policial bajo ningún concepto —le explica, levantándose, para que también él se incorpore—. La próxima vez, llama a la policía primero.

Y aunque parece que ya está todo aclarado, Sheila le pide que acuda a la comisaría por la mañana para prestar declaración. Después, acompañamos a Craig hasta su casa y aunque nos ofrecemos a quedarnos con él, se niega a estropearnos la velada, aunque me temo que eso ya está hecho.

De regreso en mi casa, nos tomamos la cena recalentada y tratamos de mantener una conversación que no decaiga, pero resulta un poco complicado. Entonces, recuerdo algo.

—Craig me dijo que ayer también había visto luz en el piso.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Lo estoy. Y él también lo estaba cuando me lo dijo.

—Maldita sea —va en busca de su teléfono y marca un número—. Soy la inspectora Carson, enviad una patrulla a Inverleith Terrace ya.

15

Solo consigo convencer a Colin de que no me acompañe, cuando le pido que vaya con Craig para evitar que aparezca por el piso, en caso de que recuerde también lo de la luz. No puedo permitir que se entrometan más en la investigación.

Cuando llego al edificio, la patrulla ha empezado a acordonar la zona para evitar que nadie entre o salga. He pedido una orden judicial, que espero que llegue de un momento a otro, pero por ahora, me conformaré con hablar con él.

Busco su nombre en los buzones y descubro que su casa está en el mismo piso que la de mi amiga. Subo, acompañada de uno de mis colegas, y golpeo su puerta mientras anuncio en voz alta que soy policía.

—Señor Peck —digo, cuando no abre—. Soy la inspectora Carson. Abra la puerta, por favor. Necesito hacerle algunas preguntas.

Mis nudillos se resienten de tanto insistir, así que uso el puño hasta que, pasados unos minutos, comprendo que no abrirá nadie. Solo espero que no se haya asustado con nuestra charla de antes. Si tiene a Lindsey, podría correr peligro ahora.

—¿Algún problema? —una voz a nuestra espalda detiene mi mano cuando ya estaba decidida a probar por última vez.

—Buenas noches —me presento, mostrando mis credenciales—. Soy la inspectora Carson. Estoy intentando localizar al señor Peck.

—¿A Kenton? —alza una ceja, sorprendido—. No me digan que ha hecho algo malo.

—¿Le conoce?

—Conozco a todo el mundo aquí —responde—. Es mi trabajo.

—¿Es usted el casero? —aventuro. Se suponía que no estaba en el edificio.

—El mismo, señorita. Alfred Norris a su servicio —se inclina—. Pero puede llamarme Alfie. Todos lo hacen.

—Bien, Alfie. ¿Qué puede decirme del señor Peck?

—No es mal muchacho —rasca su barbilla mientras habla—. Tal vez un poco tímido, pero nunca ha dado problemas. Se hizo cargo de su madre cuando enfermó, hará ya... unos seis años. Siempre se ha preocupado de tenerla bien cuidada desde entonces.

—¿La mujer vive aquí con él?

—Sí, la casa era suya. Una mujer muy agradable también. Aunque ya hace unos cuantos meses que no la veo. Está muy mayor y con la enfermedad... ya sabe cómo va eso.

—Claro.

—¿Se ha metido en líos? —pregunta de nuevo—. Después de lo de Lindsey, estamos todos un poco preocupados por aquí. Tal vez solo...

—Solo quería hacerle unas preguntas —no quiero alarmarlo por el momento—. Al ser vecino de Lindsey puerta con puerta, tal vez haya oído algo.

Probablemente lo hayan interrogado mis compañeros, como al resto de vecinos, pero imagino que no les pareció relevante lo que respondió porque no recuerdo haber visto su nombre en el informe final.

—¿No es un poco tarde para eso? —mira su reloj, aunque no sería necesario en realidad, pues ya pasa de la medianoche.

—Hablé con él hace solo un par de horas —decido contarle la parte de la historia que le concierne—, cuando lo encontré en casa de la señorita Buchannan.

—¿En su casa? ¿Dentro? —parece sorprendido o, casi podría decir que asustado—. Eso no está bien. La policía nos dejó claro que no se podía pasar.

—Me preocupa más saber cómo obtuvo la llave para entrar —le digo—. Porque él insiste en que usted se la dio.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacer algo tan estúpido? —ahora se ve ofendido. Es un hombre muy expresivo—. Podría perder mi empleo si mi jefe se enterase de eso.

—Me aseguró que usted le pidió que atendiese sus tareas. En su versión, usted ni siquiera debería estar aquí ahora mismo.

—Si yo llegase a ausentarme en algún momento —parece que ahora está enfadado y con razón—, mi jefe se encargaría de enviar a alguien, en caso de que surgiese algún contratiempo en el edificio. Desde luego, jamás dejaría a

un inquilino a cargo de las llaves. Además de ilegal, sería un despropósito.

Mientras habla, recibo un mensaje de mi jefe informándome de que la orden de registro está lista y de que Steve viene con ella.

—Señor Norris...

—Alfie —me corrige.

—Alfie, necesito que abra la puerta para mí —le pido—. La orden de registro viene en camino, pero comprenderá que no puedo esperar más tiempo.

—¿No pensarán que fue él quien se llevó a Lindsey? —me sorprende la rapidez con que saca conclusiones. Busca la llave en medio de un caótico amasijo de ellas, por lo que decido no responderle—. Siempre lo saludaba con educación cuando se cruzaban y sé que le tenía especial afecto a su madre, pero nunca imaginé que...

—Solo necesito aclarar algunos puntos con él —lo interrumpo. No me conviene que se corra la voz de que se ha convertido en un sospechoso más—. Allonar un lugar con precinto policial es grave.

—Y mentir a la policía también —farfulla por lo bajo, mientras abre la puerta—. Espero que no sea más que un malentendido, pero cuando hable con él se enterará de lo que vale un peine. Si está metido en líos, que se las apañe, pero meterme a mí en el mismo saco... No señor, eso no lo consentiré.

—Gracias, Alfie. Lo llamaré si lo necesito de nuevo —lo despido en cuanto tengo acceso al piso.

—Venga a mi casa a enseñarme esa orden para que pueda decirle a mi jefe que debía hacerlo.

—Así lo haré —prometo, no solo para que su jefe esté tranquilo, sino porque es mi obligación.

Le envío un mensaje a Steve para que vaya junto al casero antes de reunirse conmigo y Alfie aprovecha para acercarse a mí.

—Sé que es amiga de Lindsey —susurra—. No dije nada porque no quería meterla en un compromiso delante de los otros.

—Ha hecho usted bien —le sonrío. Este hombre es más avisado de lo que parece—. Gracias.

—Espero que la encuentren pronto. La muchacha no se merece lo que le está pasando.

No, no se lo merece. Pero, ¿acaso se lo merece cualquiera de las víctimas que caen cada año? Este mundo se está volviendo loco y los instintos más bajos de la humanidad parecen haber despertado a medida que

nuestra evolución avanza. Cuanto más sabemos, más crueles nos volvemos. Y más insensibles al dolor ajeno. Si no lo cambiamos, estamos avocados a la auto—extinción.

El piso parece bastante ordenado y limpio a primera vista. La distribución es muy similar a la de la casa de Lindsey, aunque la decoración no tiene nada que ver. Aún así, no me disgusta.

Le indico con la cabeza a mi compañero que busque en la zona de la cocina, mientras yo me aventuro hacia los dormitorios. Si es cierto que vive con su madre enferma, debería estar en uno de ellos.

—¿Señora Peck? —la llamo, golpeando en cada puerta antes de entrar, pero no hay rastro de ella—. Qué raro.

Mi colega se reúne conmigo en la entrada después del rápido registro inicial del piso. Aparte de nosotros dos, no hay nadie más aquí.

—La nevera está llena, al igual que la despensa, y parece que todo está en su sitio —informa—. A simple vista, no hay nada fuera de lo normal.

—Lo que no es normal es que no estén ninguno de los dos aquí, si hace un par de horas hablé con el hijo —le digo en respuesta.

—Tal vez haya tenido que llevarla al hospital —sugiere.

—¿E hizo la cama antes de irse? Lo dudo —miro de nuevo hacia las habitaciones—. Empiezo a pensar que cuando los vecinos dejaron de ver a la buena de la señora, fue también cuando ella dejó de dormir en una de esas camas.

—¿Crees que está muerta? —pregunta— ¿O que la mató él?

—Yo hablaba de muerte natural —lo miro sorprendida, porque no estaba pensando en la posibilidad de que el hijo se hubiese deshecho de la madre por iniciativa propia. Y no es algo que quiera pensar porque, si al final resulta ser quien secuestró a Lindsey, eso la dejaría a ella en muy mala situación.

—Sea como sea, aquí no hay nadie —concluye.

—Llamaré a los de Investigación Criminal —digo mientras busco mi teléfono— para que envíen a alguien. Y pondré patrullas en la calle que vigilen el edificio. Si decide regresar, lo estaremos esperando.

—¿No crees que vaya a presentarse en comisaría por la mañana tal y como le pediste? —pregunta Steve, que aparece justo a tiempo de oír mis últimas palabras. Le expliqué lo de nuestro encuentro cuando llamé para quedar con él aquí.

—Me mintió cuando lo atrapé en casa de Lindsey —le respondo—. Si es

listo, no aparecerá.

—Esperemos que sea tan estúpido como para creer que te engañó.

—No tendremos tanta suerte —suspiro—. Parece que todo está mal en esta investigación.

—Los milagros existen —lo miro, sin creer que haya dicho eso. Es el hombre más escéptico que conozco—. Puede que nuestro principal sospechoso ya no lo sea tanto, pero resultó ser un prófugo de la justicia que al fin pagará por sus crímenes. Y por si no te habías dado cuenta, tu amigo parece estar cada vez menos involucrado en todo este asunto. No todo son malas noticias.

—Siento haberte despertado —me disculpo, después de darle la razón con un movimiento de cabeza.

—Así es nuestro trabajo —sonríe—. Emocionante las 24 horas del día.

—Vaya que sí.

Mientras los de Criminalística hacen su trabajo, nosotros dos nos concentramos en la documentación que nos entregaron, por si encontramos algo interesante. La mayoría son facturas y recibos.

—Joder —exclama de repente Steve—. Mira esto, Sheila.

—¿Qué? —me acerco intrigada y le arranco los papeles de las manos. Aunque están rasgados en pedazos no muy grandes, es fácil distinguir que son más facturas—. Tengo unas cuantas de estas en perfecto estado.

—Mira el nombre —me pide, buscando en mis manos el trozo que llamó su atención.

—Mierda —exclamo ahora yo—. Esto es de Lindsey.

Las colocamos en la mesa que despejaron para nosotros y empezamos a recomponerlas. Hay al menos una docena y las fechas discurren a lo largo de varios años. Parece como si se hubiese dedicado a recogerlas de la basura después de que mi amiga las desechase.

—Esta es la más antigua —me dice Steve cuando terminamos—. De hace casi seis años.

—Seis años —recuerdo que Alfie dijo que Kenton había venido a vivir con su madre por aquella época—. Maldita sea, este tío ya se obsesionó con Lindsey nada más llegar al edificio.

—Hijo de puta —frunce el ceño—. Seguramente se dedicó a hurgar en su basura desde entonces. Es lo que suele hacer la gentuza como él. Y viviendo al lado le resultaría fácil controlar sus pasos.

—He venido cientos de veces a su casa —digo, entre sorprendida y

enfadada conmigo misma— y nunca le presté atención a su vecino. Ni siquiera recuerdo habérmelo cruzado en alguna ocasión.

—Querría pasar desapercibido —asiente—. De esa forma, nadie se fija en lo que hace.

—De ahí que todos crean que es un hombre retraído.

—Exacto. Siendo invisible, tiene libertad de movimientos.

—Tenemos que investigarlo más a fondo. Antes de venirse con su madre debía tener otra casa, necesito saber dónde para hablar con los vecinos —lo miro—. Y hay que averiguar qué pasó con su madre. Si está muerta, quiero saber quién lo certificó y ver dónde fue enterrada. No podemos dejar nada al azar. Es vital conocerlo a fondo para saber qué hizo con Lindsey.

—Y yo necesito saber por qué actuó precisamente ahora. Lleva seis años viviendo a su lado, podría habérsela llevado en cualquier momento. ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué pasó para que reaccionase después de tanto tiempo observándola en pasivo?

Con esta gente siempre hay un detonante, un suceso que rompe sus esquemas y desencadena la tragedia.

—No sé, pero tuvo que ser algo significativo para él o no habría tomado cartas en el asunto.

—¿La muerte de su madre? —sugiere.

La muerte de una madre puede ser muy traumática, sobre todo si dedicas gran parte de tu tiempo a cuidarla. Explicaría el cambio en su modus operandi, pero no me convence. Tengo la sensación de que se nos está escapando algo importante.

—Es por Craig —digo, triunfante.

—¿Qué?

—Craig dijo que se lo habían cruzado en alguna ocasión desde que empezaron a salir juntos.

—¿Crees que Kenton pensó que iba a perder a Lindsey y actuó?

—Bueno, Craig es el primer hombre que Lindsey mete en casa en mucho tiempo. Es posible que lo viese como una amenaza para lo que creyese que había entre ellos.

—Tenemos que dar con él de inmediato.

—Antes de que sepa que lo estamos buscando —asiente—. Y de que decida que es peligroso mantener viva a Lindsey.

—Sheila, tal vez...

—Ni lo digas, Steve —lo interrumpo.

—Pero no...

—Soy perfectamente consciente de todas y cada una de las posibilidades —lo corto de nuevo—, pero no voy a aceptar su muerte sin probar primero las demás alternativas. Me niego a pensar que mi mejor amiga está muerta.

16

LINDSEY

Cuando dijo que me daría un par de días para recapacitar sobre lo que había pasado, no creí que sería literal. Llevo dos días sin saber de él y, por lo tanto, dos días sin comida. O eso creo, porque aquí el tiempo no es fácil de calcular. Las chicas dicen que no debería quejarme, porque con ellas fue más duro en otras ocasiones, pero me siento arder por dentro de furia. No solo me ha castigado a mí, sino a ellas también.

Y supongo que eso es parte de su juego, lo que no quiere decir que me guste o que quiera conformarme. Sin embargo, no voy a decir nada al respecto porque he prometido no nombrarlas a ellas delante de él. Eso también me carcome por dentro. Solo es uno y nosotras cuatro, deberíamos poder hacer algo para ir por él. Si lo enfadásemos lo suficiente entre todas, podríamos hacer que cometiese algún error que nos ayudase a escapar, pero no quieren saber nada del asunto. Llevo días tratando de hacérselo ver y no hay forma de convencerlas de que luchen por su libertad.

Siento que se han dado por vencidas y que nunca intentarán escapar. Mientras me hablan sobre las particularidades de nuestro captor, noto en sus voces que están convencidas de que la única que tiene posibilidades soy yo. Incluso temo que si llega la hora de irnos y las libero, se quedarán en sus celdas, asustadas de lo que pueda pasar al abandonar esta cueva.

¿Tanto poder tiene ya sobre sus mentes? ¿Qué habrá hecho con ellas para convencerlas de que huir no es una opción? Cuanto más tiempo paso aquí, más odio acumulo contra él. Y más ganas tengo de practicar mis golpes de boxeo contra su cuerpo. Es por eso que aprovecho cualquier momento para entrenar. Además, me ayuda a mantener la concentración en el plan de escape y a no dejar vagar mis pensamientos por las cientos de posibilidades de que salga mal.

Ahora que he visto cómo ellas pagan las consecuencias de mis actos, tengo miedo de que las castigue si al final fracaso, lo que ha terminado de convencerme de que debo irme sola. Intentar convencerlas de que me acompañen, será perder un tiempo muy valioso. Pero también me asusta que mientras no consiga ayuda, decida dañarlas para darme un escarmiento. Es todo tan complicado.

—Lindsey —Nora me llama, lo que me sorprende, porque es la que menos habla de las tres. Su voz también es la más débil, lo que me hace pensar que debe ser muy joven. Demasiado para pasar por algo así.

—Dime —me acerco a la puerta para escuchar sus susurros.

—Cuando salgas de aquí... —parece dudar.

—Adelante —la aliento a continuar. No es momento de corregir.

—¿Le contarás a nuestras familias lo que nos pasó?

—Cuando salga de aquí —digo, buscando las palabras adecuadas para que las otras no se pongan a la defensiva, como cada vez que insinúo que nos iremos todas juntas—, traeré ayuda para vosotras. No os abandonaré aquí, lo prometo.

Y aunque quiero decir mucho más, escuchamos un ruido que nos obliga a permanecer en silencio. Mi corazón, en cambio, golpea mi pecho a una velocidad vertiginosa y escucho su fuerte latido en mis oídos.

Retrocedo lentamente hacia el camastro y me siento, sin dejar de observar la puerta, aparentando una tranquilidad que no tengo. Sé que ha llegado el momento de poner mi plan en marcha, pero aunque lo tenía muy claro a lo largo de estos días, empiezo a dudar de cada decisión tomada. ¿Y si fallo? ¿Y si lo pagan ellas? ¿Y si llego tarde con la ayuda? Son tantas preguntas sin respuesta, que me cuesta no entrar en pánico.

—Aléjate de la puerta —escucho al otro lado—. Voy a abrirla.

Su voz no suena igual de melodiosa que cuando la escuché por primera vez y la forma en que entra tampoco tiene nada que ver con la anterior. No se nota relajado, ni seguro. Mi ceño se frunce al ver lo que lleva en las manos.

—Date la vuelta, Lindsey —me pide, pero al tono de voz le falta autoridad. Me quedo observando el ligero movimiento de sus dedos sobre las cuerdas—. Date la vuelta, Lindsey.

Eleva la voz en su última petición y me sobresalto. ¿Será a esto a lo que se referían las demás cuando me advertían de que no debía contradecirlo? Veo el fuego de la ira arder en sus ojos, pero no se mueve. En cambio yo, me levanto lentamente, sin apartar mi mirada de él, por miedo a lo que tenga

pensado hacerme.

—Date la vuelta —repite, esta vez con más calma. Su voz vuelve a sonar como la primera vez que nos vimos, aunque no siento que me acaricie como cuando me llevó con los ojos vendados hasta la fiel imitación de mi piso. Todavía siento escalofríos al pensar en todas las horas que debió permanecer en mi casa para recrearla con tanto detalle.

—¿Qué me vas a hacer? —pregunto, aún a sabiendas de que no le gustará que lo haga.

—Hoy tengo muy poca paciencia, Lindsey —aunque no levanta la voz, me siento amenazada—. No me contradigas más.

El peligro baila a nuestro alrededor, recordándome que estoy a merced de este hombre y que podría matarme si quisiese, sin que yo pudiese evitarlo. O sin que nadie lo detuviese, pues no me iba a quedar impasible si lo intentase.

—De acuerdo —ni siquiera sé por qué sigo hablando.

Tal vez siento que, de ese modo, controlo la situación, aunque no sea cierto. Me giro despacio y casi estoy esperando que me golpee por la espalda. Por eso, cierro los ojos con fuerza y aprieto la mandíbula mientras todo mi cuerpo se contrae, en tensión. Contengo la respiración hasta que habla de nuevo.

—Coloca las manos a la espalda —está tan cerca de mí, que doy un respingo al escucharlo.

—Esto no es necesario —empiezo a decir—. No...

—Hazlo —grita y le obedezco.

Me va a matar. Me va a matar. No dejo de repetir esas palabras en mi mente al sentir cómo ata mis muñecas con la cuerda. Abro la boca para decir algo más, pero no sale sonido alguno. Y puede que sea mejor así, porque parece realmente nervioso y no sé de qué es capaz en ese estado.

—No te muevas —me susurra al oído justo antes de cubrir mis ojos con una venda. Esta vez, no lo habría hecho ni pudiendo.

En cuánto comprueba que todo está como quiere, sujeta mi brazo y comienza a caminar, sin preocuparle que yo dude en cada paso, por si me golpeo contra algo. Me apremia, tirando de mí a cada rato.

Permanece en silencio y eso asusta todavía más. Sobre todo, porque estoy segura de que hemos ido en dirección contraria al otro día. Y mi retahíla comienza de nuevo. *Me va a matar. Me va a matar.*

—Cuidado —me dice después de que tropiece por tercera vez. Si no me

tuviese sujeta, me habría caído al suelo.

—No veo por dónde voy —protesto. Su mano se aprieta más en mi brazo y gimo de dolor. Es un hombre fuerte, a pesar de que se ve delgado.

—Ya casi llegamos.

No sé si alegrarme o tener miedo, así que decido permanecer en silencio y prepararme para intentar escapar en cuanto me sea posible. A medida que caminamos, regulo mi respiración, lo que hace que los latidos de mi corazón bajen. Tenso y relajo mis músculos, tratando de prepararlos para que, llegado el momento, puedan dar lo mejor de sí. Sé que solo tendré una oportunidad, en el mejor de los casos, y no quiero fallar. No debo hacerlo. La vida de otras personas depende de mí ahora mismo porque sé que si me mata como creo que quiere hacer, luego irán las demás. Vi la locura en sus ojos.

Escucho el rumor del agua a lo lejos y, a medida que el sonido se hace más fuerte, puedo imaginar que nos acercamos. *¿Me va a matar y después tirar al río? Dios, no debería leer tanta novela policiaca.*

—No lo saben todo —comienza a murmurar, cuando el sonido del agua crece—. Nunca lo entenderían. Nunca han deseado algo tanto, que darías la vida por conseguirlo. No saben lo que es el amor infinito. Se creen los más listos, pero solo son unos ignorantes.

Quisiera saber quiénes son ellos, pero temo que si hablo ahora termine con mi vida, así que permanezco en silencio. Tal vez si sigue hablando, pueda saber a qué se refiere.

—Pero te tengo a ti, Lindsey —siento cómo acaricia mi mejilla y la aparto por instinto—. Eres preciosa, perfecta, real. Eres mía. Y ellos no saben apreciar lo que hago por ti.

¿Serán mis amigos? ¿Se referirá a ellos? Dudo mucho que Sheila no me esté buscando. E incluso Craig lo hará. Removerá cielo y tierra para dar conmigo. Puede que yo haya dudado de estar con él, pero Craig está muy seguro de lo que siente por mí y de que me quiere a su lado para siempre, así que hará lo imposible por encontrarme. Sé que fui injusta con Craig desde el primer día y quisiera tener la oportunidad de enmendarlo. Y de decirle que lo quiero. Porque lo hago. Quise negármelo para no tener que sufrir si no salía bien lo nuestro, pero lo quiero. Esa es la única verdad.

Noto cómo las lágrimas empapan la tela que cubre mis ojos y él también debe verlo porque limpia aquellas que resbalan por mis mejillas. Por un momento, dejo vagar mi mente e imagino que es Craig quien me consuela. Y que estoy en casa, abrazada a él, disfrutando del simple hecho de tenerlo en

mi vida y saberme amada por él.

—No llores, Lindsey —su voz rompe la magia del momento y mis lágrimas aumentan por la impotencia de verme atrapada—. No nos separarán. No se lo permitiré. Pero hay algunas cosas que debes recordar.

Entonces, siento la ingravidez bajo mis pies antes de que mi cuerpo golpee el agua y me hunda en ella. Con los brazos atados a la espalda, me resulta imposible nadar, pero trato de impulsarme con los pies en busca de aire para mis pulmones. Entro en pánico cuando permanezco un buen rato bajo el agua sin éxito y cuando creo que moriré ahogada, alguien tira de mí hacia la superficie.

—No puedes desafiarme, Lindsey —su voz es cruel ahora—. No voy a consentirlo.

Me hunde de nuevo y aunque intenté llenar mis pulmones, no es suficiente. Pataleo como loca, tratando de liberarme de su agarre, pero es imposible. Nuevamente, cuando me encuentro al límite, me saca fuera.

—Solo tengo tres normas, Lindsey —dice en mi oído—. Y tú las has incumplido. Debo castigarte por ello.

—No lo vol...

—No hables si yo no te pregunto —grita, antes de introducirme en el agua por tercera vez.

Cuando me sube, toso fuerte y escupo agua. Mi corazón late con furia y apenas consigo respirar sin que me duela el pecho. Si lo hace de nuevo, no lo resistiré.

—¿Recuerdas las otras dos normas? —me pregunta.

—Hacer lo que tú me pidas y no intentar escapar —apenas logro hacerme entender, pero me las arreglo para decirlo.

—Bien —noto sus brazos bajo mis axilas, como si fuese a izar me y me preparo. Voy a romper otra de sus normas porque no puedo desaprovechar la ocasión, ahora que me ha sacado de la cueva.

Gimo fuerte y me doblo sobre mí misma cuando siento tierra firme bajo mis pies. Finjo que me falta la respiración y me tiro al suelo, esperando que se lo crea. Si consigo que libere mis manos podré golpearlo y salir corriendo. Es la única opción. Mi única oportunidad de huir.

—No va a funcionar, Lindsey —a pesar de sus palabras, su voz no suena firme, lo que me da ánimos para seguir fingiendo. No soy buena actriz, pero el miedo y la necesidad me ayudan a hacerlo más creíble—. Levántate. Ahora.

Lo intento, para que crea que le obedezco, pero luego me tiro al suelo de nuevo y sigo gimiendo.

—Basta —grita, pero ya siento cómo intenta liberar mis manos.

La cuerda está apretada por la humedad del agua y tarda unos minutos en conseguirlo. Me llevo las manos al cuello y toso para que no sospeche que mi intención es despertarlas, pues me hormigean mucho.

—Vamos —intenta levantarme—. Regresemos. Allí podré...

Y entonces sucede, como si fuese en cámara lenta. Cuando sus brazos están nuevamente bajo mis hombros, elevo el codo y lo golpeo en el rostro, con tanta fuerza como consigo reunir. Oigo su grito en mi oído y cómo la máscara se agrieta, pero no corro, sino que lo enfrento mientras me saco la venda de los ojos.

La claridad del sol me ciega por unos segundos, pero cuando lo escucho cerca de mí, mis puños vuelan en su dirección y golpeo su cuerpo en tantas partes como puedo. El hombre es incapaz de defenderse por la sorpresa y yo me ensaño con él hasta que lo veo tropezar y caer al agua.

Es entonces cuando echo a correr hacia el interior del bosque. Sé que debería seguir el río, pero ahora mismo solo pienso en que debo despistarlo primero. Si me alcanza, será mi fin.

—Lindsey —lo escucho gritar a lo lejos y me estremezco. No solo porque ya me esté buscando, sino porque no se guarda de ser escuchado, lo que quiere decir que no hay gente cerca. Será imposible encontrar ayuda en este lugar.

Las ramas más bajas de los árboles y la maleza que los rodea, me golpean el rostro y las extremidades, pero no me paro. No importan unos cuantos rasguños, si con ello consigo escapar.

—Lindsey —gimo al oírlo más cerca, pero no me dejo llevar por el pánico y sigo intentando mantener una dirección para no acabar corriendo en círculos.

Doy gracias a mi padre por llevarme de acampada cuando era pequeña a pesar de mis protestas iniciales. Sus enseñanzas tal vez me salven la vida hoy.

—Lindsey —grita de nuevo, furioso—. Vuelve ahora mismo. Si te encuentro yo será peor.

Pero sigo corriendo. Más allá de mi propia resistencia y de la de mis pulmones afectados por el baño obligado. No detengo mis pasos ni a mirar hacia atrás. Lo he visto miles de veces en las películas y siempre tropiezan por eso. No, yo me centro en lo que hay delante, buscando una vía de escape

que me saque de este bosque y me lleve a la civilización.

No quiero pensar en las chicas, pero es inevitable. Siento que las estoy abandonando a su suerte y mi corazón sufre por eso. Sin embargo, Lorie tenía razón cuando decía que escapar las tres no sería factible. Ahora veo que no seríamos capaces de despistarlo, así que, sigo corriendo y les prometo en silencio, que volveré a por ellas.

Dejo escapar un grito al sentir un fuerte dolor en mi espalda. Mis rodillas tiemblan y termino en el suelo. Mi mano trata de alcanzar la zona dañada y gimo cuando mis dedos rozan el filo de un cuchillo. No entiendo cómo ha podido pasar.

—¿No creerías que podrías escapar de mí, Lindsey?

Escucho sus pasos mucho antes de que se sitúe frente a mí para que pueda verlo. La máscara está ajada, pero todavía le cubre gran parte del rostro. Aún así, puedo ver la ira que bulle tras ella.

—¿Por qué te empeñas en desafiarme, Lindsey? —aunque suena lastimero, no me dejo engañar. Da un nuevo paso hacia mí y continúa— ¿Por qué no puedes cumplir las normas? Sería todo tan perfecto...

—No soy perfecta —le digo, recordándole sus propias palabras—. Ni soy tuya. Yo no pertenezco a nadie.

Cada movimiento se convierte en un suplicio debido al cuchillo que tengo clavado en la espalda, así que procuro permanecer en mi sitio, por más que odie estar de rodillas ante él.

—Por supuesto que lo eres —grita—. Eres perfecta. Te he estado buscando toda mi vida. No puedo equivocarme. Otra vez no.

—¿Otra vez? —ya no puedo detenerme— ¿Acaso crees que esto es un juego? ¿A cuántas más vas a mantener encerradas antes de sentirte satisfecho? Son nuestras vidas, estúpido gilipollas.

—No hay nadie más, mi amor —se acerca tanto a mí, que podría tocarlo si me inclino hacia adelante—. Eres la única para mí.

—Eso díselo a las otras.

—No hay otras —grita, enloquecido, y me tenso, esperando que me golpee. Ahora entiendo por qué me pidieron que no las nombrase frente a él—. Deja de decir eso, Lindsey. ¿Acaso no lo entiendes? Tú eres la única para mí.

Se inclina para acercar nuestros rostros y yo lo aprovecho para golpearlo con fuerza en el suyo. Aunque mi espalda duele mucho, no dejo escapar ni un solo gemido porque me quedo en shock al ver cómo se le cae la máscara.

—Tú —digo al fin, en un hilo de voz.
No puede ser. Es imposible.

17

SHEILA

Estamos trabajando a contrarreloj. Kenton sigue desaparecido y nada de lo que averiguamos sobre él arroja nuevos datos en la investigación. O lo que no averiguamos, en realidad, porque en su antiguo barrio, nadie recuerda gran cosa de él, salvo que no era muy hablador. Tampoco tiene ficha policial, ni por una mísera multa. Y el casero del edificio nos ha dicho que antes de mudarse definitivamente con su madre, se pasaba por allí cada fin de semana para asegurarse de que la mujer estaba bien y que no le faltaba de nada. Diría que a simple vista es un ciudadano modelo. De hecho, si no me lo hubiese encontrado en plena noche en el piso precintado de Lindsey, jamás me habría fijado en él. Y la única pista que lo ha convertido en el principal sospechoso es el fajo de facturas encontrado en su casa, lo que tampoco prueba gran cosa, salvo que le gusta revolver en la basura de los demás.

—Creo que tengo algo —Steve se acerca a mí con una carpeta en la mano—. Fíjate en esto.

Son todos los informes que le pedí sobre las desapariciones ocurridas en los alrededores en los últimos seis años. Tal vez nos hayamos estado centrando tanto en el tema del acosador, que todavía no nos ha llevado a ninguna parte, que nos hemos olvidado de investigar otras posibilidades. Como que Lindsey no haya sido la primera a la que ha secuestrado.

Les doy un vistazo rápido y voy descartando informes hasta que me quedo con aquellos en los que la víctima es mujer. Sin embargo, tampoco veo relación entre ellas, salvo su juventud.

—¿Ves algo interesante en estas? —me pregunta Steve después de seleccionar tres expedientes de entre mis manos.

Releo los informes y encuentro algunas concordancias. Como la

procedencia de las jóvenes, que vivían en las inmediaciones del barrio de Lindsey; y su edad, aproximadamente la misma que mi amiga. Pero lo que realmente llama mi atención es el increíble parecido físico que guardan entre ellas y... con la propia Lindsey. Misma complexión, mismo color de cabello y mismo color de ojos. Tal vez sus rostros no sean tan similares, pero, con algo de maquillaje, hasta yo lograría hacer que se pareciesen más a mi amiga.

—Joder —exclamo, mirando hacia Steve, que está asintiendo.

—Al parecer Leonard, alias Gary, no era el único obsesionado con mujeres con un aspecto igual al de tu amiga.

—Dicen que todos tenemos al menos un doble en alguna parte, pero lo de Lin es demasiado —casi no puedo creer que haya en la zona tantas mujeres que se le parezcan.

—Deberíamos ir a hablar con las familias —me sugiere—. A ver si sacamos algo más en claro.

—Hay que averiguar si Kenton pudo haberlas conocido en algún momento —asiento—. Puede que su obsesión empezase mucho antes de conocer a Lindsey. Con alguna de estas chicas.

—O puede —rebate mi teoría, buscando algo en los informes— que se llevase a estas tres en sustitución de Lindsey. Recuerda que tenía facturas de hasta seis años atrás de tu amiga y estas chicas empezaron a desaparecer hace tres. Mira.

—¿Crees que intentaba convertirlas en Lindsey o algo así? —frunzo el ceño. Si es eso, su mente está más perturbada de lo que creía. Aunque esa idea me gusta más que la del asesino en serie que se me pasó por la mente al ver el parecido entre las jóvenes.

—O simplemente se las llevó porque se parecían a la mujer por la que sentía una atracción enfermiza —se encoje de hombros—. Tal vez solo eran una prueba antes de ir a por la verdadera Lindsey. O puede que no tengan nada que ver con nuestro caso y no sea más que pura coincidencia que se parezcan.

—Demasiadas coincidencias —murmuro.

Reviso los informes una segunda vez y noto que las fechas de sus desapariciones se han ido distanciando bastante en el tiempo. Si fue él quien se las llevó, retuvo a la primera durante seis meses, antes de ir a por la segunda. En cambio a la tercera no se la llevó hasta un año después. Y de eso hace ya año y medio.

—¿No has encontrado más desapariciones que concuerden con la

descripción de Lindsey? —le pregunto, distraída, a Steve. No dejo de pensar en el tiempo entre las desapariciones.

—Ni una sola.

—Tal vez sea simple coincidencia como has dicho antes —lo miro y tuerzo mi boca en un gesto de disgusto porque, aunque sé que debemos contemplar todas las posibilidades, incluso yo dudo de mi razonamiento.

—A estas alturas, podría ser cualquier cosa —responde—, pero tengo la corazonada de que guardan relación.

—Mira —al final decido exponerle la loca idea que se me acaba de ocurrir porque necesito una segunda opinión. Aunque solo sea para decirme que es una tontería—. La primera chica desapareció hace ahora tres años.

Anoto la fecha en la pizarra y coloco su foto al lado.

—Y la segunda solo seis meses después —repito la operación con la siguiente chica—. La denuncia de la tercera se produjo justo un año más tarde...

—Justo año y medio antes de que se llevase a Lindsey —me interrumpe. Veo que lo ha pillado a la primera.

—Creíamos que Craig había sido el detonante con Lindsey —le digo—, pero si ha sido él quien secuestró a las cuatro, está claro que nos equivocamos. Y según esto, es el tiempo lo que le hace actuar.

—Aunque sea cierto lo del tiempo —se rasca la mandíbula—, no es el detonante que buscamos. Falta algo importante. Tuvo que pasar algo grave hace tres años, que le obligó a empezar con los secuestros. Lo de los seis meses es...

No termina de hablar y se mueve entre las mesas hasta la suya, donde busca entre el caos de papeles que tiene en ella. Jamás entenderé cómo se las arregla para no traspapelar nada o para no perderlo.

—¿Dónde coño estás? —lo oigo murmurar—. Vamos. Sé que te vi.

—¿Qué estás buscando? —no es como si yo pudiese ayudarle, tal y como está su mesa, pero me estoy poniendo nerviosa al verlo.

—El informe médico —dice, sin mirarme.

—¿De qué informe...?

—Ajá, te tengo —grita, triunfante, interrumpiendo mi pregunta. Se acerca de nuevo a mí y me enseña el papel—. Fíjate en esto, fue prematuro. Se adelantó tres meses al nacer, así que...

—Seis meses —murmuro, asimilándolo.

—Seis meses —repite, golpeando el papel con la mano libre—. El muy

cabrón nació a los seis meses de gestación.

—¿De verdad crees que es por eso?

—Tiene que serlo, Sheila.

—Puede que tengas razón, pero eso no nos aclara porqué se llevó hace tres años a la primera chica.

—En cuanto al detonante —recoge nuestros abrigos y las llaves del coche—, no vamos a averiguarlo si nos quedamos aquí a especular. Creo que es hora de hablar con las familias de las desaparecidas.

—¿Y qué pasa si nos equivocamos y perdemos un tiempo que no tenemos? —me preocupa estar dando tumbos mientras ese hombre tiene a mi amiga en su poder.

—Ahora mismo estamos en un punto muerto —me recuerda—. No perdemos nada por intentarlo.

—Tienes razón —nada de lo que hemos encontrado sobre él nos llevará a donde sea que se haya escondido, así que seguir esta pista es nuestra mejor opción ahora mismo.

Localizar a las familias no es complicado y conseguir que nos hablen de las chicas, menos todavía, porque llevan demasiado tiempo sufriendo con la incertidumbre de saber lo que pasó con ellas. Si estuviese en mi mano, me dedicaría a investigar todos los casos sin resolver, para poder darles la paz espiritual que necesitan a quienes esperan una respuesta a lo sucedido. Me hice policía precisamente para eso, pero mi jefe me quiere a pie de calle y centrada en casos que él considera prioritarios. Es cierto que tenemos un tiempo limitado y crucial para dar con el culpable en cada caso que investigamos y que, una vez concluido este, nuestras probabilidades de cerrarlo con éxito disminuyen radicalmente. Sin embargo, estoy convencida de que las pistas siguen ahí, esperando a que alguien sepa dónde buscarlas.

Hay departamentos especializados en reabrir casos archivados y si todavía no he pedido el traslado, es porque tendría que abandonar Edimburgo y eso es algo que no quiero hacer. No solo porque todos a los que quiero se encuentren en esta ciudad, sino porque mi vocación nació aquí. Si me voy, siento que la estaría traicionando.

Lindsey solía reírse de mí cuando tocábamos el tema, pero a ella le pasa lo mismo. Claro que en su caso tiene mucho más que ver con el hecho de que sus padres estén enterrados aquí.

—No permitiré que los acompañes tan pronto, Lin —susurro, ya de regreso a la comisaría después de otro largo día.

Después de hablar con los padres de las jóvenes, descartamos la posibilidad de que hubiesen huido por algún problema con la familia o los amigos. Nunca se habían metido en líos, sino más bien todo lo contrario. Como ocurre siempre después de una desgracia, las víctimas son prácticamente perfectas, así que lo único que pudimos sacar en claro es que nadie notó nada raro antes de las desapariciones de las chicas, ni en su comportamiento ni en su rutina diaria. Y que tampoco habían dicho en ningún momento que se sintiesen observadas. No nos aclararon nada, pero la teoría del secuestro múltiple se hace más consistente.

—Siento que se nos está escapando algo —le digo a Steve, tras añadir a la pizarra los pocos datos nuevos que obtuvimos.

—Mañana seguiremos atando cabos —hace crujir su cuello—. Por el momento, necesito una buena noche de sueño reparador. Estoy agotado.

—Ya somos dos.

Me dirijo a casa de Colin. Desde que decidimos darnos una oportunidad, cenar con él se ha convertido en una costumbre. En realidad, paso por mi casa únicamente para cambiarme de ropa por las mañanas y solo porque dejar alguna muda en la suya se siente como apurar demasiado las cosas.

—Hola —me abraza y me besa en cuanto abre la puerta para mí. Tampoco tengo llave, aunque creo que Colin planea dármela en breve, por algún comentario que ha dejado caer. Yo estoy tratando de concienciarme para cuando ocurra.

—¿Qué tal tu día? —hemos acordado no hablar de mi trabajo salvo que yo inicie la conversación porque las primeras noches no era capaz de desconectar y me estaba volviendo loca con el exceso de información. Aunque me cueste decirlo porque se trata de mi mejor amiga, necesito tener vida propia fuera de la comisaría.

—Igual que siempre —sonríe—, entre descerebrados con grandes músculos.

—Qué gracioso —digo, mientras me saco los zapatos—. Dios, esto es vida. Tengo los pies destrozados.

—Te daría un masaje, pero me temo que tenemos visita —me pide perdón por anticipado con la mirada, antes de que Craig asome la cabeza por la puerta del salón.

—Hola, Sheila —me saluda, regalándome una sonrisa apagada. Se ve más descansado que la última vez que coincidimos, pero igual de agobiado.

—Hola, Craig. ¿Qué te trae por aquí? —camino hacia él y se hace a un

lado para que entre al salón, después de que le dé un beso en la mejilla.

—Tengo un par de días libres en el trabajo y no soporto estar solo en casa. Mi cabeza no deja de darle vueltas a todo.

Lo entiendo perfectamente. La mía tampoco me da tregua, salvo cuando estoy con Colin. Él sabe cómo entretenerme hasta con la cosa más estúpida, como jugar una partida de ajedrez o leer un libro entre ambos. Cuando nos conocimos, creí que era otro niño egocéntrico más y no podía entender cómo Lindsey era amiga suya. Ahora, sé lo equivocada que estaba y me arrepiento de no haberle dado la oportunidad que me pedía mi amiga con tanta frecuencia.

—¿Os parece si cenamos? —sugiere Colin, al ver que cada uno se ha sumido en sus propios pensamientos. Le lanzo una sonrisa de esas que dice que le encantan y él me guiña un ojo.

—¿Cómo le ha ido a tu hermano en el campeonato? —pregunto, mirando hacia Craig, una vez en la mesa. Colin me dijo que ya había concluido, pero no tuvimos ocasión de hablar sobre los resultados de Owen.

—Llegó a la final —sueno orgulloso—, aunque no pudo superar a su contrincante. Se quedó a las puertas.

—Era el tricampeón mundial —aclara Colin—. No lo hizo tan mal.

—Lo sé, pero se siente decepcionado. Creo que... —me mira, antes de continuar—. Creo que quería ganar por Linds. Siempre le decía siempre que no debía rendirse ni aunque no pudiese estar a su lado. Owen nunca se sintió seguro de sí mismo por su condición de homosexual. Bueno, en realidad porque mi padre no lo aprobaría si lo descubría. Eligió a Lindsey como entrenadora porque creía que sería la única que no lo juzgaría y se aferró a la idea de que, sin ella, nunca podría triunfar. Linds fue un punto de apoyo para él, pero siempre trató de hacerle ver que podría conseguir lo que se propusiese por sí mismo.

—En eso no se equivocaba —mi comentario parece que le alivia. Es como si pensase que no querría hablar de Lindsey. O puede que Colin le haya comentado algo sobre nuestro trato. Sea como sea, esta vez no me importa que sea nuestro tema de conversación.

—Por desgracia, tuvo que comprobarlo por las malas —su voz se va apagando a medida que habla—. Dios... esto es... lo siento. No debería haber venido. Este es tu momento de desconexión y te lo estoy estropeando. Perdóname, Sheila.

—Eh, Craig —lo detengo al ver que se levanta—. Tal vez prefiera no

hablar del tema cuando salgo de la comisaría, pero Lindsey es nuestra amiga, así que es inevitable que salga en nuestras conversaciones de vez en cuando. Todos lo estamos pasando mal y no vamos a fingir lo contrario. No te preocupes de más. No me importa que pase.

—Pero a mí sí —insiste—, porque estoy luchando con mis ganas de preguntarte mil cosas y no quiero molestarte. No es justo para ti que venga a perturbarte en tu momento de descanso.

Colin nos mira alternativamente, sin intervenir. Sé que siente curiosidad también y le agradezco que respete mis deseos de desconectar, pero creo que esta noche, la necesidad de Craig de saber es mucho más importante que la mía de descansar la mente.

—Bueno —les explico a ambos—, estamos contemplando varias vías de investigación. Pero hasta ahora, tenemos demasiadas hipótesis y muy pocas respuestas. No es fácil seguirle la pista a quien sabe cómo pasar desapercibido.

—Entonces, su vecino... —empieza y lo animo con la cabeza—, ¿es ahora el sospechoso principal?

—Gary —no debo darles su nombre real porque ayer mismo se lo llevaron para juzgarlo en su ciudad natal por el abuso a su hermanastra— tiene una coartada sólida, a pesar de mis dudas iniciales, y tú ya has sido descartado hace tiempo —sé que eso lo preocupaba, así que aprovecho para recordárselo—. Ahora solo queda él.

—¿Y tenéis pruebas suficientes para inculparlo? —Colin se une al interrogatorio—. No será otro callejón sin salida, ¿verdad?

—Por ahora, todo apunta a él, pero todavía tenemos algunos datos que contrastar —prefiero ser prudente, porque no quiero adelantar acontecimientos y luego llevarme una decepción, si no resulta como esperaba.

—¿Sigue sin haber rastro de él? —pregunta de nuevo.

—Nada —niego—. Aparte de la casa de su madre, ya no tiene más propiedades donde...

—Eso no es cierto —me interrumpe Craig.

—¿Qué? —lo miro.

—Tiene una... —mueve sus manos, como si le ayudase a pensar—. Linds me dijo una vez que su familia tiene una casa en el campo.

—¿Estás seguro de eso? No nos consta que tenga más familia que su madre. Ni siquiera hemos conseguido localizar a su padre. En la partida de

nacimiento no aparece su nombre.

—Es lo que me dijo cuando nos lo cruzamos la primera vez.

—¿Y te comentó dónde estaba? —podría ser la pista definitiva para dar con él.

—Lo siento —me mira con impotencia—. Solo dijo que iban de visita muy a menudo y se quedaban largas temporadas.

—De acuerdo, lo investigaré —asiento, un tanto decepcionada por no haber sacado nada en claro. Pero al menos ya sé por dónde seguir—. Gracias, Craig.

—Solo encuéntrala.

Sé que no pretende presionarme con sus palabras, pero lo logra, porque cuanto más tardemos en dar con él, menos posibilidades tendremos de encontrarla a ella. Mis esperanzas de que siga con vida se van marchitando poco a poco con cada callejón sin salida con el que nos topamos.

—¿Quién quiere echar una partida a Clanes de Caledonia? —nos interrumpe Colin, entendiendo que he llegado al límite. Desde luego, no he podido estar más equivocada con él en mi vida.

18

LINDSEY

Me despierto sobresaltada y me sobreviene un intenso mareo al tratar de incorporarme, pero cuando me tumbo de nuevo, no puedo evitar dejar ir un gemido, por el dolor en mi espalda. Las imágenes de lo sucedido antes de perder el conocimiento regresan a mí de golpe y cierro los ojos con fuerza tratando de controlarme.

Recuerdo haber caído al suelo cuando mi secuestrador lanzó un cuchillo, que se clavó en mi espalda. Recuerdo los golpes que le di para que no me tocara. Recuerdo mi estupor cuando perdió la máscara y vi quién era. Recuerdo mi grito cuando me arrancó el cuchillo sin delicadeza. Y recuerdo el rápido golpe que me dio en la sien con el mango y me dejó inconsciente al momento.

Desaproveché mi única oportunidad de escapar y ahora estoy de nuevo en mi celda, encerrada y temiendo lo que vaya a suceder a continuación. Las mentes perturbadas siempre son imprevisibles y me asusta imaginar que intente matarnos por mi culpa. Si ellas mueren, no me lo perdonaría nunca.

—Hola —alzo la voz, pues todavía me veo incapaz de moverme.

Ni siquiera sé cuánto tiempo he dormido esta vez. Mi herida está vendada y mi ropa es diferente, así que imagino que un buen rato. Hay una bandeja en el suelo, junto al catre, con un vaso de agua y un analgésico. O, al menos, eso quiero creer. ¿Por qué tomarse la molestia de curarme la herida, si luego pretende envenenarme?

Minutos después, me bajo de la cama intentando no retorcer mi torso y me arrastro hasta la bandeja. Me lo pienso un par de veces antes de tomarme la pastilla. Si no va a matarme con ella, al menos me ayudará a soportar el dolor.

—Hola —repito, cuando consigo acercarme a la puerta sin que el dolor

me atravesase. El silencio me preocupa. Apoyo la cabeza contra el frío metal y mis ojos se cierran, buscando un control que estoy a punto de perder—. Solo quiero saber si estáis bien, chicas. Lo necesito.

Nadie responde y quiero creer que es porque están enfadadas conmigo por haber fallado en mi huida. Las otras alternativas no son nada alentadoras.

—Entiendo que metí la pata —continúo hablando, tal vez por no sentirme sola—. Puede que me precipitase al intentarlo, pero creí que esa sería mi única oportunidad. ¿Qué posibilidades había de que me llevase de nuevo fuera de la cueva? Ninguna. Tenía que hacerlo.

Aguanto las ganas de llorar y aprieto los puños con fuerza para no seguir sintiendo impotencia. No solo por haber fallado, sino porque no me hablen. No puedo pensar en que ya no estén aquí, en que se las haya llevado o... que las haya matado. Pero las esperanzas de que sigan vivas se van desvaneciendo con cada minuto que pasa y no me responden. Al igual que las de escapar.

—Casi lo consigo —me miento a mí misma—. Le llevaba ventaja. No entiendo cómo pudo alcanzarme. Supongo que conoce el lugar mejor que cualquiera. Por algo lo habrá elegido.

Mi voz se va apagando a medida que hablo. Espero que digan algo, aunque sea el típico *te lo dije* de Alanna. Incluso eso sería un alivio ahora mismo, porque empiezo a desesperarme.

—Vamos, chicas —les ruego—. No me hagáis esto. Os necesito.

De repente, escucho el sonido de pasos tras la puerta y me voy arrastrando e impulsando con los brazos hasta la pared más alejada de la puerta. Cuando los goznes crujen, aguanto la respiración, como si así pudiese desaparecer. Ojalá pudiese hacerlo, porque no sé si estoy preparada para enfrentarlo. Si me atemorizaba mirarlo a la máscara y ver sus ojos tras ella, ahora que sé quién es, me siento infinitamente en desventaja.

Descubrir que alguien a quien conoces, no es cómo creías, suele ser malo y decepcionante, aunque bastante común. Sin embargo, enterarte de que es un psicópata, lo convierte en algo espeluznante. No sé cómo actuar ante él, cómo tratarlo o cómo hablarle. No sé cómo reaccionará ante mi intento de huida ni lo que hará conmigo ahora. La incertidumbre acabará por matarme, si no lo hace él antes.

No lleva la máscara, lo que resulta chocante. Ver sus ojos, que tantas veces ocultaba al hablar conmigo y que ahora me dirige con seguridad; o su rostro, tan familiar y que ahora miro con una mezcla de sorpresa y miedo

extremo; todo se siente como estar observando a alguien completamente diferente. Lo tenía por un hombre tranquilo, tímido hasta el extremo, amoroso con su madre. Jamás pensé que podría esconder una mente tan perturbada.

—¿Por qué? —le pregunto.

Supongo que es lo primero que necesito entender. Entre todo el lío que tengo en mi cabeza, mi prioridad es saber la razón por la que ha hecho esto. Por qué ha secuestrado a las chicas y qué pretendía hacer con ellas. Con nosotras.

Espero su respuesta, pero empieza a pasearse de un lado a otro de la celda, mirándome de vez en cuando con disimulo. Por un momento, casi puedo ver al hombre que yo conocía, al hombre que cuidaba con cariño a su madre y le daba toda su atención, y no entiendo cómo puede haber llegado al extremo de secuestrar personas.

—Kenton —lo llamo, pero sigue caminando sin hacerme caso. Su mano despeina su cabello y parece murmurar algo, aunque no consigo oírlo.

Entonces, sin previo aviso, lanza un grito y golpea la pared con el puño. Me encojo de miedo, deseando poder desaparecer, nuevamente. Se ve tan inestable, que estoy segura de que me podría matar sin pretenderlo.

—¿Por qué no puedes hacer lo que te pido? —pregunta en alto, sin mirarme— ¿Por qué me contradices, Lindsey? Eso no está bien. No es lo que debes hacer. No puedes...

Permanezco en silencio, tratando de no llamar su atención. En este momento, más que nunca, cumpliré una de sus normas. No porque se suponga que es lo que él quiere, sino porque no quiero darle motivos para acabar con mi vida. Tal vez pudiese enfrentarlo antes, pero con la herida en la espalda, no sé si deba arriesgarme.

—Íbamos a ser felices —continúa—. Eres perfecta. Lo supe el día que nos conocimos. Me bastó una mirada para verlo. Contigo no podía equivocarme. Tú eras la definitiva.

¿Está diciendo que las demás fueron equivocaciones? Me muero por preguntar, pero no lo hago. He visto que ha dejado la puerta abierta, así que me concentro en elegir la mejor forma de llegar hasta ella sin que lo note. Si consigo encerrarlo en la celda, podría huir sin miedo a que me siguiese.

—Llevo mucho tiempo esperando por ti —se acerca y abrazo mis piernas todavía más— ¿Por qué me haces esto? Yo no quería hacerte daño, pero no me dejaste opción, Lindsey.

—Lo siento —me atrevo a susurrar, ocultando mi rostro entre los brazos.

—No basta —grita, pero se levanta y comienza a andar de nuevo por la celda, lo que me alivia—. No es suficiente con sentirlo.

Murmura de nuevo, pero tampoco en esta ocasión puedo oír lo que dice. Me preocupa que esté planeando una forma de deshacerse de mí, así que aprieto mis labios para no gritar y me voy arrastrando lentamente hacia la puerta.

—No podemos —dice de repente, sobresaltándome y logrando que mi corazón se pare unos segundos—. No es seguro ahora...

Reanuda sus pasos y yo mis movimientos. Rezo en silencio, para que no me descubra antes de alcanzar la puerta, porque no podré ganar en un enfrentamiento cara a cara. Me tiembla el cuerpo por el sobreesfuerzo que estoy haciendo ahora que solo me arrastro, así que no podré golpearlo como hice la otra vez.

—Debemos desaparecer ahora —su voz me sobresalta de nuevo y aguanto la respiración, pero no me presta atención, por lo que no me detengo—. Buscaremos un lugar mejor. Verás que todo se soluciona, Lindsey. Seremos felices juntos. Lo sé.

Me gustaría preguntarle si eso incluye a las otras tres, pero sigo en silencio porque ya estoy a un paso de la libertad. Me levanto, apoyando la espalda en la pared y rogando para no me desmayarme de dolor.

—Las adversidades son... —no termina la frase, porque se gira hacia mí y me ve junto a la puerta, con una mano sobre ella— ¿Qué estás haciendo, Lindsey?

—Jódate, Kenton —grito, mientras la traspaso y tiro de ella para encerrarlo dentro.

El dolor me atraviesa la espalda por el esfuerzo y un segundo grito desesperado resuena en la cueva, pero consigo cerrar antes de que reaccione. No veo el candado por ninguna parte y me desespero. El miedo a que me persiga como la otra vez, me obliga a buscar algo para bloquear la cerradura.

—Lindsey —grita antes de golpear con fuerza la puerta. Resulta tan inesperado, que me hace saltar en el sitio.

—Oh, dios mío, oh, dios mío —no dejo de murmurar, sin saber si es un ruego o solo intento mantener la mente centrada. Mi pie tropieza con una bandeja en el suelo, junto a la celda, que no vi antes y justo al lado del plato está el candado. Lloro de alivio.

—Lindsey —un nuevo llamado resuena a través de la puerta y esta vez se siente cabreado y amenazante. A pesar de que sé lo que pasará a continuación, noto la vibración del golpe en el metal y grito en respuesta. Mis manos tiemblan tanto, que temo no ser capaz de colocar el candado—. Te encontraré. No puedes huir de mí. Debemos estar juntos.

Una vez me aseguro de que no podrá salir, empiezo a recorrer la sala puerta por puerta, llamando a las chicas, pero no recibo respuesta alguna. Tampoco puedo abrir las celdas porque no tengo las llaves. Mi desesperación por saber si están bien, se junta con la frustración de no poder ayudarlas y sigo llorando, mientras los gritos de Kenton, secundados por golpes contra la puerta, me acompañan todo el tiempo. Finalmente, me doy por vencida y abandono la cueva sin ellas.

Me alejo de allí, concentrándome en un único objetivo: buscar ayuda para salvar a mis amigas y atrapar a Kenton. No dejaré que su falta de respuesta acabe con mis esperanzas. Y aunque el dolor me hace tropezar en más de una ocasión, repito en mi mente una y otra vez que las salvaré, como si se tratase de un mantra, para poder levantarme y continuar mi camino.

No sé cuántas horas logro caminar, antes de que me resulte imposible ignorar las protestas de mi cuerpo. Mis piernas son tan pesadas que me cuesta moverlas y mi vista falla por veces. Me siento desorientada y estoy temblando. Llevo una mano a la espalda y noto humedad en la ropa: la herida ha empezado a sangrar de nuevo.

—Maldita sea —me siento en la raíz de un árbol enorme y trato de recuperar el aliento—. No vayas a perder el conocimiento ahora, Lindsey Buchanan. Ni se te ocurra.

Mis manos tiemblan y mi corazón late deprisa. Estoy al límite de mi resistencia, pero me obligo a continuar, después del descanso. Cuando más tiempo pierda en este bosque, menos posibilidades tendré de encontrarme con alguien antes de que caiga la noche. Y con la herida sangrando tanto, no es buena idea estar por aquí cuando oscurezca.

Escucho el sonido de una rama al partirse, no muy lejos de mí y me giro buscando el origen. El movimiento es tan brusco, que la cabeza me da vueltas unos segundos. En cuanto logro enfocar, no veo nada sospechoso; sin embargo, me obligo a ser sigilosa al alejarme. No sé si hay animales salvajes en esta parte del país. Ni siquiera sé en qué parte del país estoy. Por lo que sé, Kenton bien pudo haberme llevado a cualquier parte de Gran Bretaña mientras me mantenía drogada.

—Espero que no —digo en alto, temiendo, precisamente, algo así. Pues las ausencias de mi vecino, a veces de hasta un par de meses, me dicen que es una opción más que probable.

He ido ralentizando mi paso debido a la pérdida de sangre y no consigo orientarme tan bien como me gustaría, pero lo que más me preocupa ahora son todos los ruidos que escucho a mi alrededor. Desde aquel primer chasquido, no han parado de sucederse y ya no sé si son alucinaciones o realmente alguien, o algo, me está rondando. Estoy segura de que coloqué bien el candado en la cerradura, pero no consigo recordar si después lo bloqueé.

Y entonces, lo oigo. Delante de mí, a pocos pasos, el rumor del río me está llamando y no sé si reír o llorar de alivio. Lo que hago en cambio, es correr a mi manera torpe y desequilibrada. Cuando alcanzo la orilla, me tiro de rodillas y bebo hasta saciar a mi estómago vacío. Me siento un poco mejor, pero no me queda mucho tiempo antes de que mi cuerpo colapse. Seguiré el curso del río hasta dar con alguna zona poblada donde pedir ayuda. Y necesito que haya una cerca, porque no sé si podré caminar por mucho más tiempo.

—No —apuro el paso al escuchar un nuevo ruido justo detrás de mí—. No, no, no. Que no sea nada, que no sea nada.

Mi pie se tuerce al pisar el canto de una piedra que no vi y caigo pesadamente al suelo. Ahora mis manos sangran por los rasguños y mis rodillas protestan cuando intento levantarme. Escucho pasos a mi espalda y una lágrima solitaria resbala por mi mejilla. Esto se acabó. Me ha encontrado y no seré capaz de defenderme esta vez. Las fuerzas me han abandonado.

—Lo siento, chicas —es lo último que digo antes de sumirme en la oscuridad de la inconsciencia.

19

SHEILA

—Lindsey —la volteo con cuidado y busco sus constantes vitales, mientras intento que se despierte—. Vamos, Lindsey, abre los ojos. No me hagas esto.

Su rostro está muy pálido y sus párpados inmóviles. Apenas noto su respiración y si no hubiese encontrado su pulso, débil pero estable, creería que llegamos demasiado tarde.

—Avisa a los de emergencias —le pido a Steve—. Diles que se den prisa, está muy mal.

Acceder a este lugar no ha sido fácil. Ni encontrarlo tampoco. Después del comentario de Craig sobre las visitas de Kenton a su familia, me pasé toda la mañana investigando. En realidad, me fui ya de madrugada a comisaría, porque no podía estar en la cama, sabiendo que tenía una posibilidad de localizarlos.

No tenía muy claro por dónde empezar porque ya habíamos investigado sobre su pasado y no había mucha información de ninguno de los dos, ni madre ni hijo. Sin embargo, y aún no sé cómo, di con la partida de nacimiento de la madre y, para mi sorpresa, tenía una hermana gemela.

La tía de Kenton se había casado con un hombre de Silverborn, un pequeño pueblo junto al parque regional de Pentland Hills, no muy lejos de Edimburgo. La mujer murió un par de años después, pero su madre continuó tratando a su tío y pasando largas temporadas en su casa. Kenton prácticamente se crió en aquel lugar. Y según pude averiguar, sentía admiración por el parque, llegando a pasar días enteros, con sus noches, en él en cuanto tuvo edad suficiente para que se lo permitiesen.

La primera desaparición se produjo poco después de que su tío falleciese. Curiosamente, desde entonces, corre el rumor por el pueblo de que

Kenton ha tenido mucho que ver con ese suceso y tengo intención de averiguar cuánta verdad hay ahí, porque tengo la sensación de que ese puede ser el detonante que andamos buscando.

—Hay unas instalaciones militares no muy lejos de aquí —dice Steve—. Van a enviar un helicóptero para recogerla desde el aire y llevársela al hospital. Dicen que será más rápido.

Hemos desplegado un gran dispositivo policial en el parque, pues es tan extenso que podríamos tirarnos días buscando sin dar con las chicas. De saber que el ejército tenía una base tan cerca, habría pedido su ayuda también, porque encontrar a Lindsey fue más una cuestión de suerte que de estrategia.

—Que se den prisa, Steve —me siento impotente al verla en un estado tan lamentable, pero no hay nada que pueda hacer por ella, salvo mantenerla con vida hasta que llegue la ayuda.

—Ya vienen en camino —asegura—, pero deberíamos intentar ir hasta el claro que vimos antes. Creo que la extracción sería más sencilla desde allí.

—De acuerdo —aunque no me convence la idea de moverla, por si tuviese alguna herida más que se nos haya pasado, sé que Steve lleva razón— ¿Siguen buscando?

—Nos informarán en cuanto encuentren algo —asiente.

Después de ver a Lindsey junto al río, ordené rastrear la zona en busca del resto. Mi amiga ha dejado un rastro bastante visible tras ella y espero que eso nos ayude a localizar el lugar donde estaba retenida.

El helicóptero no tarda en aparecer, tal y como aseguraron, y en cuanto se lleva a Lindsey, empiezo a desandar la ruta que siguió mi amiga hasta llegar al río. Voy con calma, observando el entorno por si encuentro algo que ayude a la investigación. A medio camino, me informan por radio que han localizado el lugar del que escapó Lindsey y empiezo a correr. Steve no se separa de mí en ningún momento.

—No hemos querido entrar sin usted, inspectora —dice uno de los agentes que encontró la cueva. Ni siquiera está oculta, pues esta zona del parque no es muy transitable. Kenton sabía bien dónde encerrar a las chicas. Por más que gritasen, nadie las escucharía aquí.

—Vamos —indico con la mano que me sigan y nos adentramos en el lugar, con las armas por delante.

Hay un corredor, apenas iluminado, que lleva directamente a las entrañas de la cueva. A cada paso, lo que en un principio parecía una especie de goteo, se vuelve más intenso, hasta convertirse en rítmicos golpes hechos

contra metal.

—Joder —Steve, que sigue a mi lado, se queda mirando, con asombro, las puertas de hierro que hay en la caverna interior— ¿Es que hay más mujeres?

Eso mismo pensé yo al ver las celdas porque he contado más de cuatro. Y ahora tengo más preguntas sin respuesta.

—Ahí —señalo una de las celdas en cuanto salgo de mi estupor— ¿Lo oyes? Alguien está golpeando esa puerta.

—Vamos —se acerca a grandes pasos y retira el candado, que no está bloqueado, pero ha servido para retener dentro a quien sea que esté ahí.

Al abrir la puerta, Steve se encuentra con algo de resistencia, por lo que le ayudo a empujar. De repente, cede y se acaba golpeando contra la pared con fuerza, debido a nuestro peso sobre ella.

Kenton está frente a nosotros, de pie, observándonos. No se mueve ni intenta escapar. Lo miro en silencio, esperando... no sé qué espero realmente. Me imaginé este momento cientos de veces y en ninguno de mis supuestos sucedía así.

—Buscaré a las otras —me susurra Steve después de recuperar las llaves de las celdas— ¿Estarás bien?

—Sí —reacciono ante su voz—. Ve. Y cierra la puerta detrás de ti.

—¿Estás segura de eso?

—Sí —asiento, sin dejar de mirar hacia Kenton. Ha llegado la hora de obtener unas cuantas respuestas.

En cuanto nos quedamos solos, Kenton se mueve y saco mi arma con rapidez. Sin embargo, se sienta en el catre con calma y toma la almohada entre sus manos para olerla después. No digo nada, pero tampoco dejo de apuntarlo.

—Ella es la única —empieza a hablar—. Es tan perfecta.

Huele de nuevo la almohada y cierra los ojos. Por un instante, el silencio se instala en la celda. Pero cuando pretendo hablar, Kenton me interrumpe.

—*Tienes que buscarte a una buena mujer, Kenton* —imita la voz de una mujer. Imagino que se trata de su madre—. *Yo no viviré para siempre. ¿Quién te cuidará?* Siempre me molestaba con eso.

Lo veo fruncir el ceño y sus ojos se oscurecen, por lo que parecen unos recuerdos tormentosos.

—A mi madre le gustaba —no me mira en ningún momento—. Eran amigas. Creí que lo aprobaría.

—Pero no lo hizo —me decido a hablar, al ver que no continúa.

—Ella me mintió —grita de repente y apunto a su cabeza al ver que pretende levantarse. Cuando lo nota, se acomoda otra vez en el colchón.

—¿En qué? —pregunto, pero ya no parece dispuesto a hablar— ¿En qué te mintió, Kenton?

—Se enfadó mucho conmigo —dice, en cambio—. Cuando vio que tenía todas esas cosas de Lindsey en mi cuarto, me gritó. Creí que le gustaría saber que estaba enamorado de ella, pero me prohibió acercarme a ella de nuevo.

Empieza a temblar y su rostro enrojece. Sé que está teniendo un ataque de ira, sin embargo, se limita a apretar la almohada con fuerza. Mi arma continúa en alto porque no confío en su estabilidad mental.

—Fue entonces cuando te llevaste a Nora —aventuro, para que siga hablando—. Se parecía tanto a Lindsey, que creíste que podrías sustituirla con ella.

—Quise abandonarla después de aquello —o es demasiado listo para hacerle confesar los otros secuestros o ni siquiera me ha escuchado—, pero mi tío no me dejó. Me obligaba a llevársela cada fin de semana para asegurarse de que la cuidaba.

—¿Qué ocurrió con tu tío?

—Él también me mintió —su rostro se contrae en una mueca de ira mal contenida—. Los dos lo hicieron. Tenía que castigarlos.

—¿Qué pasó? —me preocupa que salga del trance en el que está y deje de hablar, así que insisto, sin presionar al máximo.

—Era mi padre —su mirada, vacía de sentimientos, me atraviesa mientras lo dice—. Él era mi padre y nunca me lo dijo. Se reían de mí en el colegio por no tener padre y él me consolaba a sabiendas de que podría haberlo arreglado, solo con darme su apellido. No eran más que unos hipócritas. Querían que me alejase de mi único amor verdadero, cuando ellos me habían engendrado, a escondidas de mi tía. Eran unos farsantes y tuve que darles un escarmiento.

—¿Mataste a tu tío?

—Lo quemé vivo mientras mi madre lo veía todo, sin poder hacer nada para ayudarlo —no hay ninguna emoción en su voz ni señal de arrepentimiento en su actitud—. Fue una liberación para mí.

—¿Qué pasó con tu madre? ¿Y con...?

La puerta se abre, interrumpiéndome, y fulmino a Steve por ello, pero

algo en su rostro me dice que es importante y me acerco a él. Susurra unas palabras en mi oído y después de va. Yo guardo silencio, procesando la nueva información.

—Las han encontrado, ¿verdad?

Observo a Kenton, que ahora luce una siniestra sonrisa, que me dice que se ha estado burlando de mí todo este tiempo, esperando a que diesen con ellas.

—Mi madre siempre ha ejercido un gran control sobre mí —dice. Y ahora parece más lúcido y centrado—. Quise matarla, como a mi tío. Lo intenté muchas veces después de saber lo de mi padre, pero mis manos siempre se detenían. Ella era el único impedimento para estar con la mujer que amo, pero no podía acabar con su vida. Y aunque ya no la respetaba como madre, tampoco conseguía ignorar su orden de mantenerme lejos de Lindsey.

—Y por eso elegiste a Nora.

—Se parecía tanto a Lindsey que me asusté la primera vez que la vi —siento que la está visualizando en su mente, mientras habla—. Pensé que así podría tener a Lindsey, sin tenerla de verdad. Pero no me bastaba con parecerse. Tenía que actuar como ella. Ser ella.

—Tú le enseñaste —aventuro.

—No pude —dice con fastidio—. Lloraba todo el tiempo y rogaba que la liberase. Le di un mes de margen, pero no fue capaz de controlarse.

—Y por eso fuiste a por Alanna —me cuesta conservar la calma con cada nuevo dato que descubro.

—Tardé meses en encontrarla y en prepararlo todo para traerla a la cueva —a estas alturas, no esperaba que admitiese nada más, pero me sorprende la frialdad con que lo relata—. No se trataba solo de traerla, debía ser en el momento justo.

—Seis meses después de la primera —le digo—. Porque el seis es un número especial para ti, ¿verdad?

—Sí —sonríe—. Tardé seis meses en enamorarme de Lindsey, así que tenía que ser en ese tiempo para que fuese perfecto esta vez.

—Pero... naciste a los seis meses de gestación —murmuro. Mi ceño se frunce ahora. ¿Acaso nos equivocamos con eso?

—¿Lo hice? —se ve sorprendido—. Bueno, eso lo hace todavía más perfecto. Era el destino.

—¿Qué pasó con Alanna? —trato de centrarme en las chicas, antes de

que decida no hablar más— ¿Qué hizo ella mal?

—Alanna era una rebelde cuando llegó. Me recordaba a Lindsey en muchos aspectos, pero aún así, faltaba algo. Muy a mi pesar —no acabo de creer que tenga remordimientos—, tuve que castigarla y someterla a mi voluntad, cada vez que se negaba a colaborar. Una lástima. Casi lo había logrado con ella.

—¿Y Lorie? —quiero acabar con esto cuanto antes.

—Lorie fue la mejor de todas, sin duda —sus ojos se iluminan—. Era solícita y colaborativa. Para cuando la encontré, ya había reconstruido el piso de Lindsey y fue más fácil enseñarle a ser ella.

—¿Qué salió mal? ¿Por qué llevarte a Lindsey, entonces?

—Iba a perderla —admite.

—Pero tu madre no te permitía estar con ella —le recuerdo.

—No podía soportar que Lindsey estuviese con otro —se encoje de hombros—. Podía sustituirla mientras ella siguiese en el piso de al lado, sola. Pero sabía que ese hombre la alejaría de mí. No podía permitirlo, ni con la prohibición de mi madre de por medio.

—Así que finalmente te atreviste a matarla —lo acuso—. Igual que a las demás.

—La muerte es solo una etapa de la vida. Todos llegaremos a ella al final. ¿Qué importa cuándo o cómo sea?

—Esas jóvenes tenían todavía muchos caminos que recorrer. Tú les arrebataste la posibilidad de hacerlo —avanzo hacia él y el cañón de mi arma toca su frente— ¿No sientes remordimientos por lo que has hecho? ¿No hay ni una pizca de humanidad en ti, Kenton?

—¿Has querido alguna vez algo tanto, que su sola ausencia dolía? —grita, mirándome a los ojos, sin miedo— ¿Acaso has llorado de frustración por no poder tener lo que más ansías, aún estando al alcance de tu mano? Haría cualquier cosa por que Lindsey fuese mía. Cualquier cosa. Y si matar me la daba, pues mataría a mil más, con tal de que ella fuese el premio.

—Pero no era necesario matar a esas chicas —grito a mi vez—. Ellas no tenían la culpa de nada.

—Ellas fueron el premio de consolación cuando la victoria me era esquiva —ahora que no grita y un escalofrío recorre mi espalda. La locura anida en este hombre.

—Steve —le grito para que entre—. Llévatelo, por favor, antes de que le pegue un tiro y zanje el asunto a su manera.

—¿Dónde está Lindsey? —me pregunta Kenton ahora, mientras Steve le lee sus derechos y lo esposa— ¿Ella está bien?

—No te preocupó cuando le clavaste un cuchillo en la espalda — respondo.

—¿Está bien? ¿Sigue viva? —la desesperación en su voz es un bálsamo para mi alma de mujer. Por culpa de hombres como él, muchas mujeres pierden la vida a diario. No se merece mi compasión.

—Si lo estuviese —digo, sin responder a sus preguntas—, no sería gracias a ti.

—Te di lo que buscabas —me increpa—. Merezco saberlo.

—Mereces pudrirte en la cárcel.

—Dímelo —grita, mientras mi compañero se lo lleva a la fuerza—. Es tu amiga, lo sé. Te conozco. Te vi con ella en su casa. Tú has de saberlo.

Cierro los ojos e ignoro sus palabras porque si pretende apelar a eso para que le diga qué pasó con Lindsey, no le funcionará. Es, precisamente, porque soy su amiga, que no le diré cómo está. Se merece sufrir con la incertidumbre. Y si dependiese de mí, en el juicio ni siquiera se verían para que nunca supiese si está viva o no.

—El forense ya viene en camino —me informa Steve, después de dejarlo a cargo de los compañeros— para el levantamiento de los cadáveres. Los hombres que enviamos a la casa de su tío han encontrado un cuarto empapelado con fotos y rutas de las tres chicas. Y la fecha en que desaparecieron está marcada en el calendario como *D—6*. En el jardín hay dos tumbas y creen que puedan ser la del tío y la madre. Imagino que, por eso, no constaba el fallecimiento de la mujer en ningún registro.

—Parece que lo tenía todo muy bien calculado —digo, pasando una mano por mi rostro—. En su locura, sabía exactamente lo que quería.

—Lo que no entiendo es por qué no mató a su madre al mismo tiempo que a su tío cuando se enteró de que él era su padre. Es lo que yo habría hecho.

—Parece que alguien ha estado escuchando detrás de la puerta —lo miro, entre sorprendida y divertida.

—Yo también sentía curiosidad —admite sin tapujos—. Pero es una puerta es muy gruesa y solo se oían susurros. No logré captarlo todo y me quedé con la duda de porqué la mató más tarde y no junto a su padre.

—Te lo contaré por el camino —prometo—. Pero ahora necesito ir al hospital.

—Yo conduzco —se ofrece.

Mientras le relato todas las partes de la historia que no pudo oír, pienso en lo inverosímil que resulta todo. Pero, aunque parezca una locura, sé que no se arrepiente de nada porque, que en su cabeza, era lo que correcto, lo que debía hacer para estar con Lindsey. Se obsesionó con ella y para tenerla, no le importó matar a cinco personas. Así es como funcionan las mentes enfermas.

Y lo peor es que cualquiera puede ser uno de ellos. Ese amigo al que ves de vez en cuando, el vecino del quinto, tu primo al que apodáis *el rarito* o incluso el panadero... basta tener una mente torturada o un alma oscura para que, por un motivo u otro, tarde o temprano, salga el psicópata que llevan dentro.

—Llevas un buen rato callada —dice Steve, en el aparcamiento del hospital— ¿Te encuentras bien?

—Lo estaré en cuanto vea a Lindsey —le sonrío y abro la puerta del coche.

—Oye —me frena—. Yo me voy ya a comisaría.

—¿No entras?

—Vas a estar muy bien acompañada ahí —dice, señalando con la cabeza hacia el hospital—. Empezaré con el papeleo y podrás estar más tiempo con tu amiga.

—Gracias, Steve —beso su mejilla, rompiendo por primera vez, una de las normas que impuse al entrar en el cuerpo de policía para que me tomasen en serio—. Por todo. Han sido días muy duros y has sabido estar a mi lado.

—Trabajo es trabajo —sonríe, pero ambos sabemos que no ha sido solo por eso. Steve es de los pocos compañeros a los que puedo considerar amigos dentro y fuera de la comisaría—. Ve con ellos.

—Nos vemos mañana.

En cuanto entro en el hospital, un emocionado Craig me asalta y me abraza hasta casi asfixiarme. Lo oigo murmurar docenas de *gracias* en mi oído y juraría que está llorando porque noto algo de humedad en mi hombro pasados unos minutos.

—Te dije que Lindsey sabría mantenerse con vida —le digo, al final, aún sin saber cómo está mi amiga. Cuando se la llevaron, todavía no había abierto los ojos y se veía muy pálida.

—Sabía que la encontrarías —dice él, inspirando profundamente para intentar calmarse.

—Y yo —Colin se acerca ahora a nosotros y me abraza. Deposita un

beso en mi pelo, pero me niego a conformarme con eso, después de todo lo que he vivido en las últimas horas, así que lo sujeto por la nuca y uno nuestros labios en un beso eterno—. Sin duda, este es mejor que el mío.

—Desde luego que sí —le sonrío, más tranquila, ahora que estoy entre amigos.

Owen y Austin también han venido, pero se mantienen en un discreto segundo plano. Los saludo en la distancia y sonrían. Creo que todos tenemos la misma expresión de alivio.

—¿Habéis podido verla?

—Todavía no —responde Craig—, pero han dicho que está fuera de peligro.

Me alegra oírlo, aunque sé que le queda un largo camino por recorrer para la total recuperación. Sobre todo en el plano psicológico.

—Perdió demasiada sangre —continúa Colin—, pero dicen que la herida estaba limpia y bien cuidada, así que no hay infección. En cuanto terminen con las transfusiones, nos dejarán pasar a verla.

—Bien —parece que Kenton se preocupaba genuinamente de ella, aunque fuese el culpable de su herida. Tampoco es que lo redima de todo lo que ha hecho, pero al menos no habrá que lamentar una muerte más. No las tenía todas conmigo cuando la encontramos.

Cuando nos dan permiso para verla, y aunque todos quieren ser el primero en pasar, me permiten entrar a mí. Algo que les agradezco con una sonrisa, antes de seguir al médico hasta la habitación donde se encuentra Lindsey. Ya ha recuperado el color en sus mejillas y a pesar de que sus ojos siguen cerrados, se ve relajada. Tranquila.

Me siento a su lado y espero. Por el momento, me conformo con verla sana y salva. Ya habrá tiempo de hablar. Recuesto la cabeza en su cama, porque también estoy cansada, y trato de no quedarme dormida por si despertase pronto.

—Hola —digo, con una sonrisa en los labios, cuando se despierta un par de horas después—. Bienvenida.

—¿Shey? —casi teme que le diga que no.

—Sí, soy yo —me acerco y la tomo de la mano.

—¿Se acabó? —pregunta con lágrimas en los ojos.

—Se acabó —le aseguro. Y nos abrazamos para llorar juntas.

EPiLOGO

LINDSEY

Recorro lentamente la cueva donde Kenton me retuvo tras mi secuestro y mis manos acarician las paredes, como si pudiese sentir las de nuevo si lo hago. Cuando le pregunté a Sheila si habían encontrado a las otras chicas, no me imaginaba lo que estaba a punto de descubrir. A medida que me contaba lo que había sucedido con ellas, mi rostro iba perdiendo color. No podía creerlo, todavía no me hago a la idea, porque para mí han sido muy reales.

Sin embargo, cuando mi amiga me preguntó que cómo sabía de ellas, le mentí y me inventé que se lo había oído decir a Kenton. Sé que no me habría juzgado, pero antes necesitaba digerir todo cuanto me había dicho y lo que eso suponía en mi parte de la historia.

Ahora que faltan dos días para el juicio, necesitaba venir hasta aquí. Nadie me lo aconsejó, pero no podía ignorarlas sin más. Yo sé que las oí, aunque Sheila haya asegurado que estaban muertas cuando Kenton me trajo. Sé que no fueron producto de mi imaginación. No pueden haberlo sido porque ni siquiera sabía que las había secuestrado antes que a mí, ni había oído nunca sus nombres hasta que ellas mismas se presentaron.

Craig quería acompañarme, pero le rogué que me esperase en el coche. Si consigo que hablen conmigo de nuevo, no quiero que me crea una loca, porque dudo que él pueda oírlas. Y por ahora, no me siento capaz de contarle a nadie lo que me pasó con ellas.

—Imagino que no estáis aquí —empiezo a hablar al ver las celdas vacías—. Supongo que el día que intenté hablar con vosotras y no respondisteis fue porque ya os habíais marchado. Y espero que ahí donde estéis, al menos, hayáis encontrado la paz.

El silencio, como en aquel último día, me envuelve. Y quiero creer que es una señal de que todo está bien al fin, aunque mi corazón se agite

intranquilo.

—Sé que no fue culpa mía que os ocurriese esto —continúo—, pero... me siento responsable. Kenton se obsesionó conmigo. A quien quería era a mí, pero en su locura, fue a vosotras a quién mató, por el mero hecho de parecernos.

En el fondo sé que no responderán, pero siento que les debo esta disculpa. Pero no me alivia como creí que haría, porque, también en el fondo, sé que lo estoy haciendo por mí y no por ellas. Necesito cerrar el círculo para poder olvidar lo que ha pasado y seguir con mi vida. Y me siento una egoísta por ello, porque ellas ya no podrán vivir la suya.

—Solo quería daros las gracias por haber estado conmigo —digo al aire—. Por haberme dado esperanzas y fuerzas para intentar salir de este lugar. Creo que... creo que sin vosotras, las cosas habrían sido muy diferentes.

Cierro los ojos para evitar que las lágrimas salgan, pero no es tan fácil contenerlas y acaban por escaparse. Inspiro y exhalo, antes de continuar hablando.

—Me duele saber que habéis muerto por mí, pero siento alivio de seguir viva —limpio mis lágrimas con el dorso de la mano—. Vivo en un continuo conflicto conmigo misma y he... he venido para... oh, dios —soy incapaz de decirlo porque mi pecho duele solo de pensarlo—. Necesito acabar con esta tortura mental, pero siento que si lo hago, os estaré traicionando y que habré roto la promesa que os hice de que todas saldríamos de aquí juntas.

Caigo de rodillas y oculto mi rostro entre las manos, incapaz de controlar ya el llanto. Todo mi cuerpo es presa de un frío y solitario temblor. Me siento vulnerable una vez más.

—Lo siento —sollozo—. Lo siento muchísimo.

Entonces, noto una gélida caricia en la coronilla que detiene mis lágrimas al momento. Alzo la cabeza, ansiosa, pero no veo nada ni a nadie. En cambio, escucho una exhalación profunda, que me trae la paz mental que he venido a buscar. Puede que no hayan dicho nada, pero sé que me perdonan. Lo siento en mi pecho, en ese punto que oprimía mi corazón, y que ya no está.

—¿Linds? —la voz preocupada de Craig resuena en la cueva.

—Estoy aquí —lo llamo, poniéndome en pie y limpiando el rostro para que no vea el rastro de lágrimas. Aunque será imposible disimular la hinchazón de mis ojos.

—Tardabas tanto en salir, que me preocupé —me abraza y besa mi

cabello—. No deberías haber venido sola.

—Estoy bien, Craig —le devuelvo el abrazo. La calidez del suyo me envuelve y me reconforta—, pero me alegro de que hayas venido a por mí.

—Vamos a casa, por favor —me ruega.

—Sí —digo, después de mirar una última vez hacia las celdas—. Ya podemos irnos.

Caminamos abrazados y siento que, con cada paso, soy más libre. Cuando salimos de la cueva, miro hacia atrás a modo de despedida. Estoy cerrando el círculo por fin.

—Gracias, chicas —susurro—. Prometo que jamás os olvidaré.

—¿Has dicho algo?

—Nada —le sonrío. Tal vez, algún día, se lo cuente todo.

Estas últimas semanas, mientras me estaba recuperando de mis heridas, Craig ha estado a mi lado en todo momento. Ha sido mi mayor apoyo y ahora que lo veo igual de preocupado por mí que siempre, recuerdo que todavía no le he dicho ni una sola vez que lo quiero. Puede que haya sido porque no quería hacerlo hasta haber pasado página. O tal vez porque no me sentía preparada para dar ese paso, hasta ser de nuevo la mujer que un día fui, la que él conocía y de la que se enamoró. Pero acabo de comprender que esa mujer ya no está y que no volverá nunca.

Estamos hechos de experiencias y cambiamos con ellas y por ellas. No nos convertirán en mejores o en peores personas, sino que nos harán diferentes. Con más sabiduría, en algunos casos, o con traumas insuperables, en otros. Depende de tu fuerza mental y de lo dispuesto que estés a superar todos los obstáculos que se te presenten. Nadie dijo que vivir fuese fácil pero solo tú tienes el poder de hacer que valga la pena. Yo pienso luchar por mi felicidad. Porque he rozado la muerte y he logrado escapar. No voy a permitir que nada ni nadie me impida disfrutar de esta segunda oportunidad que se me ha dado. Usaré mis experiencias para aprender y no para dejar que me hundan.

—Craig —lo detengo cuando abre la puerta del coche para mí.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —me observa con cuidado—. Todavía estás muy pálida. No debiste...

—Te amo —lo interrumpo—. Y no lo digo porque hayas estado a mi lado todo este tiempo y me sienta agradecida por eso o en la obligación de decirlo. No tiene nada que ver. Ya te amaba antes de lo que pasó, solo que no quería admitirlo por miedo a perderte. Te ponía trabas e intentaba alejarte

porque...

—No me importa —ahora es él quien me interrumpe—. Linds, me da igual si fue por miedo o porque no estabas preparada para dar ese paso. Me quedo con tu amor. Eso es lo que quiero. Lo único que quiero de ti. Porque yo también te amo.

Sujeta mi rostro con sus manos y sus labios buscan los míos en un beso hambriento que dice mucho más que sus palabras. No sé si merezco tanto amor, pero lo tomaré igualmente. Y haré lo imposible por demostrarle cada día que él es cuanto yo quiero también.

KENTON

Está preciosa con ese traje nuevo. Estoy seguro de que ha ido a la tienda que tanto le gusta, esa que está a dos calles de su casa. Habrá saludado a la anciana madre de la dueña, aunque no pueda reconocerla ya por culpa de su enfermedad. Lindsey siempre ha sido una mujer cariñosa. Y altruista. Siempre da, sin pedir nada a cambio. Eso fue lo que me enamoró de ella.

Lleva el cabello recogido en una sencilla cola que me permite ver los pequeños aros que adornan sus orejas. Luce un fino colgante en su cuello y un solitario anillo en el anular de su mano izquierda. No lleva maquillaje ni se ha pintado las uñas. Sin embargo, brilla más que nunca para mí. Su naturalidad la hace perfecta.

Está intentando ignorarme desde que empezó el juicio, pero sé que es totalmente consciente de mi mirada sobre ella. Así como lo era cada vez que nos cruzábamos por los pasillos del edificio donde vivíamos. Y no importa que ahora pretendan separarnos, porque la paciencia es mi mayor virtud. Hallaré el modo de estar juntos de nuevo. Es nuestro destino.

Después de todo, ella es mía.